
STAR
MISIÓN
FORTUITA
ALBERTO LÓPEZ
WARS

La aventura continúa en el planeta Orum. Acompaña a Obi-Wan y a Anakin en esta trepidante historia llena de acción ambientada unos años antes de Star Wars: Episodio II: El Ataque de los Clones.

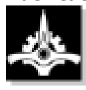


Misión fortuita

Alberto López



Título original: *Misión fortuita*
Autor: Alberto López
Arte de portada: pablomed32636
Publicación del original: 2002

 26 años antes de la batalla de Yavin

 Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: Bodo-Baas
Maquetación original: pablomed32636
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
25.02.16
Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

HACE MUCHO, MUCHO TIEMPO EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA…

Han pasado siete años desde la Batalla de Naboo.

Anakin Skywalker ha estado siendo adiestrado durante ese tiempo por el Maestro Obi-Wan Kenobi en las artes Jedi, a pesar del nublado futuro que preveían para el joven los integrantes del Consejo Jedi.

Como parte de su entrenamiento, Obi-Wan decide llevarle al pequeño y lejano planeta de Orum, situado más allá del Borde Exterior de la Galaxia, para poder explicarle, con mayor facilidad y eficacia, los extraños misterios de la Fuerza…



PRÓLOGO

—¿No será demasiado peligroso? —preguntó el joven padawan—. Orum es bien conocido por su inestabilidad climática, que incluye frecuentes desastres naturales tales como huracanes o terremotos.

Su Maestro ni siquiera se inmutó ante la cuestión que había planteado repetidas veces su nervioso alumno en apenas unos minutos de vuelo.

—Además, su fauna es realmente feroz y agresiva. No veo por qué hemos de arriesgarnos tanto en una rutinaria y simple misión de entrenamiento, habiendo tantos planetas donde elegir.

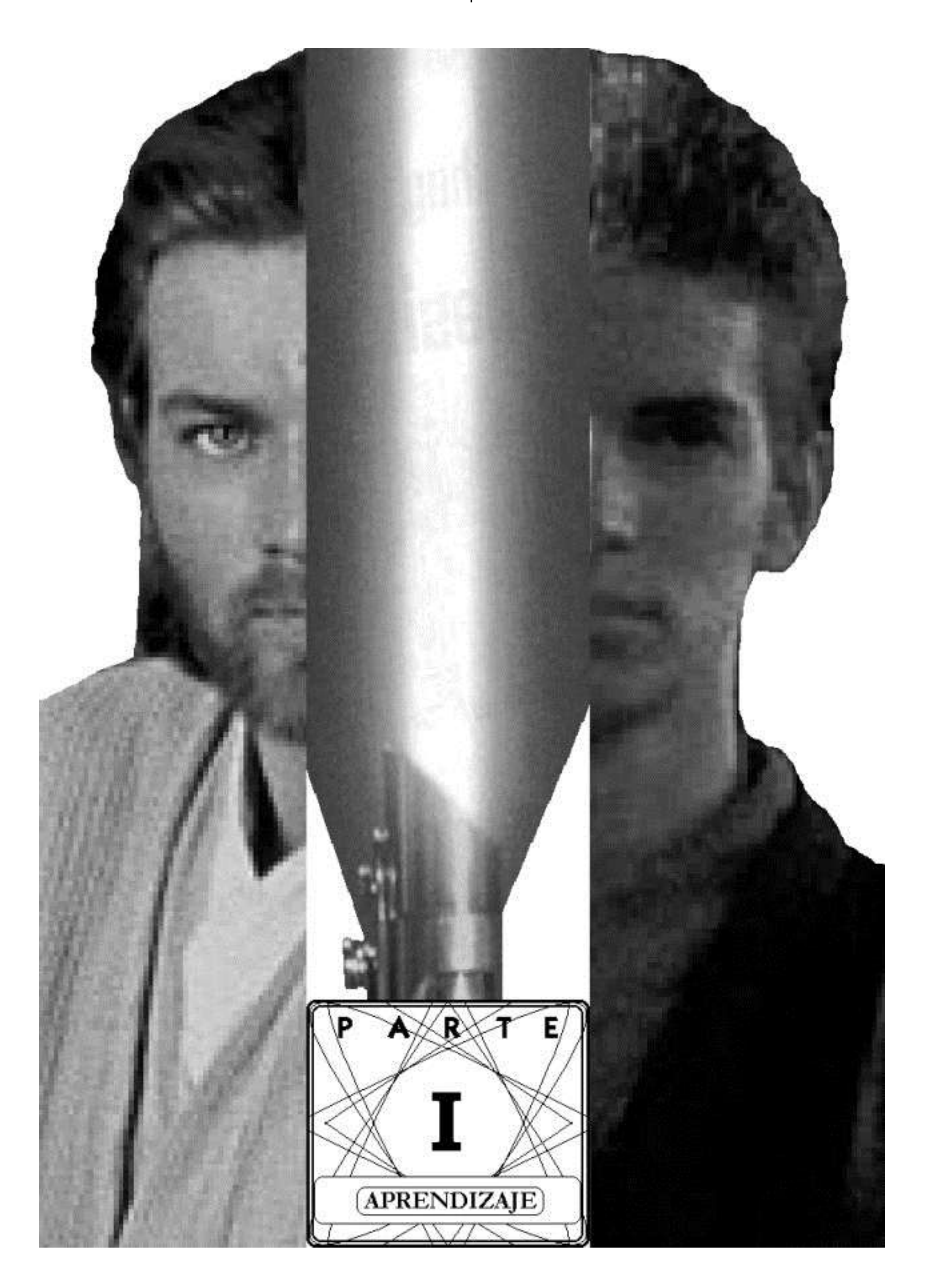
—Precisamente por su naturaleza tan salvaje, Anakin —le dijo Obi-Wan—. Me será muy útil para enseñarte los misterios de la Fuerza viva, como así hizo en su momento el Maestro Qui-Gon conmigo.

—¿Y no fue esa expedición una de las más peligrosas que realizaste, aquella en la que salvaste milagrosamente a Qui-Gon de una especie de arenas movedizas? —preguntó Anakin con nerviosismo.

—En efecto, así es, pero gracias a todas aquellas experiencias aprendí muchas de las cosas que ahora sé sobre la Fuerza —le respondió Kenobi—. Es un lugar en el que fluye muy notablemente, dada la gran cantidad de fauna y flora existente. Además, ya va siendo hora de que te enfrentes a peligros mayores, mi joven padawan, si es que quieres estar preparado para afrontar las pruebas del Consejo Jedi y completar así tu entrenamiento dentro de unos años.

Anakin decidió por fin callarse y dar la razón a su Maestro. Si para convertirse en un Jedi era necesario viajar a Orum, así lo haría. Además, no tenía por qué tener tanto temor: era muy poderoso, podría hacer frente a cualquier peligro de la Naturaleza. Qui-Gon y Obi-Wan lograron sobrevivir; ¿por qué no lo iba a conseguir él, siendo aún más poderoso que ellos?

—Por favor, pasajeros, siéntense y abróchense los cinturones —comunicaba la azafata twi'lek por los altavoces—. Se va a proceder al salto hiperespacial en unos minutos, en cuanto el ordenador de navegación nos dé las coordenadas hacia nuestro destino, Orum, en la Franja Exterior. Llegaremos allí en unas 10 horas, aproximadamente. Que disfruten del vuelo y gracias por haber elegido «Viajes Tauntaun».


P A R T E
I
APRENDIZAJE



CAPÍTULO 1

La nave surgió de repente en el vacío del espacio ante el pequeño planeta. Habían transcurrido las 10 horas previstas, durante las cuales Anakin había logrado no sólo calmarse sino sentirse muy seguro de sí mismo. Ahora, incluso, parecía que tenía ganas de llegar al lugar y enfrentarse a lo que tuviera que enfrentarse.

Poco antes de que el vehículo entrase en la atmósfera, el jovencísimo padawan de 16 años comprobó que era correcta la información que había estado leyendo en las bases de datos del Archivo Jedi: Orum poseía una gran variedad de entornos, como demostraba su superficie multicolor. Desiertos, montañas, llanuras, bosques… Un mundo perfectamente habitable, si no fuera por la extraordinaria y peligrosa inestabilidad climática. De ahí que esté menos poblado incluso que su desértico planeta de origen, Tatooine. Había muy pocas zonas de aquel extraño mundo en las que no fueran habituales los traicioneros cambios meteorológicos o los arrolladores desastres naturales.

En una de esas zonas iban a estar los Jedi: la Región Cómoda, que se caracterizaba por la alternancia entre frondosas selvas y extensas llanuras, así como por poseer la mayor densidad de población de todo el planeta, con un considerable número de ciudades y aldeas. Su temperatura era agradable normalmente mientras que la humedad alcanzaba porcentajes bastante altos.

El transporte aterrizó en una de las numerosas bahías del puerto espacial de Sahaa, la ciudad capital de Orum y, por tanto, la mayor. Instantes después, se desplegaron las dos anchas rampas de embarque bajo las puertas del vehículo, situadas una en cada lado. Y es que las grandes dimensiones del mismo, que permitían una capacidad de casi setecientos pasajeros, harían imposible un desembarque ágil con tan sólo una salida.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Obi-Wan, visiblemente contento, pues no le agradaban demasiado los largos viajes hiperespaciales.

—¿Dónde se encuentra nuestro hospedaje, Maestro? —le preguntó su cansado padawan mientras contemplaba el gran parecido que había entre aquel puerto espacial y Mos Espa, su ciudad natal, salvo por la clara diferencia de que en el primero toda la

superficie estaba cubierta de tierra en vez de arena. Las calles no eran muy amplias, pero eran bulliciosas y estaban plagadas de abundantes puestos de venta y comercios. Los edificios eran sencillos, sin apenas ornamentación, y estaban constituidos por paredes rocosas y tejados escasamente inclinados. También eran numerosos los animales usados como monturas. De los muchos que vio, Anakin sólo pudo reconocer a los banthas, pues el resto seguramente serían criaturas nativas de Orum.

—Lo suficientemente lejos de aquí como para necesitar un transporte —le contestó Obi-Wan—. Alquilaremos un par de hyyks.

«¿Hyyks? ¿Qué es un hyyk?». Se preguntaba Anakin, que todavía no tenía un conocimiento demasiado amplio de las infinitas especies de la galaxia. No tuvo que esperar mucho para ver respondida su cuestión. Su Maestro le llevó hasta un recinto vallado bastante grande que albergaba varios ejemplares de tal criatura. Era parte de una tienda que los alquilaba o vendía. Curiosamente, su propietario se parecía bastante a su antiguo amo Watto, pues también era toydariano.

Precisamente ese dato le trajo malos recuerdos a Obi-Wan. Su Maestro Qui-Gon había sido incapaz de convencer al azulado ser para que admitiera sus dactarios de la República como moneda de pago. Y es que su especie tenía la cualidad de ser inmune a los poderes mentales de la Fuerza. Por ello, lo primero que preguntó fue:

—¿Se admiten dactarios de la República?

—Por supuesto —le respondió el comerciante—, Orum pertenece a ella.

El Maestro Jedi había olvidado ese otro dato. Se sintió entonces mucho más tranquilo al saber que no tendría problemas económicos durante su estancia en Orum. Así, pidió el alquiler de dos monturas por una semana, además de la compra de los paquetes de comida necesarios para las criaturas.

A Anakin se le quedó una extraña cara de asombro cuando observó por vez primera aquellos hyyks. Y no era para menos: se trataba de un animal de rasgos reptilianos que, sin embargo, poseía una larga cabellera rosada. Pero lo más sorprendente era la característica de poseer tres patas, aspecto que le había dado el acertado mote de «trípode». Además, tenía una larga cola que acababa en un pequeño cuerno y unos enormes ojos granates. Sin duda, era una criatura muy peculiar, hasta tal punto que el joven padawan no recordaba otra tan extraña como aquella. Ahora sólo le quedaba por ver cómo serían sus movimientos.

Pues, para no variar y como era de suponer, también eran sumamente raros: los hyyks saltaban sobre sus dos patas traseras impulsándose con la delantera, produciendo en sus viajeros una entrecortada agitación. Ambos Jedi llegaron a sentirse algo mareados cuando por fin llegaron al lejano hotel, que se encontraba a no poca distancia del lugar del aterrizaje. Es más, el trayecto llegó a durar casi una hora, ya que, además, les había resultado imposible avanzar con rapidez dada la gran cantidad de seres y animales de carga que llenaban las ruidosas calles.

Exhaustos, mareados y con cierto dolor de cabeza, producido no sólo por el alboroto callejero sino también por la elevada temperatura, el dúo de Jedi desmontó de los hyyks

tras haber entrado en una amplia cuadra perteneciente al hotel. Les ataron a una especie de pozo y les echaron algo de su empaquetada comida en un estrecho canal que rodeaba al mismo. Hecho esto, cuando se dieron la vuelta para salir del habitáculo, se quedaron totalmente boquiabiertos cuando observaron que en la calle estaba nevando. Aquel cambio climático tan drástico era algo completamente normal en Orum, pero, a pesar de saberlo de antemano y, que en el caso de Obi-Wan, de conocerlo por haber estado allí años atrás, los Jedi no pudieron contener su sorpresa. Ahora hacía un frío tremendo, lo que les obligó a volverse a poner sus túnicas marrones.

Ya fuera de la cuadra, vieron que las calles se estaban vaciando a gran velocidad. Esto era debido a que los comerciantes y tenderos disponían de diversos mecanismos para guardar todas sus mercancías en escasos minutos. Todo quedaba perfectamente empaquetado e introducido en resistentes cajas metálicas que, a su vez, eran cargadas en variados vehículos y carromatos flotantes tirados por criaturas.

Cuando Obi-Wan entró junto con su padawan en el hotel, en las calles sólo quedaban huellas y marcas de todo tipo sobre la nieve, la cual caía en abundancia y alcanzaba ya una altura considerable en relación con el escaso tiempo que llevaba descendiendo desde los imprevisibles cielos de Orum.

—Buenas tardes —dijo el Maestro Jedi al recepcionista de especie quarren—. Soy Obi-Wan Kenobi y este es mi padawan Anakin Skywalker. Tenemos una reserva a mi nombre.

—En efecto, Sr. Kenobi, —dijo tras comprobarlo en el ordenador— disponen de la habitación nº12, en la segunda planta. —Se dio la vuelta, cogió algo y volvió a girarse—. Este es su cilindro. Que disfruten de su estancia en Orum.

—Gracias. – Obi-Wan se dirigió hacia las escaleras seguido de Anakin.

Aunque sólo fueron dos pisos, los Jedi llegaron notablemente cansados a la puerta de su habitación. Obi-Wan introdujo el cilindro en el correspondiente hueco y la puerta se abrió con un suave siseo. Ya dentro, lo primero que hicieron fue tumbarse en sus camas y descansar unos momentos antes de darse una ducha, cenar e, inmediatamente después, irse a dormir tras el agotador viaje que habían realizado desde Coruscant.



CAPÍTULO 2

Acababa de amanecer cuando los Jedi se disponían a abandonar el hotel una vez que habían guardado en sus numerosas cartucheras y en su par de mochilas todo tipo de provisiones, sin olvidar, por supuesto, sus espadas de luz.

Ya en la calle, observaron sorprendidos, aunque no tanto como la primera vez, que la abundante nieve caída el día anterior había desaparecido sin dejar rastro por acción de un nuevo y repentino cambio meteorológico: del frío que hizo entonces se pasó, horas después, durante la madrugada, al calor más abrasador. Este no les impidió dormir toda la noche de manera continuada, dado el buen funcionamiento de los reguladores térmicos que poseían todas y cada una de las estancias del hotel. Anakin se imaginaba que aquellos dispositivos seguramente eran tan indispensables en Orum como los vaporizadores en Tatooine, por lo que no debían faltar en ningún hogar o establecimiento.

—Maestro, ¿en qué dirección iremos? —preguntó el joven padawan.

—Ciertamente, no es indiferente, Anakin: toda la ciudad está rodeada por selvas en un radio de unos 150 kilómetros —le respondió Obi-Wan—. Por ello, dejaremos que la Fuerza decida por nosotros. Concentrémonos unos instantes y veremos qué dirección nos indica.

De espaldas a la puerta de entrada del hotel, los Jedi cerraron los ojos apenas unos segundos para sumergirse en las profundidades de sus almas y escuchar la voluntad de la Fuerza, transmitida a través de los midiclorianos.

—¿Qué has sentido, mi joven padawan? —preguntó Obi-Wan tan calmado como siempre.

—Creo que hay que ir hacia el Este. —Expresó Anakin no muy seguro de su respuesta. Acallar la mente y escuchar a la Fuerza era una de las habilidades más difíciles de efectuar para cualquier padawan, y Skywalker no era una excepción.

—Así es —le dijo Obi-Wan con una sonrisa—. Lo has hecho bien, Anakin.

Fueron entonces a la cuadra en la que habían guardado y alimentado a sus hyyks. Se montaron en ellos con las mochilas a las espaldas y salieron del habitáculo para, pocos metros más adelante, doblar una esquina en dirección hacia el Este. En esa calle se estaban colocando ya los primeros puestos de venta, aunque todavía era demasiado temprano como para que hubiera clientes.

A Anakin aquellos mercadillos no sólo le traían recuerdos de su infancia en Tatooine sino que, además, le causaban cierta sensación de rabia porque el camino de Jedi que había decidido seguir le impedía, entre otras muchas cosas, poder poseer cualquier tipo de artículo que no fuera estrictamente necesario para vivir.

Lo que debía hacer, en cualquier caso, era no pensar en ello y concentrarse todo lo que pudiera en esta nueva expedición didáctica que habían comenzado.

—Así da gusto, ¿eh, Anakin? —decía su Maestro—. Es una maravilla no tener que ir esquivando continuamente a la gente y sus monturas.

En apenas media hora se encontraban ya aproximándose a las afueras de Sahaa, todo un récord en comparación con el día anterior, en el que tardaron casi una hora sólo en alcanzar el hotel. Y es que era tan escaso el número de seres que había en las calles que en algunos tramos incluso podían permitirse el lujo de ir a trote.

No mucho tiempo después, ya casi al final de la calle en la que se encontraban, la cual daba paso a las salvajes afueras de la ciudad, un comerciante orumiano les detuvo.

—Amigos Jedi, ¿hacia dónde se dirigen? —les preguntó amablemente.

—No tenemos ningún destino en particular, —respondió Obi-Wan— simplemente nos dirigimos hacia el Este. ¿Por qué lo pregunta, buen hombre?

—Porque no les recomendaría que siguieran ese camino —el tono de voz del humano se volvió más grave—. Si no les importa qué dirección tomar, es preferible que se dirijan hacia otro punto cardinal.

—¿Por qué motivo? —cuestionó Anakin.

—¿Es que nos les han comentado que ha regresado el mítico ghozzian a esas tierras? —el comerciante no comprendía cómo nadie se lo había advertido con anterioridad, y ante la cara de sorpresa que mostraban los Jedi, procedió a explicárselo todo—. Desde hace cinco o seis años, todo aquel que se introducía en esa parte de la selva de esta región, no regresaba. Es más, descubríamos sus cadáveres esparcidos por la zona, siempre con el mismo aspecto: sin un solo rasguño en el cuerpo, simplemente muertos. Los científicos de Sahaa comprobaron repetidas veces que no habían caído envenenados ni atacados por ninguna de las feroces criaturas del lugar, así que se empezó a especular que había sido obra del legendario ghozzian, un horrible monstruo mitológico que devoraba las almas de sus presas sin producirlas ni una sola herida. Esa es la razón por la que no es nada recomendable ir en esa dirección, amigos Jedi.

Obi-Wan y Anakin se miraron mutuamente unos instantes, con caras de estar diciéndose el uno al otro: «Ahora sabemos por qué la Fuerza nos ha indicado ese camino».

—Gracias por su advertencia, buen hombre, —dijo entonces el Maestro Kenobi— pero la Fuerza nos ha señalado esa dirección. Así aprovecharemos para intentar descubrir el misterio. Si nos es posible, se lo comunicaremos a las autoridades de Sahaa.

El amable orumiano se despidió con un saludo y la obligada frase «Que la Fuerza os acompañe».

Finalmente, los Jedi se adentraron en esa zona selvática de aquella Región Cómoda, frondosa como todas, pues apenas entraban en ella los rayos solares. Por ello, mientras avanzaban, tenían que ir apartando continuamente las abundantes hojas y matorrales que se iban encontrando por el camino.

Tras unos cuantos metros de recorrido, y sin detener el avance, el Maestro Kenobi le advirtió a su joven padawan acerca de una serie de peligros especialmente traicioneros, aquellos con los que se toparon su Maestro Qui-Gon y él bastantes años atrás y que pusieron en grave peligro sus vidas.

—Tranquilo, Maestro, los conozco todos y cada uno de ellos, seguramente mejor que tú, si me permites decirlo —le interrumpió arrogantemente Anakin—. Antes de partir de Coruscant, estuve estudiando la información sobre Orum que aparecía en las bases de ¡Ah!

Anakin emitió un leve grito de dolor para sorpresa de Obi-Wan, que, sin embargo, se mostraba sonriente.

—Si tan bien conoces los peligros de este planeta, ¿cómo es que has tocado esa hoja de puntos violetas? —le cuestionó en un tono burlón su Maestro—. ¿Acaso no deberías saber que era de una grathinea, una planta que con sólo tocarla produce dolor muscular?

Obi-Wan había pasado sin rozarla y sin advertir a su «sabio» padawan para darle una lección de modestia.

—Lo que te quiero decir con mis advertencias, Anakin, es que por muchos conocimientos que hayas adquirido, no has estado aquí como yo y, por tanto, deberías hacer caso a todas mis precauciones.

—Lo siento, Maestro. —Se disculpó el dolorido padawan mientras se echaba algo de agua sobre su mano, el remedio necesario para eliminar la molestia, del cual se acordaba para sorpresa de Obi-Wan. El Maestro Jedi empezaba a pensar que quizá había subestimado la capacidad de estudio de su aprendiz…

Continuaron entonces con la expedición, avanzando a un ritmo mucho más lento, claro, que el que llegaron a alcanzar por la ciudad. Y es que, como no tenían previsto ir a ningún sitio, tampoco tenían ningún tipo de prisa: cuando les quedaran pocas provisiones, regresarían a Sahaa. El objetivo del viaje consistía, simplemente, en estar rodeados de una Fuerza muy intensa para, así, aprender algunos de sus misterios. Por otro lado, si era posible, intentarían averiguar el misterioso asunto del ghozzian.

De repente, Obi-Wan se detuvo.

—Anakin, quiero que observes aquella especie de lagarto naranja. —Le dijo su Maestro señalándole el lugar en el que se encontraba el animal—. Quiero que me digas qué está haciendo.

—Pues supongo que se está encaramando a ese tronco hueco para encontrar y cazar algún bicho que esté escondido en su interior. —Le respondió el joven padawan.

—¿Y cómo sabe que hay algo en ese hueco?

—Siguiendo sus instintos, digo yo.

—Respuesta incorrecta, mi jovencísimo aprendiz. Esa es la contestación que daría un individuo cualquiera, no un Jedi —le recriminó Obi-Wan—. Esa criatura está siguiendo la voluntad de la Fuerza viva, que no es otra que aquella que controla todo este entorno de modo que haya un cierto equilibrio entre sus componentes. En todo momento determina las acciones que realizan los seres para que no se rompa. ¿Lo has entendido, Anakin?

—Sí, Maestro —le respondió el avergonzado padawan.

—Y precisamente para que no se destruya ese equilibrio, —continuó Obi-Wan— no debemos matar a ninguna criatura o vegetal a menos que estén en juego nuestras vidas; o a menos que la Fuerza viva así nos lo ordene, claro.

—Entonces, Maestro, ¿nosotros también estamos a su merced? —le preguntó un confuso Anakin.

—Parcialmente. Al contrario que los seres de este lugar, nosotros somos libres de hacer lo que queramos, siempre y cuando no causemos ninguna perturbación. Pero, al igual que ellos, debemos obedecer aquellas órdenes que nos mande seguir en momentos puntuales.

Tras esta primera lección, los Jedi continuaron desplazándose por entre aquella maraña de hojas, ramas y matorrales, siempre pendientes de cualquier síntoma de peligro que les indicara la Fuerza y preparados para escuchar sus órdenes.

Escasas horas después decidieron detenerse para sentarse en el suelo y comer algo. Se desmontaron de sus tranquilas monturas —los hyyks ni se inmutaron con el grito de Anakin— y las ataron a un par de aquellos gigantescos árboles, de aspecto similar al de las palmeras pero de hojas blanquecinas. Precisamente uno de los aspectos que más destacaban de las selvas de Orum era su variedad cromática: desde apagados marrones hasta brillantes morados, pasando por diversos tonos rojizos o los amarillos más vistosos.

Ante tal compendio de colores parecía imposible que una criatura pudiera sorprender a los Jedi, excepto si se tratara de un rew, un feroz animal carnívoro cuyo peludo cuerpo poseía la habilidad de cambiar de color según el entorno en el que se encontraba, y además con una precisión aterradora. No le importaba que aquellos parajes fueran tan coloristas: gracias a esa cualidad de su pelaje, podía camuflarse entre los matorrales aunque estos fueran de varios colores distintos.

Anakin prefería no pensar en aquellas temibles criaturas de afilados colmillos y esperaba de todo corazón que no se encontraran con ningún ejemplar durante su trayecto. Aunque, eso sí, si se diera el caso y fueran atacados por un rew, no dudaría en enfrentarse a él con su azulada espada láser.

—¿Qué sientes ahora mismo, Anakin? —le preguntó Obi-Wan mientras disfrutaban de la deliciosa comida energética.

—Nada especial, salvo el rico sabor de esta tableta de jull —le respondió su hambriento padawan.

—¿Estás seguro? Concéntrate unos momentos. —Insistió el Maestro Jedi.

Anakin dejó de masticar y cerró los ojos sin poder advertir ninguna anomalía cuando, de repente, un veloz haz de luz, seguido por un sonoro zumbido, le pasó por encima de la cabeza.

—¡¿Por qué has hecho eso, Maestro?! —le preguntó irritado el asustado padawan.

Obi-Wan le señaló con la mirada la cabeza y parte del cuello de un asombrosamente largo animal que había estado a punto de morder el cráneo de Anakin con sus afilados colmillos, si su Maestro no hubiera intervenido con su espada láser. Tal longitud le había permitido situar su boca a unos pocos centímetros por encima de su presa a pesar de que su cuerpo estaba situado sobre una rama a unos dos metros de altura del suelo.

—Perdón, Maestro, y gracias. —El avergonzado padawan no sabía cómo no había podido detectar la presencia de aquel peligroso ser, más aún cuando él mismo era su objetivo y se encontraba a tan escasa distancia.

—Espero que hayas aprendido otra lección, Anakin —le decía con su tranquilidad habitual Obi-Wan mientras apagaba y colgaba su espada láser de su cinturón—. Un Jedi no debe bajar la guardia en ningún momento de su vida, incluso si está comiendo como en este caso. Y no sólo cuando se encuentra en parajes tan peligrosos como este sino en todos los lugares en los que se encuentre, aunque sólo sea por simple precaución. Hay muchas razas alienígenas en la galaxia a las que no agradamos demasiado.

—Lo siento, Maestro, no volverá a suceder.

Tras el breve inciso, continuaron tomando diversos productos alimenticios y descansando para, no mucho tiempo después, proseguir con la didáctica excursión, dirigida, como desde un principio, hacia el Este.

Montados de nuevo en los hyyks, estos comenzaron a emitir una serie de extraños sonidos que no provenían de sus hocicos sino de sus tripas: a los Jedi se les había olvidado darles su ración. Sacaron entonces los paquetes de comida de sus mochilas y echaron una determinada cantidad de la misma sobre el suelo.

En efecto, los hyyks estaban hambrientos: su alimento desapareció pocos instantes después de salir de su embalaje. Fue tal la velocidad con la que engulleron aquella especie de hierba triturada que no tardaron en emitir algún que otro eructo. Tras una breve carcajada, Anakin preguntó a su Maestro si el hambre de aquellos sorprendentes animales también había sido debida a la voluntad de la Fuerza viva.

—Así es, mi joven padawan. —Le respondió Obi-Wan—. Como ya te he dicho, todo lo relacionado con la vida de las criaturas no racionales está sujeto completamente a la voluntad de la Fuerza viva; y, en este caso en concreto, quizás nos haya querido transmitir algo al retrasarnos en nuestra partida.

Mucha razón tenía el Maestro Jedi al mencionar aquellas palabras, pues justo cuando se disponían a volver a montarse en los también llamados «trípodes», surgió con gran rapidez de entre los matorrales una nueva y peligrosa criatura, que se abalanzó de un

increíble salto sobre la espalda de Anakin. El joven padawan cayó con brusquedad al suelo, pero no tardó apenas un instante en girarse velozmente para evitar un letal mordisco en la cabeza. Inmediatamente después, el animal volvió al ataque, pero para entonces Skywalker ya tenía entre sus manos su espada de luz, con la que atravesó el pecho del carnívoro nada más encenderla.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó sorprendido Anakin al comprobar que se trataba de un rew, la criatura en la que tanto había pensado mientras comía. El «pobre» animal yacía sin vida con un gran lago de sangre sobre su pecho, sangre curiosamente verdosa.

—¿Estás bien, Anakin? —preguntó algo preocupado su Maestro.

—Perfectamente. —Le respondió poco antes de darse cuenta de que había sido herido en la espalda por las garras del rew. Aunque las heridas no le causaban dolor apenas y no sangraban mucho, prefirió comentárselo a Obi-Wan por si hubiera peligro de infección. No convenía arriesgare.

—No te preocupes, —le dijo Kenobi mientras comprobaba la escasa gravedad de los rasguños— ahora mismo te las limpiaré con un poco de agua por si acaso.

Mientras realizaba esta operación, su padawan le preguntó por el sentido que tenía el hecho de que aquel animal les atacara. Quería saber por qué la Fuerza viva le había inducido a ello. ¿Acaso la criatura había tomado esa decisión por su cuenta? Pero eso era imposible, su Maestro le había enseñado que los seres vivos carecían de libertad para tomar decisiones. ¿O es que con aquel ataque la Fuerza les quería advertir de algo que iba a suceder en el futuro?

—Simplemente porque sí —le respondió Obi-Wan ante el asombrado gesto de su aprendiz—. Hay ocasiones, Anakin, en las que la voluntad de la Fuerza escapa a nuestra comprensión, dado que es un poder superior a nosotros y a todo lo que existe en el universo. De ahí que los Jedi vivamos para servirla en vez de usarla para nuestro propio beneficio, como hacían los antiguos Sith.

Cuando pronunció aquella palabra, a Obi-Wan le vino a la mente el recuerdo de su difícil enfrentamiento contra Darth Maul en el Palacio de Theed. Habían pasado ya 7 años desde aquella victoria y desde que su amigo y mentor Qui-Gon Jinn pereciera ante el odio y la agresividad de los que hacía uso el misterioso guerrero con el fin de ser más poderoso. A pesar del tiempo transcurrido, Kenobi, junto a todos los integrantes de la Orden Jedi, aún se preguntaba si era un Lord Sith o un aprendiz. También le gustaría saber cuándo se iba a desvelar el misterio, pero, como le había dicho Yoda cientos de veces, «el futuro en constante movimiento siempre está».

Tras limpiar las heridas de su padawan, Obi-Wan montó en su hyyk para proseguir con la expedición. Anakin le siguió de cerca una vez que se vistió. Ahora, observaban con más detalle todo lo que les rodeaba y agudizaban los sentidos al máximo, junto aquel poder de la Fuerza que les permitía detectar un posible peligro. Curiosamente esta habilidad, tan necesaria en aquel lugar de poca visibilidad, les había fallado ante el ataque del rew, y a Anakin concretamente, también con el otro animal de gran longitud.

Sin embargo, el joven padawan estaba contento por haber vencido al feroz animal. Y eso que la criatura atacó primero y poseía cierta ventaja al tirar al suelo a su presa. Pero Skywalker era demasiado poderoso como para salir derrotado frente a ese rew. Admitía que le puso en un apuro, pero estaba seguro de que le iba a vencer. Por muy complicada que se hubiera puesto la situación, Anakin estaba absolutamente convencido de que hubiera salido victorioso de todas formas. De lo contrario, hubiera sido todo un insulto para su honor, e incluso podría haber significado la muerte.

Pasaron las horas sin que ningún otro peligro les acechara y sin que Obi-Wan diera otra lección a su aprendiz, puesto que no se habían topado con ningún otro ser vivo que le sirviera al Maestro para enseñar a su alumno. Parecía como si la vida de aquel lugar hubiera desaparecido de repente acompañando a la luz, que se estaba esfumando para dar paso a la noche. Por ello, Obi-Wan decidió no continuar: si era peligroso avanzar a plena luz del día, mucho más lo sería con la oscuridad de la noche.

Los Jedi desmontaron entonces de sus cansados hyyks, que volvían a pedir, con sus guturales ruidos, algo de sustento. Tras atarles a unos troncos y servirles la ración correspondiente, Anakin y Obi-Wan comenzaron a descargar de sus mochilas los sacos térmicos de dormir. Una vez colocados, se dispusieron a comer sobre ellos, siempre pendientes de los numerosos sonidos nocturnos y de cualquier indicio de peligro que les comunicara la Fuerza. Ahora dependían más que nunca de ella, pues la visibilidad era totalmente nula, salvo en un pequeño radio de luz producido por un par de tubos lumínicos que habían traído.

Una vez que se habían alimentado lo suficiente, Anakin se mostró voluntario para realizar la primera ronda de vigilancia, operación totalmente obligada en un paraje tan sumamente peligroso. Obi-Wan no estaba de acuerdo con aquella decisión, dado que su aprendiz estaba algo herido y más cansado que él; pero, ante su insistencia, se introdujo en su saco para descansar durante las dos siguientes horas. Como no hacía mucho frío, optó por no calibrar mucha potencia al dispositivo térmico.

Por otro lado, dados los continuos errores que había cometido su padawan a lo largo del día, el Maestro Kenobi no confiaba mucho en él. Si por un casual acechara otro peligroso ser y Anakin no detectara su amenazadora presencia, la vida de Obi-Wan podría correr grave peligro, al estar dormido. Por ello, se vio en la obligación de permanecer despierto, aunque, por supuesto, sin dar cuenta de ello a su compañero.

La primera hora pasó realmente deprisa y sin que se produjera incidente alguno. Anakin estaba, en consecuencia, bastante relajado y tranquilo, aunque manteniéndose siempre despierto y alerta. Lo único en lo que pensaba era en el sorprendente hecho de que en todo ese día no se había producido ningún extraño y repentino cambio climático, lo que era de agradecer indudablemente. Si hubiera nevado como el anterior día, las arriesgadas situaciones que habían vivido se hubieran complicado bastante más. Pero, a pesar de que se hubiera añadido tal dificultad, Anakin seguía estando totalmente convencido de que hubiera sobrevivido de todas formas, aunque, eso sí, quizás con alguna herida más en el cuerpo.

Le vino entonces a su mente el no tan lejano recuerdo de su madre, Shmi. Echaba muchísimo de menos a aquella sencilla y agradable mujer que le había cuidado y enseñado tanto durante su infancia en Tatooine. Se preguntaba cómo se encontraba, si aún seguía teniendo como amo a Watto. Intentó entonces verla a través de la Fuerza. Tras un considerable esfuerzo y concentración, lo único que consiguió sentir, y que le bastó para alegrarse, fue el contento estado de ánimo de su madre. Aquella visión le reconfortó ante la cada vez más fría noche que tenía que seguir vigilando durante los ya escasos minutos que le quedaban de ronda.

Pero era obvio que aquel no era su día: de repente surgió de entre los matorrales una gran cantidad de puntos rojos fosforescentes. Anakin recordó haberles estudiado en el Archivo Jedi: se trataba de zimirins, una especie de libélulas carnívoras cuyo ataque se basaba en picar repetidas veces a su presa para hacerla desmayar con un potente líquido que la inyectaban. Conseguido esto, aquellos temibles insectos devoraban, literalmente, toda la carne que mordían con sus diminutos pero eficaces dientes, hasta el momento en el que satisfacían sus estómagos; momento que solía llegar nada más y nada menos que cuando alcanzaban la estructura ósea de la presa.

Evitando el miedo, Anakin descolgó la empuñadura de su espada láser de su cinturón, la encendió y se dispuso a acabar con el nuevo peligro él solo. Tras de sí, oyó entonces otro siseo como el de su espada: su Maestro había estado despierto, cosa que demostró a Anakin su falta de confianza.

—¿Con que estabas despierto, eh, Maestro? —mencionó el irritado aprendiz.

—En absoluto, Anakin, tu espada me ha levantado —su suave tono de voz intentaba reflejar una falsa sinceridad.

—¡No me mientas, Maestro! —dijo con ira el joven padawan, aún más enfadado por aquella mentira—. Mentir nunca se te ha dado bien.

—¡Dejemos la discusión, ya vienen! —alertó Obi-Wan, más nervioso de lo habitual, pues conocía el peligro que suponían aquellas diminutas criaturas: su Maestro Qui-Gon y él quedaron bastante aturdidos con sus picaduras.

Los zimirins comenzaron a rodear a los Jedi con su agitado revoloteo y su peculiar y sonoro zumbido. Anakin consiguió deshacerse de bastantes de aquellos horribles insectos, pero no pudo evitar algunas dolorosas picaduras. Su Maestro Obi-Wan se encontraba en la misma situación: a pesar de su gran dominio con la espada, los zimirins, tan pequeños y rápidos, escapaban al haz de luz azul, que se mezclaba con el vistoso rojo emitido por los fosforescentes bichos. En otras palabras: le estaba ocurriendo lo mismo que le sucedió tiempo atrás cuando a su lado estaba su mentor. Poco a poco fueron sintiendo la debilidad muscular y psíquica que producía el líquido de las picaduras. Parecía imposible que los zimirins les consiguieran atravesar sus gruesas túnicas marrones, pero así lo hacían, clavando sus aguijones allí donde podían.

Picadura tras picadura, ambos Jedi se fueron sintiendo cada vez más cansados y débiles. Lograban acabar con decenas de sus atacantes a cada espadazo que blandían, pero daba la sensación de que, en vez de menos, había más zimirins flotando en el frío

aire de la noche. Obi-Wan pensó que debía haber una colmena en un árbol cercano. Era la única explicación posible a tan ingente número de ejemplares.

Los minutos pasaban y el cansancio se reflejaba ya en los rostros de los Jedi y en el sudor de sus cuerpos. El líquido que fluía por sus venas les estaba dejando sin fuerzas hasta tal punto que Anakin cayó al suelo de rodillas, incapaz de mantenerse en pie. Desde esa incómoda posición, continuó zarandeando su arma, pero a un ritmo mucho menor que con el que empezó aquella peculiar y agotadora batalla. El Maestro Obi-Wan tampoco se encontraba lo suficientemente bien como mantenerse en pie, pero evitó que sus piernas se tambalearan ni un solo momento, realizando un más que considerable esfuerzo.

Precisamente por este gasto de energías, Kenobi no sólo cayó de rodillas sino que, segundos después, se desmayó sobre la hierba.

—¡¡Maestro!! —gritó muy preocupado su agotado padawan, que apenas podía ni tan siquiera enfocar lo que veía. Era tal la cantidad de picaduras que tenía en el cuerpo que todo lo que sentía era dolor.

Pero, afortunadamente para sus vidas, que no para la de los insectos, los extraños cielos de Orum comenzaron a descargar, por segunda vez en dos días, una cantidad considerable de nieve. Y no podían haber sido más oportunos: justo en ese momento, los zimirins se disponían a mordisquear el desfallecido cuerpo de Obi-Wan. Pero, ante la repentina nevada, quizás el peor enemigo de aquellos luminosos bichos, estos se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos, bien porque eran aplastados por los copos de nieve, o bien porque huían aterrorizados buscando una difícil salvación.

Exhausto, Anakin desactivó su espada de luz azul e intentó, con las pocas fuerzas que le quedaban, acercarse a su Maestro para comprobar su estado. Pero no tardó apenas unos segundos en derrumbarse junto a él, incapaz de controlar los efectos agotadores del potente líquido. Un instante antes de quedar inconsciente, Anakin se preguntaba si volvería a despertarse con vida…



CAPÍTULO 3

Obi-Wan comenzó a sentir su cuerpo. Estaba amaneciendo y la nieve, que ya no caía, le había cubierto casi completamente. Su padawan, aún inconsciente, también se encontraba bajo un frío manto blanco. Era la primera vez en todo el tiempo que había estado en Orum, incluyendo su estancia pasada con Qui-Gon Jinn, que tenía que agradecerle uno de sus drásticos cambios climatológicos. La nevada les había salvado de una muerte segura.

Cuando se desenterró y se puso en pie, dio gracias de nuevo al observar las pisadas de un rew que había estado merodeando por la zona y que no les había localizado precisamente por haber estado cubiertos de nieve. La nevada les había ayudado no en una sino en dos ocasiones aquella terrible noche. Por otro lado, ya era hora que la Fuerza les acompañara.

Se dispuso entonces a despertar a su aprendiz. Lo único que deseaba Obi-Wan en esos momentos, aparte de que estuviera bien, era que no se enfadara de nuevo por su falta de confianza la noche anterior.

—Anakin… Anakin… Vamos, Anakin —le decía Kenobi en un bajo tono de voz.

Su preocupación desapareció cuando su padawan abrió los ojos.

—¡¡Los zimirins!! ¡¡Los zimirins!! ¡¿Dónde están los zimirins?! —gritaba el furioso joven, que parecía no acordarse de la nevada que les había salvado de los insectos.

—Tranquilízate, Anakin, el peligro ya ha pasado. Los zimirins desaparecieron tras la nevada.

—¡Eso ya lo sé, Maestro! —seguía diciendo con ira, demostrando con aquellas palabras que su memoria funcionaba perfectamente—. ¡Quiero saber dónde han huido, no debemos dejar con vida a esos despreciables bichos!

—Controla tus sentimientos, Anakin —le decía Obi-Wan con gesto serio—. La venganza no es propia de un Jedi. Ya deberías saberlo.

—Perdón, Maestro, pero es que casi acaban con tu vida.

—Te agradezco tu preocupación, mi joven aprendiz, pero recuerda que, una vez más, se ha cumplido la voluntad de la Fuerza viva. Además, como ya te he dicho, no debemos provocar perturbaciones en este lugar, a menos, claro está, que nuestras vidas dependan de ello, como anoche.

Anakin entró en razón y se tranquilizó, haciendo desaparecer su fuerte carácter, aunque tan sólo durante unos pocos segundos, porque enseguida se acordó de un hecho que le enfadó enormemente hacía unas cuantas horas: su Maestro, al permanecer despierto, le había demostrado que no le otorgaba ni un ápice de confianza.

—Maestro, ¿por qué no confiaste en mí? —preguntaba Anakin bastante irritado.

—Te voy a ser sincero, Anakin. —Le dijo tranquilamente Obi-Wan, como en la mayoría de las ocasiones—. No te vi muy acertado a lo largo del día y, además, tras el ataque del rew, estabas herido y muy cansado. Preferí mantenerme despierto sobre todo por esta última razón. De lo contrario, como sabes, hubiera depositado toda mi confianza en ti; te doy mi palabra.

—¡Pues no es suficiente, Maestro! – Anakin continuaba estando enfadado, como así lo demostraba su elevado tono de voz, a pesar del sincero discurso de Kenobi. —¡Te perdonaré si la próxima noche duermes cuando no sea tu turno de vigilancia!

—¡Baja la voz, Anakin! – Obi-Wan se enojó definitivamente – No me gustaría tener que llevarte a un juicio ante el Consejo Jedi por insubordinación.

—Lo siento, Maestro, pero me molestó mucho. No aguanto que alguien desconfíe de mis aptitudes, ni mucho menos que me mienta. —Aunque algo más tranquilo, el padawan seguía mostrándose irritado.

—Eso lo hice con el único fin de acabar con la discusión, Anakin. Si la continuábamos, los zimirins nos hubieran derrotado mucho antes.

Anakin le dio la razón en silencio mientras se sacudía los últimos vestigios de nieve. Obi-Wan, por su parte, observaba los destrozados cuerpos de los hyyks, que habían sido devorados hasta tal punto que eran visibles algunos de sus huesos.

—A partir de ahora tendremos que seguir a pie. —Anunció Kenobi a su padawan con cierta tristeza.

—Mira el lado positivo, Maestro —le dijo Anakin sonriendo—. A partir de ahora no tendremos que preocuparnos de alimentarles, ni tampoco de cargar con sus pesados paquetes de comida.

Obi-Wan le devolvió la sonrisa mientras se colocaba su mochila. Anakin hizo lo mismo. Después, discutieron de nuevo, aunque esta vez sin elevar el tono de voz. Tenían que acordar si comenzar el viaje de vuelta a Sahaa, dada la pésima situación en la que se encontraban, o si proseguir con la peligrosa expedición didáctica, pues tan sólo llevaban con ella un día.

Mientras que Anakin estaba a favor del regreso, Obi-Wan quería continuar, no sólo para seguir enseñándole alguna otra importante lección, sino también para intentar averiguar si realmente existía el ghozzian en aquellos parajes. Como él era el Maestro, el padawan se vio obligado a aceptar su decisión.

Así, los Jedi siguieron con el avance y, por tanto, volvieron a apartar continuamente todo tipo de hojas y ramas de su camino. Y todo esto sin monturas, algo heridos y en continuo estado de alerta. No debían bajar la guardia ni un solo momento. Ya habían sido sorprendidos en varias ocasiones, por lo que esperaban poder detectar posibles peligros mediante la Fuerza, acción que no habían logrado efectuar anteriormente.

Pasó poco más de una hora cuando, de repente, Anakin alertó a su Maestro. Había presentido una amenaza potencial tras un rojizo matorral que se movía ligeramente. Ambos Jedi activaron sus respectivas espadas de luz con cierta cara de preocupación. Por su parte, Obi-Wan estaba extrañado: él no había detectado ninguna presencia peligrosa con la Fuerza, pero, como no convenía arriesgarse, optó por enarbolar su arma y confiar, así, en su aprendiz.

Una vez junto a la planta, apartaron lentamente las azuladas hojas para intentar visualizar lo que ocultaba. El Maestro Kenobi no tardó en emitir una sonora carcajada.

—¡¡Menuda amenaza, Anakin!! —le decía Obi-Wan mucho más contento de lo habitual en él.

—¿Qué ocurre, Maestro, a qué viene su buen humor? —su aprendiz no comprendía el motivo de su risa, así que se le quedó mirando extrañado.

—Pero, Anakin, ¿no me dijiste que habías estudiado la fauna de este lugar?

—Sí, Maestro, pero no absolutamente toda, pues es muy numerosa. De ahí que desconozca ese ejemplar.

—Es un simple y asustadizo pok, mi joven padawan, —le explicaba su Maestro, que ya había recuperado la compostura— la criatura más inofensiva de todo el planeta de Orum. Es más, suele temer, en ocasiones, hasta los diminutos insectos de los que se alimenta.

—¿Y por eso te ríes tanto? Tampoco me ha parecido que la situación fuera tan graciosa.

—No, en absoluto, Anakin, claro que no lo es; lo que realmente me ha hecho gracia ha sido el hecho de que a Qui-Gon le sucedió exactamente lo mismo aquella vez que estuve aquí con él. —El Maestro Jedi recordaba con nostalgia—. Me alertó de la presencia de un pok y cuando le vi me reí como ahora, puesto que le había estudiado, junto al resto de animales de la zona, como has hecho tú.

Transcurrido el alegre incidente, los Jedi prosiguieron con la caminata, una vez que desactivaron y colgaron sus luminosas espadas.

Unas horas después, cuando el cansancio ya se hacía notar, decidieron detener el avance para descansar y comer. Comprobaron entonces que los alimentos y el agua contenidos en las mochilas se encontraban en perfectas condiciones, a pesar de la nieve que les había caído encima. Precisamente porque el suelo aún seguía estando cubierto de ella, a pesar de la alta temperatura que hacía, sacaron de las mismas los sacos térmicos para sentarse sobre ellos.

Mientras recuperaban energías, Obi-Wan le explicaba a Anakin cómo se podían detectar peligros probables mediante la Fuerza de una manera mucho más fiable.

—Anakin, cuando un ser, racional o no, pretende atacar, se le puede presentir mucho más fácilmente si te concentras primero en su presencia y después en el halo de Fuerza que emane la misma, no en ambas cosas al mismo tiempo. De esta forma evitarás confundirte y tendrás más posibilidades de acertar. De lo contrario, puede ocurrirte que pienses que supone una amenaza con tan sólo saber que se trata de un rew, por ejemplo. Hay ocasiones, aunque no demasiadas, en las que una criatura normalmente peligrosa no pretenda atacarte de ninguna manera.

—Pero has de admitir, Maestro, —mencionó su padawan tras asentir con la cabeza la nueva lección— que discernir la luz o la oscuridad de una presencia es una habilidad realmente difícil de llegar a dominar. De hecho, tú mismo me has contado hace unas horas que incluso el Maestro Qui-Gon cometió el mismo error que yo.

Obi-Wan estaba de acuerdo con aquella afirmación. La Fuerza era realmente compleja y complicada de manejar con una destreza notable, así como de entender. Ni tan siquiera el gran Maestro Yoda era capaz de asegurar completamente sus visiones. Pero había una habilidad aún más difícil de dominar, por no decir imposible: predecir el futuro. Ni los Jedi más poderosos podían prever acontecimientos con total convicción. Y aún en el mejor de los casos, aun sabiendo con cierta certeza lo que iba a ocurrir, nunca eran capaces de entrar en detalles. Dicho de una forma más simple: podían predecir que iba a ser rojo, pero en ningún caso qué tono de rojo.

Cuando los Jedi se sintieron preparados para proseguir con la expedición, una vez que habían comido y descansado lo suficiente, al Maestro Kenobi se le ocurrió una brillante idea para que su padawan practicara esa importante habilidad de detectar peligro con la Fuerza. Se trataba de un ejercicio en el que Anakin carecería de las percepciones de la vista y del oído, de modo que sólo pudiera emplear su poder. Tras vendarse los ojos y taparse los oídos, Obi-Wan se alejó del lugar unos cuantos metros para, unos segundos después, regresar por una dirección diferente con su espada de luz activada. Su aprendiz le diría en voz alta si su intención era atacarle o no, según lo que consiguiera intuir del halo de Fuerza que desprendiera la presencia de su Maestro.

Anakin estuvo muy acertado en este peculiar ejercicio. De las cinco ocasiones en las que Obi-Wan se le acercó, llegó a presentir su intencionalidad en cuatro de ellas. Muy satisfecho, el Maestro Kenobi felicitó a su joven padawan, que había dado un paso más hacia su futura conversión en Jedi.

Luego, Anakin pidió a Obi-Wan repetir aquel interesante entrenamiento pero cambiándose los puestos, sólo por simple curiosidad y entretenimiento. El Maestro Jedi aceptó la propuesta. Así también él se ejercitaría, afinando de esta forma su precisión en tal destreza. Se vendó entonces los ojos, se tapó los oídos y la prueba empezó.

Tras cinco acercamientos de su aprendiz, Kenobi no lograba entender por qué siempre presentía a Anakin con intención de atacarle, cuando el joven le había expresado sinceramente que en tres de las cinco ocasiones su propósito no había sido ese. Pero lo cierto es que en todas ellas Obi-Wan había percibido un halo de Fuerza oscuro alrededor de la presencia de su padawan. Era algo ciertamente extraño, tanto que jamás le había

ocurrido, ni había oído hablar de que tal cosa hubiera sucedido antes cuando se presentía a otro Jedi.

Para intentar desvelar aquel misterioso hecho, el Maestro Kenobi le ordenó a Anakin que repitiera el ejercicio otra vez con espada en mano. Obi-Wan volvió a prescindir de las percepciones visuales y auditivas, a la espera de que su aprendiz le acechara.

Una vez que se realizaron otros cinco acercamientos, el resultado fue el mismo: Kenobi siempre presentía la presencia de su padawan como algo oscuro y peligroso. Incapaz de razonar una respuesta lógica a aquel hecho, decidió olvidarlo, echándole la culpa al cansancio acumulado durante la expedición. Sin darle más importancia, el Maestro Jedi instó a su aprendiz a continuar con la marcha.

—Maestro, presiento peligro —no había pasado apenas media hora cuando Anakin pronunció aquel aviso.

—Yo también, mi joven padawan. —Asintió su Maestro mientras ambos caminaban algo más despacio y con la mirada, los sentidos y los poderes de la Fuerza dirigidos hacia todo el entorno—. Pero es extraño, no me parece que sea algo… vivo.

A Anakin le sucedía lo mismo: acechaba en un lugar cada vez más cercano, sin moverse ni dar señales de que tuviera vida. Mientras se concentraba en tales sensaciones, al padawan le vino a la cabeza la información que les había dado el comerciante orumiano: ¿podría tratarse del ghozzian? Se lo comentó a su Maestro, pero este tampoco supo responder, pues, al igual que él, no tenía ni idea de cómo era aquel monstruo, si era un fantasma o qué. Obi-Wan se arrepintió entonces de no haberse quedado a charlar algo más de tiempo con el amable paisano.

La amenaza seguía estando presente en sus mentes. Y cada vez a menos y menos distancia a cada paso que daban. Llegó un momento en el que Kenobi decidió empuñar su espada láser y dejar en el suelo su mochila. Instantes después, Anakin hizo lo mismo. Ahora estaban completamente preparados para afrontar ese nuevo y extraño peligro que se encontraba realmente cerca. Andando cada vez más y más despacio, Obi-Wan se estaba poniendo más nervioso de lo que era habitual en él. Su padawan lo notó precisamente por su manera tan cuidadosa de caminar. Finalmente, el Maestro Jedi advirtió de que el peligro estaba tras un alto y muy frondoso entramado de ramas, matorrales y hojas que de ninguna manera permitía ver a su través ni ser apartado debido a su tamaño. Por ello, Kenobi se dispuso a saltarlo mediante la Fuerza para, así, atacar por sorpresa y tener cierta ventaja.

—Anakin, —le dijo a su aprendiz en un tono de voz muy bajo— voy a saltarlo. Quédate aquí.

—Ni hablar, Maestro, —le respondió con gesto serio— juntos tendremos más posibilidades de derrotar a esa cosa.

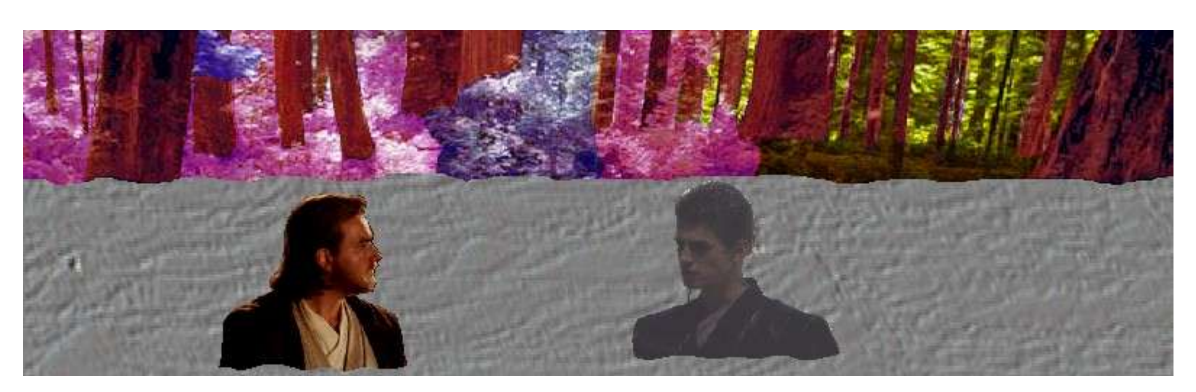
—No, si no sabemos lo que es. —Mencionó Obi-Wan algo irritado ante la desobediencia de su padawan—. Si necesito ayuda, te llamaré sin dudarlo.

En ese mismo instante, el Maestro Kenobi ejecutó el gran salto sin previo aviso para concluir así la discusión, pues, de esta forma, no permitió que Anakin le siguiera

replicando, cosa que estuvo a punto de hacer. Gracias a la Fuerza, alcanzó la enorme altura requerida, imposible de lograr por un hombre normal, con lo que superó aquel impenetrable obstáculo. Su aprendiz, enfurecido ante el abandono, también saltó a pesar de no contar con la aprobación de su Maestro.

—¡¡Menudo lío en el que nos has metido, Anakin!! —gritó Obi-Wan enfadado enormemente, tanto que su padawan, ni seguramente ningún otro integrante de la Orden Jedi, nunca antes le había visto así—. ¡¡Y todo por ser tan cabezota y no obedecerme!! ¡¡Ahora te das cuenta de por qué tenías que haberme obedecido, cuando ya no hay remedio!! ¡¡Si se desconoce la amenaza, es preferible separarse para enfrentarse a ella mejor!!

—Lo siento en el alma, Maestro, me he comportado como un tonto – Anakin estaba realmente avergonzado por su error, el cual podía convertirse en el último si en los próximos minutos no se les ocurría algo para evitar una muerte segura.



Y es que un peligro sin vida como aquel no tenía compasión alguna. Se trataba de una especie de arenas movedizas de color grisáceo que poseía numerosos gránulos flotando en su espesa superficie. Los Jedi intentaban moverse lo menos posible para disponer de más tiempo antes de que aquel viscoso líquido les engullera, con lo que sería el fin de la expedición… y de sus vidas.

A medida que los minutos transcurrían, tanto Obi-Wan como Anakin se hundían cada vez más de forma inevitable, avanzando lentamente hacia el anaerobio fondo de aquella pequeña charca. Mientras, ambos intentaban concentrarse y pensar en una posible solución que les pudiera salvar y que, desafortunadamente, no se les ocurría. Y es que la situación era realmente complicada por el hecho de que los dos habían caído en la trampa.

—¡¡Ya lo tengo, Maestro!! —gritó entusiasmado el joven padawan—. ¿Y si empleamos la Fuerza para hacer levitar nuestras espadas y después cortar con ellas un árbol?

Obi-Wan pensó durante unos segundos en esa idea.

—Se podría intentar —dijo tras la breve reflexión—. Aunque no es nada fácil empuñar una espada con la Fuerza.

Entonces, tras haberse concentrado durante unos instantes, los Jedi alzaron uno de sus brazos e hicieron flotar en el aire sus luminosas armas, conduciéndolas lentamente hacia el tronco más cercano. Cuando el espeso fluido les llegaba ya al pecho, comenzaron a notar un ligero viento rozándoles los rostros que rápidamente se convirtió en un vendaval. Y no mucho después, cuando las espadas estaban ya frente al árbol, tal fuerte viento adquirió un tono huracanado de gran potencia. Se trataba de uno de los habituales desastres naturales de Orum, aunque no era tan corriente en esa Región Cómoda. Enseguida les empezó a dificultar notablemente la operación de talar. Peor se puso entonces la situación cuando Obi-Wan perdió la concentración tras haberle caído encima un pájaro muerto. Su espada cayó milagrosamente en tierra firme, aunque fue lanzada por el viento a tal distancia que ni siquiera pudo ver dónde tocó el suelo. Por tanto, su vida dependía ahora exclusivamente de la habilidad de su joven padawan. Esta vez no le quedaba más remedio que depositar su confianza en él.

Por su parte, Anakin estaba tan sumamente concentrado en la tala que ni siquiera se había dado cuenta de que ahora lo hacía solo. Lo único que le importaba en aquellos críticos momentos era lograr atravesar la dura corteza del tronco, para lo cual debía hacer frente al poderosísimo viento que le intentaba arrebatar el control de su arma. Obi-Wan observaba la escena expectante y tremendamente nervioso, dada la sensación de impotencia que se había adueñado de él. Tal era su alteración que casi se desmaya cuando vio que el viento se llevaba momentáneamente la espada de su aprendiz, instantes antes de que este, gracias a su extraordinaria concentración, lograra recuperar el arma bajo su control.

Así, Anakin consiguió proseguir con la tala cuando el viscoso líquido le llegaba ya al cuello. Su rostro sudoroso reflejaba el terrible esfuerzo que estaba realizando en contra de los terribles vientos huracanados. Su cuerpo entero estaba inmerso en una constante tensión. Obi-Wan esperaba por todo ello que no desfalleciera y que continuara resistiendo tan bien como lo estaba haciendo hasta entonces. Y es que sería una absoluta tragedia que tan cerca de conseguirlo como estaba, fuera vencido por el temporal.

Pero, afortunadamente, la azulada hoja de luz llegó por fin al otro lado del resistente tronco, que quedó libre para poder caer sobre la charca. Así, ambos Jedi realizaron un nuevo y agotador esfuerzo mental para arrastrar con la Fuerza aquel gigantesco cilindro de madera. El problema estaba, una vez más, en el viento, que también tiraba del árbol pero en una dirección que no era la que necesitaban los Jedi para salvarse de la inminente muerte. En aquellos momentos se estaban enfrentando las fuerzas de la Naturaleza de Orum contra el poder de un Maestro Jedi y su aprendiz.

Un duelo del que resultaron salir victoriosos, de modo que el tronco cayó en la dirección requerida. A la mayor velocidad que pudieron, los Jedi se fueron aproximando a él, siempre intentando no hundirse más de lo que ya estaban. Aquella era otra complicadísima operación, pues el espeso fluido les alcanzaba ya la boca. Anakin fue el primero en llegar y subirse cuidadosamente sobre la rugosa superficie. Tumbado sobre ella, fue irguiéndose hasta conseguir situarse de cuclillas. Manteniendo el equilibrio,

acción difícil de efectuar no sólo porque el tronco podría girarse sino por el azote del persistente e intenso vendaval, el joven padawan logró ejecutar un gigantesco salto, grandioso, más que en altura, en desplazamiento. Así, pisó tierra firme al fin: su vida estaba a salvo.

Ahora sólo faltaba que su Maestro también lo consiguiera. Obi-Wan lo tenía quizás aún más complicado que Anakin, puesto que el árbol ya se había hundido algo por el peso de su padawan. A pesar de ello, Kenobi llegó hasta él y comenzó a encaramarse no sin esfuerzo, pues tuvo que sacar su cuerpo del pegajoso líquido. Desde la orilla, Anakin le daba ánimos, aunque el fastidioso viento se llevaba sus palabras. En ese momento, en el que el tronco estaba cubierto hasta la mitad, Obi-Wan se encontraba ya tumbado sobre él. «Solamente» le quedaba erguirse lo suficiente para poder impulsarse y efectuar, así, un salto similar al de su aprendiz.

Pero el fortísimo viento hizo que el Maestro Jedi cayera de nuevo al espeso fluido una vez que había logrado colocarse de cuclillas sobre el tronco. Anakin no pudo evitar gritar de desesperación al ver aquella dramática escena. Pero, cuando se temía lo peor, Obi-Wan surgió levemente de las profundidades de la charca, justamente lo suficiente como para poder agarrarse de nuevo al árbol. En este nuevo intento, la dificultad había aumentado aún más, dado que el improvisado salvavidas se había ido hundiendo otro poco más en ese breve período de tiempo. Pero Kenobi no desistió y su esfuerzo dio su merecido fruto: logró tumbarse de nuevo sobre el ancho y prácticamente hundido tronco, que apenas era visible ya sobre la superficie. Anakin continuaba sudando de sufrimiento en la orilla mientras seguía emitiendo ánimos a su Maestro, aunque suponía que no le estaba oyendo por culpa del incesante viento.

Obi-Wan procedió entonces a realizar la última pero más complicada acción: mantenerse de cuclillas el instante necesario para poder ejecutar el salto de la merecida salvación. Lo único que tenía que agradecer en ese momento era que el viento azotaba con algo menos de intensidad, además, de por supuesto, que Anakin había logrado llevar a cabo la tala a distancia con éxito. Cualquier Jedi de la Orden se sentiría orgulloso de su padawan, y Obi-Wan no iba a ser una excepción. Se concentró entonces apenas un segundo cuando recurrió de nuevo a la Fuerza para realizar el increíble salto.

Anakin observaba expectante durante el interminable período de tiempo que le pareció que duraba el movimiento. A Obi-Wan se le hizo aún más largo, pues de aquel salto dependía nada más y nada menos que su vida. Y lo logró. Consiguió caer justamente al borde de la orilla, donde su aprendiz le sujetó como precaución. Instantes después, se dieron un emotivo abrazo lleno de lágrimas: habían sobrevivido milagrosamente, a pesar de la dificultad añadida que había supuesto el repentino e inoportuno huracán. Anakin volvió a pedirle perdón a su Maestro por haberle desobedecido. Obi-Wan, por su parte, le dio las gracias por haberle salvado la vida y le felicitó por haber utilizado la Fuerza con tanta maestría. De esta forma, el dramático suceso se había vuelto a repetir: el aprendiz había salvado a su Maestro, tal y como había hecho Kenobi con Qui-Gon en su anterior estancia en Orum.

Una vez que se recuperaron de la horrible prueba, los Jedi fueron a buscar sus espadas y mochilas, todo ello mientras seguía azotando, y con igual fuerza, el viento huracanado. Pasaron unos cuantos minutos antes de que este se esfumara por completo y de que encontraran sus pertenencias. Tras comprobar que lo tenían todo, volvieron a pensar en qué decisión tomar: podían continuar con la arriesgada expedición, pues aún tenían provisiones para, al menos, un día, o empezar ya el viaje de vuelta a Sahaa. De nuevo, Anakin quería irse a casa, más aún tras haber sufrido tanto en esta última situación, mientras que Obi-Wan, por extraño que parezca, prefería continuar hasta agotar las provisiones.

—Con todos mis respetos, Maestro, me niego rotundamente a proseguir este viaje que casi acaba con nuestras vidas en tantas ocasiones, especialmente en esta última.

—Anakin, escúchame sólo un momento —le decía con tranquilidad Obi-Wan—. He sentido una perturbación en la Fuerza: estoy casi convencido de que un grupo de personas, una docena o más, han fallecido a escasos kilómetros de aquí, o quizás más cerca de lo que pienso. Ese es el motivo, y no otro, por el que quiero continuar, mi joven padawan, al menos hasta la hora de la comida de mañana, que es cuando, precisamente, tendremos las provisiones justas para regresar a Sahaa.

Anakin reflexionó en silencio durante unos segundos antes de aceptar, a regañadientes, que su Maestro tenía razón: debían encontrar aquellos cadáveres si querían hallar al ghozzian. Aquel suceso delataba que no se podía hallar mucho más lejos de donde se encontraban ahora, por lo que tampoco iba a suponer un gran esfuerzo. Además, de esta forma, podrían sentirse totalmente satisfechos, al haber cumplido la misión tal y como habían planeado en un principio: agotando las provisiones y, si era posible, eliminando al diabólico ser.

Por lo tanto, los Jedi volvieron a caminar de nuevo, con las mochilas a las espaldas y las espadas de luz colgadas de sus cinturones. Todo parecía igual que al comienzo de la expedición, pero lo cierto era que ambos estaban mucho más cansados, no sólo por los peligros a los que se habían tenido que enfrentar sino porque desde hacía algo más de un día no disponían de los hyyks para desplazarse. Por lo menos tenían que agradecer, aparte de continuar con vida, que los granos producidos por las picaduras de los zimirins habían desaparecido sin dejar rastro en sus cuerpos, junto con el pequeño pero molesto dolor que estos les hacían sentir.

Como había presentido Obi-Wan, no tardaron apenas una hora en localizar los cadáveres. Se trataba de una quincena de exploradores que, sin duda, habían sido presa del ghozzian, pues ninguno de ellos presentaba el más leve rasguño sobre su cuerpo. Investigando sus pertenencias, Anakin averiguó que se trataba de una expedición cuyo objetivo era acabar con el misterioso ser, como así lo indicaba un contrato que halló en la mochila de uno de ellos. El cliente era ni más ni menos que el alcalde de Sahaa, que les había pagado una cantidad de créditos inimaginable para que cumplieran tan complicada misión. Lo increíblemente extraño fue que el padawan no encontró ni una sola moneda en aquella mochila, que parecía ser la del líder. Normalmente, los exploradores, los

mercenarios y los cazarrecompensas tenían por costumbre cobrar en metálico. Lo que estaba claro, o al menos eso pensaba, era que el ghozzian no se había hecho con el dinero. Alguien debía habérselo llevado consigo.

También era sorprendente la gran cantidad de armas que yacían junto a sus fallecidos propietarios: había blasters de todo tipo, vibro-hachas, picas de fuerza e, incluso, detonadores termales. Obi-Wan decidió coger uno de esos explosivos de gran alcance —su onda desintegradora solía alcanzar los 20 metros de radio— por si le llegara a necesitar en una situación crítica, aunque sabía que los Jedi no tenían muy permitido emplear armas o recursos que no fueran sus espadas de luz o sus poderes de la Fuerza. Pero pensó que el reto de enfrentarse a una criatura mitológica merecía incumplir aquella tradición. Es más, incluso entregó otro detonador termal a su padawan.

Una vez hubieron guardado el par de explosivos en una de las muchas bolsas de sus cinturones, los Jedi se concentraron unos segundos con los ojos cerrados, rastreando con los tentáculos invisibles de la Fuerza cualquier posible indicio de que el ghozzian estuviera oculto en una zona cercana. Obi-Wan sintió entonces la presencia de un ser vivo de gran tamaño que permanecía inmóvil a no muchos metros de donde se encontraban. Guiado por la Fuerza, el Maestro Jedi fue seguido de cerca por su aprendiz mientras caminaban con sigilo y ya con sus espadas de luz activadas. Tan cerca se hallaban de la criatura que ambos dejaron sus mochilas posadas contra un árbol. Luego continuaron con el cuidadoso avance hasta que se detuvieron ante un gran foso, que tenía aspecto de ser la guarida del animal —o lo que fuera—, dada la inclinación de la tierra. Caminando por la pendiente, recorrieron unos cuantos metros de túnel subterráneo, alumbrados únicamente por el resplandor azul de sus espadas láser. Llegaron entonces a una zona en la que se ensanchaba el pasadizo, dando lugar al habitáculo en el que residía la bestia. Los Jedi no lograban verle en la oscuridad, pero oían sus ronquidos, una magnífica señal que les dio el valor suficiente para acercarse a él. Así comprobarían, a la luz de sus espadas, si era o no el buscado ghozzian.

—Eso es un tsugrom, Maestro. —Anakin no pudo evitar su susurrante comentario, aun sabiendo que era más que probable que Obi-Wan lo supiera.

En efecto, Obi-Wan le recriminó con la mirada, así como también con ella le indicó que tenían que acabar con aquella gigantesca criatura, de tamaño similar al de un rancor. Su padawan no lograba adivinar el motivo, pero aceptó la orden sin rechistar, puesto que la última vez que desobedeció a su Maestro estuvo a punto de perder la vida.

Así, Obi-Wan le hizo una señal y ambos empezaron simultáneamente a atravesar repetidas veces el cuerpo del ser con sus luminosas espadas. El animal se despertó con un aterrador y agudo grito de dolor tan potente que, amplificado además por el eco del lugar, afectó a los oídos de los Jedi en gran medida. Tal es así, que ambos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo adoloridos. Pero el temor les hizo coger de nuevo sus armas y ponerse en pie para hacer frente a la nueva amenaza. Fue entonces cuando Obi-Wan ordenó a Anakin salir del habitáculo, puesto que les resultaría bastante más fácil luchar a

plena luz del día que en aquella cerrada oscuridad. También era de desear disponer de un mayor espacio para moverse, ya que apenas podían esquivar los ataques del tsugrom.

Empezaron, pues, a correr velozmente hacia la superficie, empleando la Fuerza para no ser alcanzados por la horrible criatura. Pero ni siquiera con ese poder de su lado lograron dejarla atrás. Con sus dos ágiles patas, el tsugrom fue capaz, incluso, de zancadillear a Anakin con una de sus cuatro pinzas. Derribado, el joven padawan sintió cómo su detonador termal caía de su cinturón y llegó a oír su pitido de activación, por lo que sólo tenía 6 segundos para alejarse más de 20 metros del explosivo, a menos que lograra volver a pulsar su botón. Por ello, se estiró para cogerle, pero el tsugrom le agarró por la cintura con una de sus poderosas pinzas y le elevó del suelo en dirección a sus fauces. Aquella presión era insoportable pero Anakin, lleno de furia, realizó un terrible esfuerzo para atraer con la Fuerza no sólo el detonador termal sino también su espada de luz, que también se le había caído tras la fastidiosa zancadilla. Con ambas armas en sus manos, el enfurecido padawan pulsó primero el botón del explosivo y después el que activaba la cortante hoja de luz azul del otro arma. Así, mutiló la pinza que le apresaba e, instantes después, una vez que volvió al suelo, pulsó de nuevo el botón del detonador termal y le lanzó al interior de la boca del tsugrom, ya que, lleno de dolor, el animal emitía en aquel momento otro de sus ensordecedores gritos.

Cuando cesó de quejarse, su presa había salido ya del túnel y se encontraba con su compañero en la selvática superficie.

—¡¡Al suelo, Maestro!! —gritó Anakin mientras se tiraba entre la maleza.

Obi-Wan así lo hizo, sin llegar a preguntarse el por qué, pues apenas un segundo más tarde conoció el motivo: una tremendamente devastadora explosión arrasó todo lo que se encontraba en su amplio radio de acción, derrumbando el suelo que cubría la guarida del desintegrado tsugrom. No quedó ni un solo resto del gigantesco cuerpo de la bestia, así como tampoco quedó vestigio alguno de que hubiera habido vegetación en esa área. Todo lo que se hallaba dentro de esa circunferencia de 40 metros de diámetro había desaparecido sin dejar rastro, salvo cenizas.

Obi-Wan esperaba que su intrépido padawan hubiera sobrevivido. Muy preocupado, se dirigió a todo correr hacia el lugar en el que saltó el joven. Tras apartar todo tipo de ramas y hojas, no acertó a ver dónde se hallaba. Pero cuando comenzaba a pensar en lo peor, Anakin se levantó unos metros más adelante: la onda expansiva le había impulsado hasta allí. Juntos de nuevo, los Jedi volvieron a abrazarse durante unos segundos. Pero el aprendiz no tardó mucho en preguntar irritado el motivo por el que Obi-Wan le había ordenado acabar con el tsugrom.

—Hemos cumplido la voluntad de la Fuerza viva, Anakin. —Le respondió alegremente Obi-Wan—. En cuanto llegamos a la guarida, supe que teníamos que eliminar a la criatura que alojaba, fuera la que fuera.

—¿Y por qué razón, Maestro?

—Exactamente no lo sé, Anakin, pero, como ya te dije, la Fuerza viva se encarga de preservar el equilibrio de este lugar, por lo que, seguramente, nos ordenó destruir a ese ser para que no se rompiera el mismo.

Tras la breve y necesaria explicación, el Maestro felicitó, por segunda vez, a su valiente aprendiz, aunque no le había gustado demasiado la táctica que había empleado el joven. Hecho esto, cuando se preparaban para seguir buscando al ghozzian, se dieron cuenta de que ahora tenían un nuevo problema: se habían quedado sin sus mochilas de provisiones. Y justo en el peor momento, pues se encontraban a más de dos días de Sahaa. Aquel hecho les dejó sin habla, sin ánimos para continuar. Era tal su tristeza que decidieron quedarse allí a pasar la noche, aunque aún quedaban un par de horas hasta que esta lo oscureciera todo. Pensaban que, a lo mejor, algún orumiano habría escuchado la explosión, por lo que, si se quedaban allí, podría venir alguien a rescatarles. Lo único que podían hacer para superar ese nuevo y también complicado reto era tener mucha paciencia y conservar la esperanza.



CAPÍTULO 4

La noche transcurrió sin percance alguno. Tanto Obi-Wan como Anakin efectuaron sus respectivos turnos de vigilancia, de dos horas de duración cada uno, sin tener que hacer frente a ninguna nueva amenaza, si se exceptúan el hambre y la sed que empezaban a surgir. Se notaba, por tanto, que se encontraban en el área de acción del ghozzian, pues no sentían la presencia de ningún animal o criatura, temerosos de acercarse a la zona.

Así pues, cuando amaneció, reflexionaron acerca de qué decisión tomar. Lo que estaba claro era que no iban a seguir esperando un rescate, pues en tal caso ya hubiera venido. Además, ¿qué valiente orumiano se acercaría a la zona del ghozzian, si ni siquiera criaturas tan feroces como los rews se atrevían a hacerlo?

—Yo creo que deberíamos regresar, Maestro —opinaba Anakin—. Si empleamos el poder de la velocidad, quizás lleguemos en menos de un día.

—Eso es imposible, mi joven padawan. – Obi-Wan conocía demasiado bien cómo era aquel poder – La habilidad de la que me hablas sólo puede ser usada durante pequeñas distancias, para realizar sprints. Estoy de acuerdo en cuanto a que llegaríamos antes, pero no tanto, tan sólo ganaríamos unas pocas horas.

—Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer, Maestro?

—Pienso que tenemos que pedir consejo a la Fuerza, como ya hicimos al comienzo de este viaje.

Así, ambos Jedi cerraron los ojos y se concentraron en las profundidades de su ser, intentando escuchar a la Fuerza a través de los midiclorianos. Segundos después, supieron que les indicaba continuar hacia el Este, la misma dirección que habían llevado durante toda la expedición. Sorprendidos ante aquella sugerencia, la obedecieron, aunque no la comprendían demasiado. Los Jedi se esperaban que les hubiera señalado el camino a seguir para llegar al poblado más cercano, hacia la salvación más próxima. Pero hacia

el Este sabían que no había más que selvas y más selvas hasta distancias inalcanzables sin un transporte adecuado.

Así pues, los Jedi prosiguieron con la marcha, acercándose, seguramente, a los dominios del ghozzian. Ahora era mucho más probable que se encontraran con él o su guarida, así que se mantuvieron en estado de alerta todo el tiempo. Y es que la amenaza a la que muy probablemente se iban a enfrentar no era ni mucho menos comparable con las anteriores a las que habían vencido. Es más, no se parecía a nada de lo que habían visto u oído antes durante sus arriesgadas vidas de Jedi. ¿Quién había tenido que hacer frente a un ser mitológico con anterioridad más que otro ser mitológico en las numerosas leyendas de la galaxia? En estos antiguos relatos siempre luchaba un monstruo malo contra uno bueno, el bien contra el mal, sin que jamás se haya probado su veracidad.

«Siempre hay una primera vez», pensaba Anakin, que, en aquellos momentos, se sentía a medio camino entre el miedo más atroz y la confianza más plena. También en esta ocasión estaba bastante seguro de sí mismo y sus poderes, hasta tal punto que creía, incluso, que solamente él, en toda la galaxia, podía vencer al ghozzian, puesto que él era «El Elegido» y, por tanto, estaba muy cerca de convertirse en el Jedi más poderoso que hubiera existido nunca.

Por su parte, Obi-Wan no lo tenía tan claro. Un ser como aquel, que había vencido a toda una expedición de exploradores armados hasta los dientes sin ni tan siquiera rozarles, era un peligro demasiado grande para cualquier Jedi, por muy poderoso que fuera. No obstante, no dudaría en enfrentarse a él con todo lo que estuviera a su alcance, incluyendo el detonador termal que aún conservaba en su cinturón. Pero, aunque ese devastador explosivo era un arma realmente poderosa, Kenobi confiaba más en el truco mental que todo Jedi podía efectuar sobre una mente necia, ya que posiblemente lo sería la del ghozzian.

Siguiendo en la dirección señalada por la Fuerza, los Jedi estuvieron caminando sin descanso hasta que llegó la hora de comer. Fue entonces cuando se sentaron sobre la blanda hierba con motivo de hacer uso de los alimentos y el agua de reserva que todo Jedi llevaba en algunas de las bolsas de sus cinturones. Se trataba de un par de tabletas energéticas que sólo servían para recuperarse tras un esfuerzo físico, en ningún caso para saciar el hambre. Por el contrario, la ración de agua resultó ser suficiente para que dejaran de estar sedientos.

Así pues, no tardaron en volver a ponerse a caminar, ya que tenían en contra el tiempo. Avanzando y avanzando, a cada minuto que pasaba los Jedi dudaban más de que el ghozzian fuera a aparecer. Anakin llegó a pensar, incluso, que la criatura mitológica había huido aterrorizada ante el estruendo de la explosión de su detonador termal. Por su parte, Obi-Wan comenzaba a especular que el diabólico ser quizás había desaparecido de nuevo de la faz de Orum. Y es que muchas de las leyendas que conocía hablaban precisamente de monstruos que aparecían y desaparecían cada cierto período de tiempo.

Completamente exhaustos y afectados en gran medida por el hambre, los Jedi, apenas media hora después, fueron víctimas de otra criatura: Obi-Wan, que iba, como siempre,

delante de Anakin, se quedó pegado a una enorme tela de araña. La razón de que no la llegara a ver fue que era totalmente transparente. Instantes después, decenas de arañas de gran tamaño surgieron de su guarida, situada en lo alto de un árbol adyacente al sitio, atraídas por la presencia de las posibles presas. Anakin no tardó en activar su espada de luz para cortar la invisible trampa y liberar, así, a su Maestro. Con sus espadas en mano, los Jedi descuartizaban a las negruzcas criaturas que se lanzaban a por ellos nada más salir del hueco del árbol, cayendo desde una altura más que considerable. Los cuerpos mutilados de las mismas se amontonaban sobre la hierba, manchando toda la maleza del entorno con su abundante sangre violeta.

Tanto Obi-Wan como Anakin no paraban de zarandear hacia arriba sus cortantes armas, pues el ingente número de aquellas criaturas que les caían encima era realmente cuantioso. Pero llegó un momento en el que el Maestro Jedi mandó a su padawan alejarse del lugar, dejando que las arañas cayeran al suelo. Sin comprender el motivo de aquella orden, Anakin la obedeció sin pensarlo dos veces cuando él también sintió la presencia de otro ser, muy cerca de donde se encontraban. Vieron entonces cómo unos matorrales cambiaban de color para mostrar la silueta de un rew. El camuflado carnívoro no tardó en ponerse a correr hacia las arañas. Curiosamente, estas también se dirigieron hacia la nueva presa, olvidando a los dos Jedi. Por ello, estos se sintieron algo aliviados ante aquella decisión de los seres, por lo que no dudaron en agradecérselo a la Fuerza viva. Pero no tardaron apenas unos segundos en arrepentirse de tal acción, pues una araña que se había lanzado por el otro lado del árbol se situó a sus espaldas y les atrapó, por sorpresa, con una gran red natural. Inmóviles, los Jedi se apresuraron en cortarla con sus espadas láser mientras observaban cómo la araña y el rew se les acercaban. Y es que este último había destrozado ya a sus presas, por lo que se dirigía hacia las siguientes.

Viendo que no les daba tiempo a liberarse, los Jedi emplearon el empujón de la Fuerza para lanzar a las temibles criaturas contra un tronco. De esta forma, ganaron el tiempo suficiente para poseer de nuevo la imprescindible libertad de movimientos. Hecho esto, Anakin, temiendo que la araña les volviera a atrapar con una de sus transparentes redes, no tardó en lanzar su espada con la Fuerza, dirigiéndola perpendicularmente al animal. Este fue atravesado al instante desde la cabeza hasta la parte trasera de su rechoncho cuerpo. Obi-Wan, por su parte, también fue muy directo y rápido a la hora de acabar con el feroz rew, pues le cortó la cabeza en cuanto este saltó hacia él con intención de derribarle.

Antes de celebrar aquella nueva victoria con un merecido descanso, los Jedi, que estaban empapados de sangre de dos colores distintos, violeta —de las arañas— y verde —del rew—, rastrearon la zona con la Fuerza minuciosamente, intentando detectar cualquier otro posible peligro. Viendo que estaban por fin solos, desactivaron sus armas y se sentaron completamente agotados por la última de sus batallas de supervivencia.

Lo difícil ahora era aguantar la molesta hambre, así como la sed. Y es que tras aquel considerable esfuerzo, lo que más se deseaba era una buena ración de comida acompañada por unos buenos tragos de agua. Anakin no pensaba en otra cosa más que en

eso, en un delicioso plato. Tal es así que no es de extrañar que le viniera a la mente el recuerdo de aquel fabuloso manjar que su madre Shmi le solía preparar en ocasiones especiales: bantha asado. Era, sin duda, su comida preferida, por encima de cualquier exquisitez que se pudiera preparar en la alta cocina de Coruscant.

Su Maestro Obi-Wan se encontraba en la misma situación, por lo que llegó a pensar, incluso, en si era posible consumir carne de rew, aun sabiendo que le sería imposible quitar el abundante pelo del animal, al no poseer la herramienta adecuada. Era tal su desesperación que también se fijó detenidamente en los mutilados cuerpos de las arañas. Olvidó la loca idea cuando entró en razón, pues sabía perfectamente que aquellas criaturas estaban provistas de veneno en alguna parte de sus cuerpos. De ahí que ni siquiera el rew las había ingerido.

Finalmente, los Jedi se levantaron sin haber saciado ni el hambre ni la sed; tan sólo habían logrado eliminar algo de cansancio. Así pues, prosiguieron con la agotadora caminata durante algo más de media hora. Fue entonces cuando se encontraron frente a una extensa pradera amarillenta que estaba rodeada por el resto de la selva. De forma curiosamente muy rectangular y sin más vegetación que la propia hierba, aquel lugar era realmente atípico dentro de una zona que se caracterizaba por la abundancia de árboles, plantas y animales. Sin duda, otra muestra más de la extrañísima Naturaleza de Orum.

—Bien que podía haber aquí un pequeño poblado… —mencionó disgustado Anakin en un tono de voz tan sumamente bajo que su Maestro no le llegó a oír.

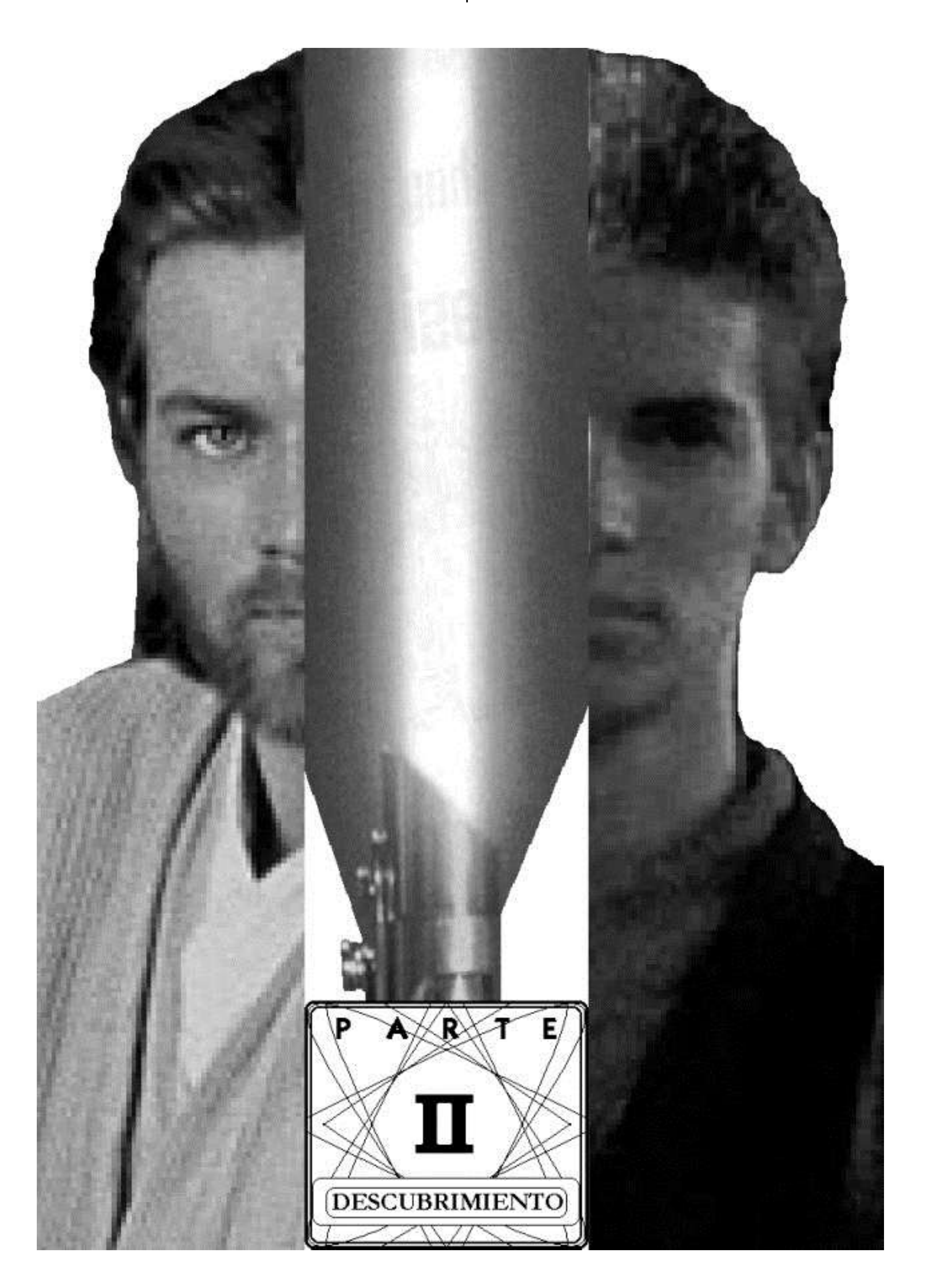
Ahora sí que no sabían qué hacer: ¿continuar hacia el Este, cruzando la pradera para ello, o regresar por donde habían venido, pues habría más posibilidades de encontrar al ghozzian? Fue justo en ese momento de duda cuando Obi-Wan sintió que aquel lugar emanaba intensa energía del Lado Oscuro. Buscó con la Fuerza la procedencia exacta de aquella potente señal, pero no logró detectar ningún ser en aquella explanada. Era algo realmente extraño. Tan raro que llegó a preguntarse si el ghozzian era un monstruo invisible o algo así, cosa que perfectamente podría ser, dada la escasa información que sabía acerca de él. Por ello, alertó a su padawan mientras activaba su azulada espada láser. El joven hizo la misma operación mientras seguía de cerca a su Maestro hacia el centro del peculiar paraje.

—Pero, ¿qué… qué es esto? —se preguntaba el Maestro Jedi cuando observó atónito que no había hierba en un pequeño área, sino una compuerta metálica.

Instantes después, y sin que hubieran tenido tiempo para averiguar qué habían descubierto, los Jedi fueron sorprendidos por una abundante emisión repentina de un verdoso gas. Sin pensar ni tan siquiera en averiguar el lugar de dónde procedía, sacaron rápidamente de uno de los bolsillos de sus cinturones sus aparatos de respiración Aquata A99. Más sorprendidos aún que cuando hallaron la compuerta, los Jedi se disponían a alejarse del amenazador sitio cuando oyeron un siseo tras de sí. Incapaces de ver nada por culpa del gas, supusieron que la chapa metálica se había abierto.

Y, en efecto, notaron con la Fuerza la presencia de 5 seres que emergían de la compuerta desde el subsuelo. Pero como la verdosa nube aún no se había disipado, no

lograron discernir ni siquiera las siluetas de lo que fueran. Por ello, no tardaron un instante en ponerse a correr para salir del peligroso lugar y, así, poder observar de qué se trataba. Sin embargo, justo cuando se empezaron a mover, fueron alcanzados por la espalda por varios rayos láser, procedentes del sitio donde había aparecido de repente el amenazador quinteto.


PARTE
II
DESCUBRIMIENTO



CAPÍTULO 5

Obi-Wan abrió los ojos lentamente. Lo primero que vio fue una potente y cegadora luz situada frente a él. ¿Acaso era el umbral hacia la conversión en uno con la Fuerza? «No», se dijo a sí mismo tras sentir sus músculos, «Sigo vivo». Los seres que les habían disparado lo habían hecho entonces a mínima potencia, aquella que simplemente deja aturdido al blanco. Era la explicación más obvia y la única que se le ocurría, pues, ¿cómo habría sobrevivido si no y sin un solo rasguño en el cuerpo?

Anakin también se despertaba en aquellos momentos llenos de interrogantes. Él suponía, al igual que su Maestro, que el motivo por el que habían sobrevivido no podía ser otro que gracias a la calibración de los blasters. Ahora la siguiente cuestión a responder era: ¿para qué les habían llevado a esa celda láser en la que ahora se encontraban? Se trataba de un pequeño área cuadrado situado, a su vez, en el centro de una habitación de igual forma. Por tanto, estaban encerrados por dos paredes: una láser y transparente y otra metálica y opaca que rodeaba a la primera a una distancia de unos dos metros. En el primer recinto, la luz era deslumbrante, como así había comprobado Obi-Wan al despertarse boca arriba. Por el contrario, el recinto exterior a la celda láser se caracterizaba por la ausencia absoluta de luz.

Conocido el lugar en el que se hallaban, los Jedi comprobaron que no disponían de sus cinturones de herramientas ni de sus espadas de luz. Precisamente esta última carencia les demostraba la complicada situación en la que se encontraban. Y es que, como tantas veces le había dicho Kenobi a su joven padawan, «Tu espada es tu vida, así que no la pierdas jamás».

Pero, por lo menos, tenían que agradecer que aún seguían vivos, aunque no tenían muchas esperanzas de que fueran a permanecer así mucho tiempo más. La razón no era que les podrían matar de un momento a otro, sino que seguramente iban a fallecer bastante antes bien de hambre o bien de sed. Era tal el dolor y la debilidad que sentían, que apenas podían mantenerse en pie.

Menos mal que vieron lo que necesitaban en una de las esquinas de aquella celda: comida y agua. Parecía mentira que no hubieran percibido antes aquellas bandejas de gran tamaño, bien por el olfato, pues desprendían un delicioso olor, o por la vista. No tardaron en ponerse a engullir y a beber a gran velocidad, sin pensar en que pudiera ser otra trampa. De hecho, no pensaban en absolutamente nada más que en disfrutar de esos placenteros momentos, dada la enorme necesidad que venían acumulando desde que la explosión del detonador termal de Anakin desintegrara a sus mochilas de provisiones junto al terrible tsugrom.

—Jamás había comido tan deprisa. —Decía Obi-Wan cuando, apenas transcurridos un par de minutos, ya había vaciado su bandeja.

—Ni yo tampoco, Maestro – Anakin, muy sonriente, se sentía muchísimo mejor ahora que los dolores estomacales habían desaparecido.

—Y yo jamás había visto comer así a unos Jedi —una tercera voz indicaba la presencia de un ser que se ocultaba entre las sombras circundantes a la celda láser.

—¿Quién eres? —preguntó intrigado Obi-Wan, que lo único que lograba adivinar de aquel individuo era que emanaba intensa energía del Lado Oscuro, de modo que ahora sabía la procedencia de tal fuente de Fuerza.

—Alguien que odia a los Jedi y que quiere verlos exterminados, como ellos hicieron con los integrantes de mi Orden tiempo atrás —con aquellas palabras quedaba muy claro que se trataba de un Sith.

—¿Y para qué nos has encerrado aquí? – Anakin se enfureció bastante al saber que era un Jedi Oscuro como el que acabó con la vida de Qui-Gon.

—Pues, como hago siempre con los intrusos, para divertirme con el espectáculo que pronto protagonizaréis.

—Así que el ghozzian no existe, sino que tú matabas a todo el que se acercaba para fomentar el miedo a este lugar, ¿verdad?

—En efecto, así es. De esta manera nadie descubrirá nunca lo que aquí se oculta.

—¿Y qué es? Ya que vamos a morir, podrías decírnoslo. —Habló Obi-Wan mientras controlaba su odio hacia el irritante ser.

—El principio del fin de la República. —Aquella sencilla respuesta sorprendió a los Jedi, pues comprendieron al instante que se habían involucrado, sin saberlo ni quererlo, en un problema de gigantesca escala. A partir de ese momento, sólo pensaban en que debían escapar de allí como fuera para, inmediatamente después, hacérselo saber al Senado Galáctico de Coruscant—. Pero no os hagáis ilusiones, Jedi, —continuó hablando el Sith— ni siquiera vosotros descubriréis el secreto, ni mucho menos saldréis de aquí con vida, os lo puedo asegurar.

Tras una sonora carcajada, el ser oculto tras las sombras comenzó a caminar y, pocos pasos después, se detuvo para decir:

—¡Ah, se me olvidaba! Si milagrosamente lográis sobrevivir a mi «Show Infernal», moriréis de todas formas por envenenamiento.

Se volvieron a oír unos cuantos pasos más y luego un siseo, producido por la puerta por la que salió el perverso Sith. Fue en ese momento cuando Obi-Wan pudo ver, al menos, la silueta del nuevo enemigo. Eso le permitió saber su especie: se trataba de un devaroniano, ya que poseía los cuernos típicos de los mismos.

—¿Qué vamos a hacer, Maestro? – Anakin intentaba evitar el miedo que sentía ante la situación tan sumamente crítica en la que se encontraban.

—Simplemente, esperar, mi joven padawan, —la respuesta de Obi-Wan era la que esperaba— a menos, por supuesto, que sepas cómo se atraviesan estas paredes láser.

El Maestro Jedi recurrió a su sentido del humor para intentar levantar los ánimos de su triste aprendiz, que en aquellos momentos no poseía esperanza alguna de salir con vida de aquel siniestro lugar.



CAPÍTULO 6

Tras unas cuantas horas sin novedad alguna, los Jedi vieron cómo la parte del techo que se correspondía con las dimensiones de la celda se abría. Una vez se detuvo tal compuerta, el suelo que pisaban comenzó a elevarse hacia la chimenea a la que había hecho visible. Se trataba de un largo conducto que llevaba directamente a la superficie.

Ni Obi-Wan ni Anakin fueron capaces de soltar una sola palabra durante aquella ascensión, ya que ambos sabían que seguramente se dirigían hacia el escenario del llamado «Show Infernal». Se sentían demasiado apenados como para decir alguna gracia del tipo «Llegó la hora del espectáculo», por ejemplo. En su lugar, se lanzaron una mirada más que significativa, como despidiéndose por anticipado ante la probable muerte que les aguardaba.

El suelo-elevador se detuvo cuando llegó a la superficie. Allí vieron que se encontraban de nuevo en el centro de la pradera, en la misma compuerta en la que habían sido aturdidos y apresados. Aunque, eso sí, había una diferencia muy notable entre aquella ocasión y esta: el perímetro rectangular de la amarillenta llanura estaba ocupado en su totalidad por cientos de haces de luz roja, similares a los de sus espadas pero de una longitud de entre diez y doce veces superior, convirtiendo el lugar en otra celda luminosa.

Otra clara disimilitud era el hecho de que los Jedi no disponían de sus armas ni de los dispositivos que guardaban en sus cinturones. Esta carencia era la causa de la desesperación de ambos. Ni siquiera Anakin se creía tan invencible como de costumbre en aquella situación tan complicada, sobre todo por desconocer los retos a los que se iban a enfrentar en breve.

De repente surgió de otra compuerta del suelo un cuarteto de droides sonda Sith, muy similares a los que empleó Darth Maul en Tatooine para localizar a Qui-Gon y sus acompañantes. Se diferenciaban únicamente en que estos poseían cámaras holográficas en vez de escáneres multi-espectrales, de modo que, así, las imágenes que capturaban

podían ser transmitidas a holo-proyectores. Obi-Wan supuso al ver esta característica que los esbirros del Sith devaroniano estarían contemplando con sumo agrado el cruel acontecimiento, como ya lo habían hecho, seguramente, con el grupo de exploradores. Lo que seguía sin saber Kenobi era cómo lograban restaurar los cadáveres de forma que no mostraran daño alguno, haciendo parecer de esta forma que el ficticio ghozzian les había devorado las almas.

Anakin, por su parte y al contrario que su Maestro, no parecía observar el entorno que les rodeaba. Estaba completamente inmerso en sus pensamientos, que no eran otros que aquellos relacionados con la incógnita de qué nuevos peligros les acecharían. También flotaron en su mente diversos recuerdos sobre su madre Shmi, especialmente aquel emotivo momento en el que tuvo que abandonarla para poder convertirse en un Jedi. Desgraciadamente, todavía no lo era, por lo que, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía seguro de sí mismo o capaz de enfrentarse a lo que fuera a enfrentarse, más aún cuando estaba desarmado.

—¡¡Bienvenidos, Jedi, a nuestro espectacular «Show Infernal»!! —aquella alegre voz, que, sin duda, no era la del Sith, era emitida por uno de los droides sonda, uno que poseía un potente altavoz y que en esos momentos flotaba cerca de Obi-Wan y Anakin—. Como ya supondréis, lo único que tenéis que hacer es intentar sobrevivir a los 5 retos que os vais a encontrar por los pasillos de este laberinto.

Tras aquellas palabras, comenzó a elevarse del suelo un inmenso número de paredes metálicas, dispuestas a lo largo y ancho de la amplia pradera. En efecto, se había formado un laberinto, aunque más bien eran dos, pues los Jedi fueron separados según pasillos diferentes. Ahora la situación era aún peor, pues Maestro y aprendiz no podrían ayudarse en las «tareas de supervivencia».

—La única posibilidad que tenéis de salir de aquí con vida —continuó el entusiasmado presentador— es llegando sanos y salvos a uno de los dos finales del laberinto, pues es allí donde encontraréis el antídoto para el veneno que ingeristeis junto con la comida. Además, hallaréis en cualquiera de esos lugares una palanca que hará descender no sólo las paredes del laberinto sino también los barrotes láser del perímetro. Dicho todo esto, ¡que comience el espectáculo!

En ese momento, Anakin oyó levemente el griterío de los secuaces del Sith devaroniano, pues se encontraban a no muchos metros bajo el suelo en una sala de proyección holográfica, observando el acontecimiento con ganas de ver violencia, sangre y muerte.

Obi-Wan, por su parte, estuvo a punto de decidirse a intentar saltar por encima de la grisácea pared de duracero que le separaba de su padawan, pero se desechó la idea cuando vio la enorme altura que tendría que superar. Así pues, se vio obligado a andar lentamente y con muchísima precaución por el pasillo que había frente a él, mientras dos de los cuatro droides sonda le filmaban desde arriba.

Anakin también comenzó a avanzar en ese momento, siendo seguido de cerca por los otros dos robots restantes. En su caso, el pasillo le dirigía no hacia delante, como a su

Maestro, sino hacia uno de los extremos de la llanura, que, por supuesto, tenía la impenetrable hilera de haces de luz roja. Viendo ese obstáculo, pensó breves instantes en si era capaz de superarlo con uno de sus potentes saltos impulsados por la Fuerza. Pero, al igual que Obi-Wan, no se decidió por tal idea al comprobar que aquella luminosa barrera superaba los diez metros de altura.

El Maestro Jedi dobló una esquina pocos metros más adelante sin haber superado ninguna prueba ni haber sentido con la Fuerza un posible peligro. Frente a él había entonces otro corto pasillo que conducía a uno de los lados de la pradera. Al igual que su padawan, también reflexionó acerca de si podría superar la gran altura que alcanzaban los barrotes láser. Pero, una vez más, no optó por intentarlo, así que continuó caminando hasta la próxima esquina.

Por otro lado, Anakin también se encontraba en el segundo pasillo. A cada paso que daba, aumentaba su nerviosismo, que era tal que le hacía incluso sudar. Eso sí, evitaba en todo momento caer presa del miedo o dejar de rastrear la zona con la Fuerza. Estaba siempre alerta a lo que pudiera aparecerle de repente. Aunque, de todas formas, estaba tan desmotivado que creía que iba a ser sorprendido de todas formas. En esta ocasión, por extraño que parezca, no tenía confianza alguna en sus habilidades. Pensaba continuamente en que la muerte le atraparía por mucho que se esforzara.

Por el contrario, su Maestro ni siquiera pensaba, sólo avanzaba con toda la precaución posible, en continuo estado de alerta. Eso le permitió esquivar velozmente el proyectil que salió disparado hacia él en cuanto dobló la siguiente esquina. Aunque saltó un par de metros hacia atrás, la explosión del misil le impulsó hasta hacerle chocar contra una de las paredes. Una vez recuperado del fortísimo golpe, Obi-Wan tuvo que agradecer que no hubiera sido empujado contra los barrotes láser. Luego se levantó y continuó caminando con la tranquilidad que le caracterizaba. Pasó entre las llamas de la explosión y siguió avanzando por el nuevo pasillo.

Anakin, instantes después de haber oído la explosión, se detuvo con nerviosismo y se concentró en la Fuerza para intentar sentir la presencia de su Maestro. Escasos segundos después, se alegró al saber que estaba con vida. No obstante, no pudo conocer su estado, por lo que esperaba que continuara ileso, pues el llamado «Show Infernal» no había hecho más que empezar.

Como Obi-Wan ya había tenido que superar el primero de los retos, el joven aprendiz preveía que el suyo estaba a la vuelta de la esquina… y nunca mejor dicho. Y, en efecto, así ocurrió: una vez dobló la siguiente, tuvo que esquivar con sorprendente rapidez un trío de afiladas cuchillas. Habían salido disparadas de una especie de brazo robótico que las lanzaba en diferentes direcciones. De ahí que a Anakin no le hubiese bastado con inclinar la cabeza para sortear la primera de ellas, sino que también tuvo que girarse y abrir las piernas para esquivar a las otras dos. Pero lo más difícil de aquella mortal prueba era el hecho de que había que realizar aquella secuencia de movimientos en apenas un segundo, dado que los proyectiles eran disparados casi simultáneamente, con escasas décimas de separación entre cada uno de ellos. Por tanto, se trataba de una trampa

prácticamente imposible de superar por cualquier otro individuo que no fuera Jedi o que no poseyera los increíbles reflejos necesarios.

Los espectadores de la hazaña observaban atónitos, a la vez que defraudados, la sorprendente retransmisión holográfica, que mostraba cómo el joven padawan salía ileso de aquella mortal ardid. Es más, ni siquiera había resultado herido por ninguno de los tres discos cortantes. De todos los sujetos que habían pasado por aquella zona del laberinto ninguno había logrado evitar algún que otro corte. Incluso muchos habían perecido tras el primer lanzamiento, pues siempre iba dirigido hacia la cabeza.

Así pues, Anakin se dispuso a continuar caminando, intentando pensar en que cada vez estaba más cerca de la salvación. Era lo único que le animaba en aquellos difíciles momentos. Aunque, sin embargo, dudaba que fuera cierta tal recompensa.

Mientras, Obi-Wan comprobaba que el lanzacohetes que casi le fulmina con su proyectil no disponía de otro. Por ello, pasó al siguiente pasillo, uno especialmente amenazador, pues poseía cuatro entrantes, dos a cada lado. Sintiendo el peligro que le acechaba tras aquellos muros de duracero, decidió realizar un sprint empleando la Fuerza. Así, evitó ser achicharrado por el cuarteto de lanzallamas que se ocultaban en tales recovecos. Únicamente notó cierta subida de temperatura tras su espalda, pero en ningún momento llegó a quemarse, por lo que continuaba estando ileso tras dos trampas superadas.

Una vez más, los espectadores, ávidos de muerte, se mostraron defraudados al ver en la holo-transmisión que el Maestro Jedi seguía con vida y sin rasguño alguno en el cuerpo. No obstante, no estaban ni mucho menos preocupados: aún le quedaban tres pruebas letales por superar, cada una de las cuales era más difícil que la anterior.

Por otro lado, Anakin anduvo y anduvo sin haber sido presa de ninguna otra trampa. Doblando una esquina tras otra, el joven padawan estaba sorprendido de la cantidad de metros que había recorrido sin sentir peligro alguno. Pero, no obstante, no bajó la guardia ni un solo momento.

Así llegó a un largo y amplio pasillo cuyo suelo de hierba estaba lleno de agujeros circulares de pequeño diámetro. Instantes después de haberse acercado a la primera fila de los mismos, comenzaron a salir haces de luz roja de ellos, tales como los que rodeaban el perímetro de la pradera pero de una longitud muchísimo menor. El joven padawan no tardó en observar que aquellas luminosas barras láser seguían un orden definido de aparición, algo que, sin duda, disminuía en parte la dificultad de la prueba. De todas formas, eso no quitaba para que siguiera siendo complicada de superar, pues un solo despiste te podía hacer perder una pierna. Además, la longitud que había que recorrer hasta llegar a la última de las filas era superior a los seis o siete metros, por lo que iba a resultar bastante difícil incluso la operación de memorizar todas las secuencias de todos los agujeros. Por lo menos, Anakin no recordaba haber oído por parte del presentador ninguna norma que dijera que había que superar las pruebas en un determinado período de tiempo, así que, con toda tranquilidad, se puso a estudiar el orden de los cortantes haces de luz antes de caminar entre ellos.

Su Maestro Obi-Wan, mientras tanto, había doblado tan sólo dos esquinas, dada la enorme precaución con la que avanzaba, pues le hacía ir a un paso realmente lento. También destacaba la tranquilidad con la que caminaba, muy al contrario que su aprendiz, que era incapaz de controlar su nerviosismo.

Sin embargo, en aquella ocasión, Anakin se encontraba más sosegado que de costumbre. Estudiar el orden de aparición de las luminosas barras láser le había calmado bastante, muy al contrario que a los holoespectadores, que no paraban de gritar y protestar ante la pasividad del joven padawan. Una vez hubo acabado, algunos minutos después, Anakin comenzó a avanzar sobre el agujereado suelo y bajo el atento enfoque de los droides sonda. Con la velocidad y los reflejos propios de un Jedi, pisaba allí donde sabía que no iba a salir un cortante haz de luz. Además, también estaba pendiente de no ser alcanzado por otras barras láser que aparecían a escasa distancia. Precisamente una de ellas le rasgó un poco el pantalón cuando se encontraba ya en la mitad del peligroso pasillo. Paso aquí y paso allá, Anakin sorprendía de nuevo con sus movimientos a los espectadores, que deseaban con furor ver una repentina mutilación del habilidoso joven, como les había sucedido a todos los anteriores individuos. Afortunadamente para el padawan, no fue así, de modo que llegó ileso al otro lado de la trampa con tan sólo una abertura en su pantalón. De esta manera había demostrado no sólo su agilidad y sus reflejos sino también su capacidad de estudio, que le permitió saber en todo momento qué agujeros no debería pisar.

Obi-Wan, por su parte, llegaba en aquellos momentos a una zona de un pasillo que hacía esquina en vez de ser todo recto. Nada más acercarse a tal ángulo, sintió peligro con la Fuerza: había otra letal trampa tras aquellas grisáceas paredes de duracero. Pero, al contrario que en la anterior ocasión, en la que tuvo muy claro que tenía que correr para evitar los lanzallamas, en esta no tenía ni idea de lo que iba a poner en peligro su vida.

Se acercó entonces todo lo más que pudo al lugar, siempre en estado de alerta por lo que pudiera ocurrir. Dado que no sucedía absolutamente nada, no le quedó más remedio que avanzar hasta encontrarse a mitad de camino entre las dos esquinas. Justo en ese momento, y sin que hubiera tenido tiempo para reaccionar, se activaron dos puertas láser, procedentes de las cuatro esquinas del amenazador sitio. El Maestro Jedi, encerrado de la misma manera como lo había estado no hacía muchos minutos junto con su padawan, discurría la forma de escapar antes de que la verdadera trampa surgiera de las traicioneras paredes metálicas. Como es de suponer, no logró pensar en otra solución que no fuera la de intentar un enorme salto impulsado con la Fuerza para superar tal barrera. Pero como la altura que alcanzaba esta era idéntica a las de los muros del laberinto, decidió desechar la idea una vez más. Así pues, estaba a merced de lo que pudiera acecharle repentinamente.

Mientras tanto, su padawan continuaba avanzando hacia la cada vez más cercana salvación. En aquellos momentos, Anakin se encontraba en una situación similar a la que ya había pasado su Maestro: también estuvo bastante rato doblando una esquina tras otra sin haber tenido que enfrentarse a ningún otro peligroso reto. Pero no por ello dejó de

estar intranquilo y en continuo estado de alerta, con especial atención a las misteriosas y profundas indicaciones que le transmitiera la Fuerza por medio de los midiclorianos.

El que cada vez estaba más nervioso e impaciente era su Maestro Obi-Wan, pues aún no había sido atacado por nada. Intentó entonces tranquilizarse, pues suponía que el éxito de aquella ardid dependería seguramente de su estado psíquico más que físico. Y, en efecto, así fue: se abrieron una serie de rendijas por la que comenzaron a salir numerosos insectos de diversas especies. Lo único que tuvo que hacer entonces el Jedi fue ponerse a pisar a todos aquellos diminutos bichos. Se trataba de una prueba muy peculiar y, en su opinión, mucho menos peligrosa que las dos anteriores a las que tuvo que hacer frente. Por tanto, se podía afirmar, sin ningún temor, que lo que se necesitaba poseer en aquella prueba no era otra cosa que tranquilidad. A partir de ahí, todo era pisotear sin parar. Tal es así que Kenobi, burlándose de los holoespectadores, se puso a bailar algunos compases de un baile tradicional que había aprendido en Alderaan hacía tiempo y que se caracterizaba precisamente por su taconeo.

Enfurecidos, los componentes del público se pusieron a insultar al Maestro Jedi, aun sabiendo que no eran oídos por él de ninguna manera. Les había molestado en gran medida aquella danza con la que había aplastado a decenas, o quizás centenares, de venenosos insectos, librándose así de la tercera de las letales pruebas.

Pero eso es lo que pensaba Obi-Wan cuando cesó el flujo de criaturas saliendo de los orificios de las paredes. En realidad, se había librado de una de las dos partes en las que se dividía el reto. El segundo «acto» comenzó instantes después con unos potentes chorros de aguas procedentes de las mismas aberturas por las que habían salido los insectos. Tan fuertes eran los mismos que el Maestro Jedi cayó al suelo derribado mientras veía cómo la estancia se iba inundando. Era la primera vez que observaba que las paredes láser también servían para contener líquidos. Así pues, el nivel del agua fue ascendiendo hasta alcanzar una altura bastante superior a la de Kenobi. Una vez cesó el flujo del mismo, y ya flotando en la superficie del peculiar estanque, Obi-Wan vio con cara de preocupación cómo entraba en el lugar un largo reptil similar a un dianoga pero con un aspecto mucho más amenazador.

La criatura no tardó apenas un segundo en darse cuenta de la presencia de su nueva presa. Igual de veloz se mostró al empezar a enrollarse alrededor del Jedi, que fue incapaz de detener al animal, dado que estaba desarmado y sus puñetazos no parecían afectarle. Escasos segundos después, Obi-Wan estaba completamente inmóvil bajo el largo cuerpo que le había atrapado. La situación se complicó aún más cuando el ser le sumergió y le comenzó a apretar. Kenobi desistió en su intento de liberarse mediante forzosos movimientos y se concentró en la Fuerza para enfocarla hacia la mente del animal. Si tuviese la suerte de que no fuera muy astuto, entonces obtendría sin problema alguno su control.

Afortunadamente para el Jedi, así fue, por lo que no tardó mucho en ordenar a la criatura que le soltase. Con esta acción, Obi-Wan pudo regresar a la superficie del peculiar estanque para tomar una bocanada de aire fresco y salvar así su vida. Por otro

lado, había vuelto a dejar pasmados a los espectadores del show, que no daban crédito a lo que acababan de ver sus ojos. Ahora comprendían por qué nunca se había de menospreciar a un Jedi.

Ya recuperado de la agotadora prueba, Kenobi, que aún mantenía a la criatura bajo su control mental, la mandó introducirse por el orificio por el que había entrado. Poco después de haber realizado esta operación, el agua fue absorbida por las paredes de duracero, de modo que el Maestro Jedi volvió a pisar tierra firme. Y no muchos segundos más tarde se desactivaron las paredes láser para que pudiera continuar con el avance hacia la cada vez más próxima salvación.

Mientras, su padawan Anakin se detuvo, tras haber estado caminando largo rato, ante un pasillo del que empezó a salir gran cantidad de un amarillento gas. Y fue tal la velocidad con la que salió que no llegó a ver la longitud que tendría que recorrer sin respirar. Lo que sí sabía era que se trataba de dioxis, el gas letal que puso en peligro la vida de su Maestro Obi-Wan cuando se encontraba con su mentor Qui-Gon Jinn a bordo de una de las naves capitales de la Federación de Comercio poco antes de la invasión de Naboo. Entonces, tras concentrarse en la Fuerza, se dispuso a correr empleando el impulso de esta, con la esperanza de que el pasaje no fuera demasiado largo.

Pero, una vez dentro, el problema no fue ese, sino que el pasillo hacía esquina con otro por el que también había gas. Por ello perdió bastante tiempo, pues se chocó bruscamente contra una de las invisibles paredes. Tal fue el golpe que se dio el aprendiz que cayó al suelo con un terrible dolor de cabeza. Sin embargo, se levantó inmediatamente y continuó recorriendo a toda velocidad el lugar, sin respirar en ningún momento. Finalmente, dobló otra esquina que daba a un nuevo corredor donde pudo inspirar todo el aire que no había podido tomar antes. Era tal el cansancio que le había producido aquella mortífera prueba que no dudó en tumbarse sobre la amarillenta hierba de la pradera para reponer fuerzas. Y es que no le había resultado nada fácil correr mediante la Fuerza sin poder tomar el imprescindible oxígeno.

Los que también se habían quedado sin aliento eran los holoespectadores, que, aunque sólo pudieron ver al joven padawan al salir del traicionero recorrido, les bastó para asombrarse, pues nadie antes había logrado superar aquella trampa. Los que mejor la realizaron se quedaron a bastantes metros de distancia del final, pues no fueron tan rápidos como lo había sido el actual participante.

Mientras Anakin aún yacía tumbado sobre la hierba no haciendo otra cosa que respirar, su Maestro seguía estando empapado de agua de su anterior reto cuando se aproximaba al siguiente. En esa ocasión, el pasillo tenía suelo y techo: se trataba de una especie de túnel de duracero de gran grosor cuyas dimensiones eran idénticas a las del resto de los corredores de aquel laberinto. Obi-Wan ya preveía que iba a tener que sufrir para superar la nueva trampa mientras entraba cuidadosamente en el oscuro conducto seguido de cerca por el dúo de droides sonda. Sin embargo, estos no pasaron al interior del habitáculo, sino que se quedaron a la entrada grabando la acción que se iba a desarrollar en breves instantes.

La prueba comenzó en cuanto se encendieron los potentes tubos luminosos del techo y se activaron dos paredes láser que obstruían ambas salidas: de un agujero de una de las paredes, situado al final del túnel, cayó un detonador termal activado. Kenobi, que se encontraba al principio del conducto, no tardó en atraer el explosivo con el poder de la Fuerza. Ya en su mano, pulsó el botón del mismo para desactivarlo.

Los espectadores del show, al observar aquella acción, se sintieron bastante defraudados, pues, si el actual participante hubiese sido como los anteriores, es decir, «no Jedi», hubiera tenido que correr como ellos, lo que habría hecho mucho más interesante al letal reto. Pero ninguno de los individuos se preocupó: sabían que la prueba aún no había terminado y estaban convencidos de que el Jedi, aun usando la Fuerza, no iba a ser capaz de superarla. Es más, ninguna de las anteriores víctimas que entraron en ese túnel logró salir de él con vida.

Cayó entonces otro explosivo sobre el metálico suelo. Obi-Wan no tuvo más que alargar un brazo para hacerle levitar hasta su mano empleando los tentáculos invisibles de la Fuerza. Luego pulsó su botón y lo dejó caer de nuevo. Así estuvo algo menos de medio minuto: cogiendo, pulsando y tirando detonadores termales activados. Hasta ahí no había tenido problema alguno. Es más, se encontraba totalmente relajado y tranquilo ante aquel sencillo e incluso aburrido «entrenamiento». Pero la dificultad aumentó considerablemente tras los cuatro o cinco primeros explosivos, ya que, a partir de entonces, estos salían de las grisáceas paredes de dos en dos e incluso de tres en tres. Por si fuera poco, cada vez aparecían menos distanciados en el tiempo, lo que obligó al Maestro Jedi a esforzarse en gran medida. Ahora utilizaba las dos manos para realizar el trío de acciones a una velocidad agotadora, como así lo reflejaba el emergente sudor de su frente. Además, su tranquilidad desapareció por completo para dar paso a un nerviosismo nada habitual en un Jedi como él. Su preocupación fue en aumento a medida que transcurría el tiempo y veía cómo se le amontonaban los esféricos explosivos. Y es que si cualquiera de ellos permanecía activado más de 6 segundos, la desintegración de su ser sería inmediata.

Finalmente, y tras haber estado más de tres minutos desactivando varias decenas de detonadores termales, Obi-Wan pudo, al fin, tomarse un respiro y relajarse. Ahora sólo le quedaba esperar unos segundos a que las paredes láser se esfumaran para que le dejaran continuar recorriendo el infernal laberinto.

Pero los holoespectadores, enfurecidos a más no poder, no consideraban justo aquel desenlace de la prueba, por lo que no tardaron en protestar ante su poderoso jefe, el Sith devaroniano, que también había estado observando el violento show desde un principio.

—¡¡Darth Zoth, el Jedi no merece salir con vida del «Túnel Desintegrador»!! Ha empleado la Fuerza para facilitarse el trabajo y burlarse de todos nosotros. Sugiero que vuelva a efectuarla pero con las luces apagadas, para que tenga que correr como los anteriores participantes.

—No, amigo Gewoo, —le respondió el devaroniano que, sonriente, parecía estar disfrutando de las victorias de los participantes— el Jedi tiene derecho a proseguir con su camino, puesto que ha superado el reto por sus propios recursos.

—¡¡Pero ha usado la Fuerza!!

—La Fuerza es un recurso propio como lo es la agilidad corporal, aunque sólo unos pocos en esta galaxia podamos hacer uso de ella.

El indignado esbirro desistió a regañadientes en su intento de que se repitiera el reto. Mientras, Obi-Wan recogía del suelo uno de los explosivos y le guardaba en su túnica poco antes de que las paredes láser desaparecieran para que pudiera salir del letal habitáculo en dirección hacia la quinta y última de las pruebas, tras la cual conseguiría su más que merecida salvación.

Entretanto, Anakin, ya recuperado del sprint anaerobio que había tenido que efectuar en el tercero de los retos, se dispuso a continuar avanzando por entre aquellos diabólicos pasillos con una moral mucho mayor que la que poseía nada más pisar la amarillenta hierba de la pradera. Es más, incluso parecía el confiado padawan de siempre, convencido de salir airoso de todo lo que se le pusiera en su camino.

Tras recorrer escasos metros, en los que dobló otra esquina más, Anakin se encontró frente a la cuarta de las trampas que debía superar para conservar su vida. Se trataba de un campo de minas ZX38, dados los delgados rayos láser que emiten verticalmente, indicando así la posición en la que se encuentran enterradas. Su activación, como es de suponer, se da en el momento en el que cualquier objeto corte su finísimo hilo luminoso. Así pues, la dificultad del reto era claramente superior a la de los anteriores que había pasado el joven padawan, dada la escasa separación existente entre cada uno de los explosivos, lo que le iba a obligar a realizar verdaderas florituras con su cuerpo.

Con unos movimientos meticulosamente calculados y lentos, el aprendiz fue avanzando por entre el entramado de líneas de luz roja que parecían conformar un inerte bosque de extrema peligrosidad. Un mal paso o una pérdida del equilibrio le harían perecer desintegrado. En aquella prueba todo dependía de la paciencia y la tranquilidad, por lo que Anakin, que parecía poseer ambas cualidades en aquellos momentos, se mostraba como un firme candidato a salir ileso de la letal zona, siendo el primero en lograrlo, como ya se oía entre los espectadores. Estos no cesaban de pedir a gritos que el joven cometiera un error, por mínimo que fuera, para poder ver la consecuente explosión de extraordinaria espectacularidad, más aún al observarla en tres dimensiones gracias a la azulada retransmisión holográfica. Y, además, sin correr ningún tipo de riesgo.

Sin embargo, comenzaron a perder toda esperanza de poder contemplar tales impactantes imágenes cuando vieron que el padawan se encontraba a menos de 2 metros de distancia del fin del área. Sus tranquilos y coordinados movimientos le habían hecho llegar a tal punto de una forma tan perfecta como increíble. Se notaba, por tanto, que era un Jedi, y no un ser corriente, el que estaba afrontando el mortífero y complicado reto.

Pero la mala suerte, o mejor dicho, la voluntad de la Fuerza viva hizo que en aquellos delicados momentos, en los que Anakin se encontraba a menos de un metro y medio para

volver a esquivar la muerte por cuarta vez en el transcurso de ese cruel «Show Infernal», los cielos de Orum cambiaran tan repentinamente como de costumbre y comenzara a nevar. El aprendiz, a la vez temeroso y enfurecido, no dudó en usar la Fuerza para efectuar un potente salto de gran altura hacia la cercana esquina que conducía al siguiente pasillo en el mismo momento en el que veía caer los primeros copos de nieve. Y aunque él evitó tocar los láser gracias al increíble movimiento, inevitablemente las blancas partículas tocaron varios de aquellos hilos luminosos de las minas apenas un instante después de que el padawan empleara tal impulso de la Fuerza. Se produjo entonces una devastadora y brutal serie de explosiones que le empujaron y quemaron por la espalda cuando aún se encontraba en el aire, haciéndole chocar con una fuerza terrible contra la metálica pared hacia la que se dirigía.

Fue tal la potencia del cúmulo de estallidos que uno de los dos droides sonda Sith que filmaban el evento acabó destrozado por la onda expansiva de uno de ellos. Y fue tal el estruendo de tales explosiones que incluso Obi-Wan, situado al otro lado de la extensa pradera, notó cómo temblaba la tierra que pisaba a la vez que veía cómo numerosas criaturas voladoras surcaban los cielos despavoridas. Y todo aquello por la repentina nevada que había comenzado a caer en el peor de los momentos. El Maestro Jedi se temía lo peor, por lo que no tardó en buscar con los tentáculos invisibles de la Fuerza la intensa presencia de su padawan.

Mientras un manto blanco le iba cubriendo a gran velocidad, Anakin aún permanecía tumbado boca abajo sobre la amarillenta hierba después de haber transcurrido varios minutos sin haber dado indicio alguno de que hubiera sobrevivido a semejante brutalidad. Y es que no sólo tenía la espalda abrasada sino que, además, había recibido dos fortísimos golpes: uno contra la pared de duracero y otro contra el suelo tras una caída de más de ocho metros, dado el potente impulso que le había proporcionado la Fuerza junto con el de la onda expansiva.

Los espectadores que le observaban estaban eufóricos no sólo por haber contemplado la impresionante ronda de explosiones sino porque, al fin, veían muerto al habilidoso joven que casi había batido el récord del show si hubiera superado esa cuarta prueba. Ahora sólo faltaba, para acabar el espectáculo con broche de oro, que su Maestro Jedi también sucumbiera ante el siguiente y último reto. Y, si no era mucho pedir, de la forma más desagradable y, por tanto, impactante posible.

Pero el primer hecho no era tal, pues el joven aprendiz aún respiraba débilmente bajo el montón de nieve que ya le cubría por completo. En aquellos momentos tan críticos en los que se batía en un duelo con la mismísima muerte, Anakin no dejaba de pensar en su madre Shmi. Precisamente al venirle a la mente la idea de que no la volvería a ver nunca más, el padawan se levantó con todas las energías que le quedaban en su torturado cuerpo.

La reacción que provocó aquel movimiento entre los holoespectadores fue totalmente opuesta a la que produjo en Obi-Wan. Mientras que los primeros fueron portadores de un odio y una rabia que pedían a gritos una explicación que no veían, el Maestro Jedi se

sentía no sólo contento sino también orgulloso de su hábil y fuerte aprendiz, pues le había demostrado, a lo largo de toda la estancia en Orum, que verdaderamente iba a convertirse en un Jedi extremadamente poderoso. Por primera vez en largo tiempo, quizás desde que le conoció hacía 7 años, Kenobi sintió que aquel muchacho era realmente «El Elegido».

Así pues, el dúo de Jedi había llegado con vida a la última de las cinco mortíferas y difíciles pruebas de aquel infernal laberinto. Había sido toda una proeza lograrlo, incluso tratándose de individuos con poderes especiales como ellos. De hecho, tanto Obi-Wan como Anakin, así como también los espectadores y el Sith devaroniano, sabían que si no llega a ser por el empleo de la Fuerza hubieran fallecido, con toda seguridad, mucho antes, como los anteriores participantes, dado el alto grado de dificultad de los retos, por no decir prácticamente imposible.

Mientras su padawan aún intentaba ponerse en pie, el Maestro Kenobi, que había doblado ya un par de esquinas, llegó a una zona de más anchura, aunque un poco menor que el campo de minas que había atravesado su compañero. Como era obvio, se trataba del final del laberinto, pues era una de las cuatro esquinas de la pradera y, por tanto, había dos paredes de duracero y otras dos compuestas de barras láser, correspondientes al perímetro del lugar.

—Por fin. —Murmuró el Jedi visiblemente contento al observar que en la esquina se hallaba lo que les había prometido el comentarista del principio: una palanca. Según sus palabras, con ella las altas paredes de duracero se volverían a ocultar bajo la tierra a la vez que se esfumaban los barrotes láser que rodeaban la pradera.

Sin embargo, Obi-Wan no pudo discernir que en aquel sitio hubiera ningún tipo de frasco o recipiente en el que se hallara el también prometido antídoto para el veneno que circulaba por sus venas. Enfadado a la vez que preocupado, el Maestro Jedi no pudo evitar gritar ante el dúo de droides sonda Sith que le filmaban.

—¡¡¿Dónde está el antídoto, malditos?!! —aquella había sido quizás la primera vez que Kenobi insultaba a alguien, pero la situación tan crítica en la que se encontraba lo merecía—. ¡¡Lo prometisteis!! ¡¡Era la única posibilidad que teníamos de sobrevivir a este nefasto show!! ¡¿Es que no tenéis sentido del honor?!

El Sith devaroniano, que contemplaba plácidamente las imágenes holográficas, hizo callar a sus súbditos, que no paraban de insultar al Jedi, para poder hablar por el altavoz de uno de los droides sonda.

—Amigo Jedi, tienes toda la razón. Os prometimos a ti y a tu padawan un antídoto, así que os lo entregaré yo mismo en cuanto hayáis superado el reto que os falta, pues, como también os habíamos anunciado, iban a ser cinco.

Obi-Wan se sintió algo mejor al saber que el Sith iba a cumplir su palabra, aunque tampoco confiaba lo suficiente como para estar convencido de que así iba a ser.

Anakin, por su parte, tan sólo había logrado caminar escasos metros hasta llegar a un pasillo que hacía ángulo con otro. Se encontraba totalmente destrozado y dolido, especialmente en la zona lumbar, llena de quemaduras. Además, notaba gran cansancio, resultado de los esfuerzos que había realizado no sólo durante aquel recorrido lleno de

trampas sino también durante toda la estancia en Orum. Tal era el agotamiento físico que le costaba una barbaridad avanzar sobre el camino de nieve que se había formado en poco tiempo. Y eso que tan sólo se hundía unos pocos centímetros en ella.

Entretanto, su Maestro observaba con gesto de sorpresa a la vez que de preocupación cómo surgía una gigantesca criatura bípeda del suelo tras haberse abierto la correspondiente compuerta. Enseguida se acordó de que se trataba de un fhazzard, otra de las numerosas especies nativas de Orum, aunque no era propia de aquellas selvas de la Región Cómoda sino de otras zonas del planeta mucho menos habitables. De aspecto de insecto pero con una altura superior a los cuatro metros, el fhazzard se caracterizaba por poseer dos enormes cuchillas en vez de garras y una cola acabada en una fuerte pinza, así como tenía por boca una especie de embudo lleno de diminutos colmillos.

El rostro de Anakin no se diferenciaba apenas del que mostró Obi-Wan cuando vio a la temible criatura aparecer frente a él, pues, en esta ocasión, el quinto de los retos iba a ser el mismo para ambos Jedi. También se encontraban en idéntica situación: desarmados, exhaustos y sobre terreno nevado. Y es que todavía caían del oscurecido cielo los helados y abundantes copos, de modo que la nieve alcanzaba ya una altura considerable, lo que iba a dificultar los movimientos.

Mientras el joven padawan intentaba pensar en cómo atacar al peligroso ser, este emitió un potentísimo grito antes de comenzar a acercarse hacia su nueva presa. Fue tal el estruendo que provocó el mismo que fue oído por Obi-Wan desde el otro extremo de la pradera. De esta forma, el Maestro Jedi tuvo una brillante idea basada en una de las extrañas cualidades del fhazzard: si se encontraba con otro ejemplar de su especie, instintivamente se enfrentaban entre sí hasta que uno de los dos pereciera en el combate. Así pues, si Kenobi lograra llegar a la palanca, ambas criaturas se verían y se enzarzarían en una cruenta lucha a muerte, por lo que el Jedi superaría la prueba sin realizar ningún tipo de esfuerzo… salvo el de alcanzar la palanca, claro, que iba a ser una operación nada sencilla de efectuar por culpa de la nieve.

También a Anakin se le ocurrió una idea, aunque ni mucho menos era la misma que la de su Maestro: pensó en llevar a cabo uno de sus enormes saltos impulsados por la Fuerza para subirse sobre la cabeza del fhazzard, desde donde podría arrancar sus antenas, dejando a la criatura sin el imprescindible sentido del equilibrio. Pero en lo que no pensó fue en la nieve, que dificultaba la realización de cualquier movimiento, y mucho más si se trataba de un salto como el que necesitaba efectuar. Así, tan sólo alcanzó el pecho de la criatura, quizás la zona más peligrosa de su cuerpo, dadas las dos cuchillas que movía ágilmente por el lugar. Afortunadamente para el padawan, en esta ocasión el fhazzard no fue lo suficientemente rápido como para cortar a su presa en su ascensión. Entonces, Anakin se posó sobre uno de los miembros del animal para, ahora sí, realizar un gran salto en dirección hacia su cabeza. Pero apenas un instante después de pisar en tal zona, el fhazzard efectuó una serie de bruscos movimientos con ella hasta que su presa perdió el equilibrio y cayó de nuevo sobre la nieve. Algo aturdido, el aprendiz dispuso de un segundo escaso para darse cuenta de que se encontraba frente a la espalda del animal,

pues enseguida la cola del mismo se le acercó a gran velocidad portando su amenazadora pinza. Rápidamente, Anakin tuvo que rodar sobre el frío y blanco suelo para esquivar una mutilación segura de su cabeza. Y viendo que la peligrosa extremidad se le volvía a aproximar tras este movimiento, no tardó en ponerse en pie y saltar hacia el lateral del fhazzard para esquivar otro de sus ataques.

Desde esa posición, Anakin vio que se encontraba a poca distancia de la palanca, por lo que se quedó indeciso acerca de qué hacer: ¿acabar con la criatura o activar el mecanismo? Ese momento de duda fue aprovechado por el fhazzard para girar sobre sí mismo y ponerse de frente a su presa, atacándola inmediatamente después con sus afiladas cuchillas. El padawan se movió ágilmente, de modo que evitó ser cortado, a pesar del dolor que eso le producía en su abrasada espalda. Y eso que la velocidad con las que el fhazzard movía tales miembros era realmente vertiginosa.

Tras verse obligado a esquivar una ofensiva detrás de otra, el padawan optó por emplear la Fuerza para intentar ganar el control mental de la feroz criatura. Concentrándose todo lo que pudo, Anakin no tardó en darse cuenta de que no estaba lo suficientemente entrenado como para dominar a un ser tan inteligente como aquel. «Quizás mi Maestro hubiera sido capaz», pensaba, aunque tenía sus dudas.

Así pues, volvió a prepararse para efectuar un nuevo salto dirigido hacia la cabeza de la alta criatura, pues no lograba discurrir otra táctica mejor que esa. Y es que si consiguiera dejar al fhazzard sin equilibrio, se podía dar por superada la prueba, sin lugar a dudas.

Pero en el momento en el que tomaba el impulso, sus piernas se hundieron en la blanda nieve en gran medida, hasta tal punto que llegó a cubrirle las rodillas. El fhazzard, viendo que su presa era incapaz de moverse, se tomó su tiempo para aproximarse a la misma mientras comenzaba a alzar sus cortantes cuchillas. Simultáneamente, sus jugos bucales de color castaño empezaban a caer de entre sus diminutos pero eficaces colmillos, llegando a caer algunas gotas sobre su morada piel llena de lunares azules.

Anakin, por su parte, intentaba por todos los medios sacar sus extremidades de entre la nieve, pero le resultaba completamente imposible. Por ello, se propuso emplear el empujón de la Fuerza para tratar de derribar a la cada vez más cercana criatura y, de esta forma, ganar algo más de tiempo. Pero el nerviosismo que le había invadido en aquella complicada situación le impidió concentrarse lo suficiente como para llevar a cabo tal acción. Así, llegó un momento en el que el fhazzard, justo al lado de su atrapado cuerpo, se dispuso a destrozar definitivamente a su indefensa presa. El padawan, aterrorizado, no podía hacer nada más que rezar para que aquella tragedia no se hiciera realidad.

Entonces, justo en ese preciso instante de intensa agonía y para contento del joven aprendiz, su Maestro Obi-Wan activó la palanca de la otra esquina de la llanura. De esta manera, el estruendo que produjo la ocultación subterránea de las paredes del laberinto atrajo por completo la atención del fhazzard, que llegó a olvidar a su presa el tiempo suficiente como para que esta recuperase su perdida movilidad. Además, y tal como había previsto Kenobi, las gigantescas bestias, al verse, se pusieron a correr la una hacia la otra

para, poco después, enfrentarse a muerte en un duelo de gran espectacularidad para los holo-espectadores, que se sentían, una vez más, defraudados.

Obi-Wan, por su parte, aunque había salvado la vida de su padawan, no estaba precisamente contento, sino todo lo contrario, al ver que las barras láser que rodeaban la nevada pradera no se habían esfumado como les había prometido el Sith devaroniano. Por tanto, el dúo de Jedi seguía siendo prisionero del cruel y misterioso ser, estando a expensas de cualquier otra artimaña que pusiera en peligro sus vidas de nuevo. Así pues, el Maestro Kenobi no tardó en ponerse a discurrir otra forma de escapar del siniestro lugar mientras corría hacia Anakin para reunirse por fin con él.

Por otro lado, los holoespectadores no ocultaban su indignación al observar la retransmisión tridimensional que mostraba tan «trágico» final del show: los dos Jedi se habían librado casi sin esfuerzo de los dos terribles fhazzards, que se estaban destrozando el uno al otro cerca de la compuerta central de la llanura. Por el contrario, su jefe devaroniano se mostraba sonriente y encantado con aquel desenlace. El motivo de su reacción, que no comprendían sus súbditos, era que quería que sobrevivieran para poder enfrentarse a ellos cara a cara, o mejor dicho, espada contra espada, y poder demostrar así a su Maestro Darth Sidious que ya estaba completamente preparado para exterminar a todos los integrantes de la Orden Jedi. Por esta razón no ordenó a sus secuaces que subieran a la nevada superficie para que acabaran definitivamente con los poderosos enemigos, sino que prefirió esperar a que vinieran a buscarle, pues poseía el antídoto que necesitaban con urgencia.

Ya reunido con su padawan, y una vez que supo que se encontraba en un relativo buen estado, Obi-Wan le contó el plan que acababa de reflexionar para salir de aquella gigantesca celda. Se trataba de emplear el detonador termal que había cogido en el cuarto reto para destruir una de las compuertas que conducían al misterioso subsuelo de la pradera.

—Pero, Maestro, ¿cómo descenderemos después si no encontramos con un conducto tan largo como el de nuestra ascensión? —preguntó el dudoso aprendiz.

—En ese caso emplearemos el cadáver del fhazzard que fallezca para subirnos a él y hacerle descender lentamente mediante la Fuerza.

Anakin se sorprendió de la buena planificación que había pensado su Maestro en tan poco tiempo. Era una táctica perfectamente válida para descubrir lo que se ocultaba bajo el suelo que pisaban y, lo más importante, para intentar conseguir el vital antídoto y recuperar las imprescindibles espadas de luz. El mayor problema de tal estrategia era que no tenían ni idea de lo que podrían encontrarse en el subsuelo y que seguían estando desarmados. Pero, como no había otro plan mejor que ese, no les quedaba más remedio que optar por él y, sobre todo, conservar la esperanza, el mejor arma en situaciones tan críticas como aquella.

Así, no tardaron en buscar y encontrar la compuerta que consideraban más fiable: la que emplearon los droides sonda Sith, dado que sería seguramente la única que no conducía a otra celda. Inmediatamente después del hallazgo, Obi-Wan activó y lanzó con

la Fuerza su detonador termal desde una distancia muy superior a los 20 metros. De esta forma evitó tener que arriesgarse a correr sobre la traicionera nieve, pues se aseguraba un sitio fuera de peligro… salvo por el herido fhazzard que había resultado vencedor de la lucha contra su congénere justo en esos mismos momentos. Se trataba de una peligrosa coincidencia que había complicado una operación tan sencilla como lo era realizar aquella detonación. Ahora los Jedi tenían que esquivar de nuevo los letales ataques de la criatura sin acercarse al radio de acción de la inminente explosión.

Fueron sólo 6 segundos, pero tanto a Kenobi como a Skywalker les parecieron mucho más. Y es que durante ese pequeño período de tiempo, el dúo de Jedi tuvo que esquivar más de una decena de veloces y mortíferos movimientos de las afiladas cuchillas del fhazzard. Afortunadamente para ambos, fueron lo suficientemente ágiles como para evitar posibles mutilaciones. Únicamente Anakin recibió un pequeño corte en su hombro derecho, pero sin llegar a ser una herida de gravedad, ni mucho menos.

Así pues, tras la devastadora explosión que desintegró absolutamente toda la nieve de su amplio radio de acción, el dúo de Jedi no tardó en ponerse a correr hacia el destapado conducto. El fhazzard tampoco dudó un instante en comenzar a perseguir a sus difíciles presas.

Por encima de sus cabezas, los droides sonda retransmitían con toda precisión la emocionante persecución sobre ceniza. Tal es así que satisfizo a todos los espectadores del subsuelo, aunque no podía compararse el disfrute de ese momento con el que seguramente sentirían si los habilidosos individuos fueran cazados por el fhazzard. De hecho, enseguida empezaron a gritar de júbilo cuando Obi-Wan fue herido por la espalda por una de las cuchillas de la bestia. Mayor fue la alegría de los holoespectadores cuando vieron que cayó sobre el abrasado suelo tras el doloroso corte que le hizo sangrar no demasiado. Afortunadamente para el Maestro Jedi, logró levantarse lo suficientemente rápido como para evitar ser aplastado por una de las grandes garras que el fhazzard tenía por pies.

De esta forma, la peculiar carrera sobre cenizas continuó a la misma velocidad con la que empezó: muy elevada. Por ello, el trío de participantes no tardó apenas unos segundos en aproximarse a la meta.

—¡¡Anakin, salta hasta el otro lado de la obertura!! —gritó el dolorido Maestro Kenobi cuando estuvieron lo suficientemente cerca.

Su padawan entendió al instante la obvia finalidad de tal movimiento: que el veloz fhazzard cayera por el hueco. Otra cosa que también estaba implícita en aquella orden y que, por tanto, sobraba decir, era que tenían que emplear la Fuerza para impulsarse, pues las dimensiones del conducto eran superiores a los siete metros.

Llegó el momento de efectuar el salto y los Jedi lograron realizarlo con éxito, alcanzando sin problemas el otro lado de la entrada. Como había previsto Obi-Wan, el fhazzard, al ser tan rápido a la hora de correr, no fue capaz de frenar a tiempo, por lo que cayó sin posibilidad alguna de haberse salvado. Una vez recorrió los más de veinte

metros de caída, el Maestro Jedi ordenó a su aprendiz hacer levitar el cuerpo sin vida de la criatura empleando, por supuesto, el poder de la Fuerza.

Juntos y concentrados, los Jedi le subieron lentamente hasta que estuvo a su altura, momento en el cual saltaron sobre él sin dejar de ejercer su mágica influencia. Una vez se hubieron sentado sobre la violeta y pegajosa piel del animal, realizaron la misma operación pero en sentido contrario. De esta sencilla y a la vez fantástica forma, llegaron a pisar el metálico suelo del subterráneo y secreto lugar sin arriesgarse a llevar a cabo una más que peligrosa caída.

—Bien, Anakin, —le dijo entonces su Maestro— ahora que ya estamos dentro, concentrémonos en la Fuerza de nuevo para hallar la localización del Sith devaroniano, pues es él quien posee el antídoto que necesitamos urgentemente.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó el joven.

—Él mismo me lo dijo por medio de uno de los droides sonda —afirmó Obi-Wan.

—No confío ni confiaré jamás en un Sith, Maestro —mencionó Anakin con cierto tono de irritación—. Ya nos mintió una vez, así que podría ser otro de sus engaños. Creo que deberíamos ir en busca de nuestras espadas de luz y, de paso, por el camino, interrogaríamos al primer esbirro con el que nos encontráramos para saber dónde está el antídoto.

—Tienes razón, mi joven aprendiz —asintió su Maestro—. Ir en busca del devaroniano puede suponer una muerte segura si estamos desarmados.

Así pues, los Jedi salieron rápidamente de la pequeña habitación, almacén de varios droides sonda Sith, para afrontar un nuevo reto de supervivencia por los grisáceos pasillos de duracero de aquel misterioso lugar. Por tanto, la crítica situación volvía a repetirse de una manera casi idéntica a la ya vivida en el laberinto, aunque, al menos, tenían el consuelo de que era poco probable de que se fueran a encontrar con trampas. Pero, eso sí, podían aparecer los secuaces del devaroniano, cosa que esperaban no ocurriera, dado que estaban desarmados y les sería muy difícil escapar de ellos.



CAPÍTULO 7

No mucho después, tras haber doblado un par de esquinas, el dúo de Jedi se topó con un científico, de especie mon calamari, como así lo reflejaba la impecablemente blanca bata que vestía.

—¡¡Yo no sé nada, no sé nada, sólo soy un humilde investigador!! —respondió el asustado alienígena ante la avalancha de preguntas que recibió, pues todas ellas estaban relacionadas con la búsqueda de un antídoto y dos espadas de luz.

—¿Investigador de qué? —cuestionó Obi-Wan.

—Mi trabajo aquí, como el de mis compañeros, consiste en tratar de diseñar un nuevo tipo de droide de batalla más eficaz que ninguno de los que existen en la actualidad —la respuesta del nervioso mon calamari desveló el secreto que tanto deseaban saber los Jedi, aunque no era la información que necesitaban en aquellos momentos tan críticos en los que sus vidas estaban en juego. Ahora sabían a qué se había referido el Sith devaroniano cuando les dijo en la celda láser que en aquel oculto lugar se preparaba «el principio del fin de la República».

—¿Y quién encargó tal proyecto? —preguntó Anakin—. ¿No será la Federación de Comercio quien está detrás de todo esto, verdad?

—No tengo ni idea —respondió sinceramente el científico—. Nadie aquí lo sabe, aunque se rumorea que el contratista es un Sith.

Viendo que no iban a sacar nada en claro de aquella conversación, los Jedi prosiguieron con su avance sin rumbo, esperando encontrarse pronto con uno de los espectadores del «Show Infernal» para proceder con otro interrogatorio. Alguien debía saber algo.

Escaso tiempo después, entraron en uno de los laboratorios de investigación, donde pudieron comprobar el amenazador aspecto de un prototipo del etiquetado «super-droide de batalla». Compuesta por un pesado y grueso blindaje de acertrón, aquella máquina de matar no destacaba precisamente por esa característica sino por el blaster doble de

repetición que poseía en su brazo derecho, lo que la permitía ametrallar. Alrededor del droide estaban dispuestos amplios escritorios en los que trabajaban otros científicos, de idéntico aspecto al interrogado mon calamari pero de diferentes especies. Estos, sorprendidos ante la entrada de los Jedi, no tardaron en esconderse bajo sus mesas mientras vociferaban mensajes similares a los que había mencionado el rojizo alienígena: «no sabemos nada», «sólo somos trabajadores». Por ello, Anakin y Obi-Wan no se detuvieron más en su rápido avance, en el que corrían la mayor parte del tiempo para encontrar cuando antes el necesitado antídoto.

Y es que en aquellos momentos comenzaron a sentir algunas molestias leves en la zona del estómago, lo que indicaba que la muerte estaba peligrosamente cerca. Tal señal les hizo aumentar el ritmo así como su nivel de preocupación y nerviosismo.

Pasaban los minutos y los Jedi seguían sin hallar lo que tan urgentemente requerían. La desesperación se empezaba a reflejar en sus sudorosos rostros, así como el tremendo cansancio que venían acumulando. Habían recorrido e inspeccionado sin éxito todo tipo de pasillos y salas, la mayoría de las cuales estaban dedicadas a la investigación de cómo fabricar un droide de batalla superior a los existentes, dado el gran número de ordenadores, máquinas y científicos que había en ellas.

Llegó un momento en el que el joven Anakin perdió los nervios y, tras entrar en la siguiente estancia, agarró a uno de los asustadizos investigadores y le bombardeó con preguntas y más preguntas empleando un fuerte tono de voz. Su Maestro enseguida corrió hacia a él para calmarle y detener su furia. Y es que, por mucho que hiciera su padawan, no iba a obtener una información que, sin duda, no sabían aquellos científicos.

Una vez se tranquilizó, el aprendiz siguió a Obi-Wan hacia la salida de la sala para continuar recorriendo los estrechos pasillos. Mientras avanzaban, el Maestro recordó a Anakin lo importante que era para un Jedi conservar la paciencia, pues lo contrario era un claro síntoma de tomar el camino equivocado, el camino irreversible hacia el Lado Oscuro. El aprendiz pidió perdón avergonzado de su acto, aunque en el fondo pensaba que la culpa no era suya, sino del dolor que le estaba provocando el letal veneno.

Transcurrido otro corto período de tiempo, durante el cual había ido aumentando tal sufrimiento, los Jedi, que habían rechazado seguir por una escalera, se hallaron ante la más grande de las compuertas que habían visto hasta entonces. De hecho, sin llegar a abrirla, ya suponían que iban a entrar en una nueva zona, dejando atrás las estancias dedicadas a la investigación.



CAPÍTULO 8

En efecto, así fue. Atónitos, los Jedi observaban ahora una cámara de proporciones descomunales en las que ya no había ordenadores, ni científicos, ni escritorios. Todo eran máquinas y más máquinas, de todas las formas y tamaños, aunque de colores similares, pues tan sólo abarcaban tonalidades grisáceas.

—Una fábrica de droides… —murmuró Obi-Wan en un bajo tono de voz, ya que aún no se había recuperado de la sorpresa que le había producido tal obvio descubrimiento.

Anakin, en idéntico estado, no tardó en darse cuenta de que se trataba de una instalación de las que había empleado hacía unos siete años la desaparecida compañía «Baktoid». Especializada en la fabricación de máquinas de guerra, tal empresa fue la encargada de dotar a la Federación de Comercio con su gigantesco ejército de droides de batalla, el que fue su último encargo, pues inmediatamente después de la Batalla de Naboo fue cerrada por el Senado Galáctico de Coruscant. Sus dirigentes fueron encarcelados como cómplices que eran de la invasión junto con los directamente culpables de ella, es decir, los neimoidianos que estaban al mando de la Federación, Nute Gunray y Rune Haako.

Pero allí estaba. Una fábrica de Baktoid oculta bajo la superficie del distante mundo de Orum. ¿Cómo era aquello posible, si el propio Canciller Supremo Palpatine había supervisado personalmente el cierre de todas las instalaciones de la compañía? Es más, había manifestado el decreto que aseguraba que todas habían sido desmanteladas para aprovechar gran parte de su cara y abundante maquinaria. De esta forma, había logrado, además, que la Federación de Comercio nunca pudiera aumentar el pequeño número de droides de batalla que ahora poseía, que no eran otros que los pocos que no habían participado en la Batalla de Naboo. Todos los demás que habían vencido a los gunganos en dicha confrontación habían quedado inservibles después de que Anakin destruyera la nave que les controlaba.

Al padawan le vino entonces a la mente el cercano recuerdo de tan prodigiosa hazaña, que no habían sido capaces de realizar los pilotos de Naboo. Sin quererlo ni saberlo y a la

edad de 9 años, Anakin disparó un par de torpedos de protones justo contra el reactor principal del gigantesco vehículo, lo que provocó su destrucción tras la reacción en cadena que se produjo por ello.

Obi-Wan, por su parte, no dejaba de pensar en la frase del Sith devaroniano: «El principio del fin de la República». Al ver toda aquella cadena de montaje de droides, el Maestro Jedi vio que podía tener razón: con el tiempo suficiente, se acabaría formando un gigantesco ejército con el que se podría llevar a cabo con éxito un golpe de Estado. De esta forma, el oscuro ser podría comenzar un nuevo orden, una dictadura de impensables consecuencias para la libre y pacífica galaxia en la que se vivía por aquel entonces.

En cuanto los Jedi olvidaron por un momento todos sus pensamientos y reflexiones acerca de la recién descubierta fábrica, volvieron a sentir los dolores estomacales, cada vez más fuertes a medida que el tiempo transcurría. Además, por si fuera poco, tales molestias se estaban empezando a expandir por el resto del cuerpo, lo que hizo que volviera también la preocupación y el nerviosismo por encontrar de una vez el antídoto de la salvación. Y es que aquellas sensaciones venían a recordarles que el tiempo se les estaba acabando y que la muerte estaba cada vez más y más cerca. Demasiado cerca.

Así pues, enseguida se pusieron a correr de nuevo en dirección a la compuerta del otro lado de la ancha y negruzca pasarela en la que se encontraban. Una pasarela que, por su aspecto, le hizo recordar a Obi-Wan el duro combate en el que participó durante la Batalla de Naboo y en el que casi pierde la vida en varias ocasiones. Su mentor Qui-Gon Jinn sí que cayó derrotado ante un ágil guerrero de oscuro poder. Un Sith que había surgido de la nada tras más de un milenio desde la extinción de los integrantes de su Orden. Ahora había conocido la existencia de otro, quizás su Maestro o quizás su aprendiz. ¿O quizás había más Sith ocultos en los rincones más recónditos de la galaxia?

Pues precisamente ahora que pensaba en el tema, Obi-Wan vio con asombro a la vez que con preocupación cómo aparecía el ser que podría responder la cuestión tras abrirse con un sonoro siseo la compuerta a la que se dirigían. Tanto Anakin como él se detuvieron en ese instante a pocos metros de distancia del Sith devaroniano.



—Por fin os encuentro, Jedi —el cruel alienígena lucía una radiante sonrisa de afilados colmillos—. Os felicito por haber superado las pruebas de mi espectáculo. Ahora, espero que tengáis la bondad de enfrentaros a mí en un combate de espadas de luz. Aquí tenéis las vuestras.

El Sith les lanzó el par de empuñaduras metálicas, ansioso por empezar a luchar contra los que consideraba algo así como los enemigos del Universo. Después, sacó su arma de su negruzco cinturón, como lo eran todas su vestimentas: túnica, guantes, pantalones y botas. Así, parecía un clon del fallecido Darth Maul, salvo por la clara diferencia de que no poseía sus extraños tatuajes.

—Sólo lucharemos si primero nos entregas el antídoto —habló Obi-Wan con seriedad, sin mostrar debilidad alguna, y con un tono de voz bastante alto para que pudiera ser oído por encima de los numerosos ruidos que producían las distintas máquinas del lugar.

—Nada de eso, miserable Jedi. Tendréis que luchar por el líquido —dijo el devaroniano mientras descolgaba y activaba su peculiar espada de luz roja, dejando ver que poseía un pequeño frasco en el cinturón—. Así estaremos en igualdad de condiciones: vosotros sois dos, pero estáis debilitados por el veneno que corre por vuestra sangre.

Inmediatamente después de concluir la frase, el Sith corrió hacia sus rivales con los haces de luz de su arma apuntándoles. Y es que se trataba de una espada compuesta por

cuatro hojas, siendo como dos «Y» juntas, asemejándose al arma de Darth Maul. Ni Obi-Wan, ni mucho menos Anakin, habían visto nunca un diseño tan peculiar y extraño como aquel. Quizás incluso el Maestro Yoda tampoco había visto algo así a lo largo de su prolongada existencia. Ahora sólo esperaban que no fuera tan peligrosa como aparentaba ser o, al menos, que el devaroniano no fuera tan hábil en el manejo de la misma como lo había sido Darth Maul con la suya.

Pero, desgraciadamente para los Jedi, no fue así. La velocidad y suavidad con la que el cornudo Sith movía los cuatro haces de luz le hacían ser tan peligroso que no tenía nada que envidiar a su antecesor. Es más, gracias al genuino diseño de la empuñadura lograba hacer frente a ambos enemigos con una facilidad extraordinaria. Tan pronto podía atacar como podía defenderse mediante todo tipo de giros y estudiados movimientos de lucha. Se notaba que había estado entrenándose durante mucho tiempo. Seguramente incluso más que los dos Jedi juntos, pues, como el Código Jedi dictaba, los integrantes de la Orden son los guardianes de la paz en la galaxia, por lo que deben intentar solucionar los problemas mediante la diplomacia y el diálogo, respetando la vida por encima de todo. Por ello, el entrenamiento de un Jedi no contemplaba un gran período de tiempo para practicar con la espada láser, sino más bien para perfeccionar el empleo de los poderes de la Fuerza. Lo que no quitaba para que un Jedi fuera un estupendo espadachín, como así había demostrado Obi-Wan siete años atrás.

En un momento de pausa del duelo, que se debió al gran ritmo que había alcanzado en los escasos segundos que llevaba desarrollándose, el Sith aprovechó para intentar despertar el odio de sus contrincantes, lo que les haría más vulnerables.

—¿Así que tu Maestro murió a manos de Maul, eh? Qué lástima, ¿verdad? – Obi-Wan notó cómo su interior ardía de furia mientras se preguntaba cómo el devaroniano sabía aquella información. Al instante, intentó controlarse, pues sabía que eso es lo que intentaba su enemigo. Pero este siguió provocándole. – Pues ahora que veo cómo luchas, parece mentira que derrotases a mi antecesor.

El Maestro Jedi no hizo caso a tal provocación. Ni siquiera le dio conversación o le atacó lleno de rabia. Simplemente se mantuvo firme con su arma en alto. Pero su aprendiz sí que sucumbió ante tal insulto hacia su mentor, por lo que, enfurecido, inició una ofensiva en solitario, blandiendo su azulada espada con gran rapidez. Pensaba que el Sith debía pagar por su injuria. Obi-Wan enseguida le ordenó que se detuviera y se tranquilizase, pero su padawan, cegado por el odio, no obedeció. Así que Kenobi se vio obligado a ayudarle en el veloz ataque, avanzando junto a Anakin y haciendo retroceder al devaroniano cada vez más.

Llegó un momento en el que el Sith se quedó sin espacio para seguir defendiéndose de la larga y contundente ofensiva, pues había llegado a uno de los lados de la ancha pasarela de duracero. Y dado que no había ningún tipo de barandilla y dejarse caer podría resultar demasiado arriesgado, optó por saltar hacia una de las numerosas cintas correderas de la automática cadena de montaje, empleando la Fuerza para lograr alcanzar la considerable altura. De esta forma, el combate se trasladó instantáneamente sobre la

peligrosa maquinaria de fabricación, lo que complicaba, aún más si cabe, la situación tan crítica en la que se encontraban los Jedi, cuyo único consuelo era haber recuperado sus valiosas armas y haber encontrado el paradero del necesitado antídoto.

Aunque realmente se habían olvidado por completo de él, el creciente dolor que sentían sus heridos y sudorosos cuerpos había llegado a suponer tal suplicio que no lograban quitárselele de la cabeza. Y es que desde que habían ingerido el letal veneno junto con la deliciosa comida cuando se encontraban encerrados, habían pasado demasiadas horas. De hecho, los Jedi tenían que agradecer que, al menos, el Sith había empleado uno de muy lenta acción, pues no era nada habitual que un veneno permitiera vivir durante tanto tiempo. Pero, como era obvio, no se trataba de ningún regalo, sino que seguramente lo había hecho para que soportasen la extensa duración de su «Show Infernal».

Era impresionante cómo el trío de poderosos espadachines luchaba a la vez que esquivaba todo tipo de mecanismos y brazos robóticos. Parecía imposible que ninguno de ellos recibiera un golpe que le derribara. Pero eran tales las ganas que tenían de derrotar a sus adversarios que se esforzaban al máximo para no cometer ningún error.

El problema vino cuando se empezó a notar el cansancio por realizar tales movimientos a un ritmo tan desenfrenado. Los músculos pedían a gritos un respiro y ya no reaccionaban tan velozmente como lo habían hecho hasta entonces. Así que Obi-Wan primero y el devaroniano después no pudieron evitar ser golpeados por los brazos robóticos, de modo que pusieron en peligro sus vidas más de lo que ya estaban. El Jedi cayó a una cinta situada bajo la que se encontraban, mientras que el Sith, derribado, tuvo que defenderse del feroz ataque de Anakin desde la superficie de la propia cinta. Para poder levantarse, el devaroniano tuvo que emplear la Fuerza, pues con ella empujó al joven padawan hacia atrás, haciéndole retroceder lo suficiente como para poder ponerse en pie y proseguir con el complicado combate en igualdad de condiciones.

Entretanto, el Maestro Kenobi, dolorido por la caída de unos tres metros de altura, intentaba levantarse cuando vio que la cinta corredera sobre la que yacía le llevaba hacia una zona plagada de una especie de planchas que moldeaban el metal fundido. Por ello se esforzó en gran medida para ponerse en pie y efectuar un potente salto, con el inestimable impulso de la Fuerza, para volver a la cinta en la que se encontraba su padawan luchando incansablemente contra el Sith.

Pero cuando Obi-Wan llegó al lugar, ninguno de los dos estaba ya allí, sino en una plataforma situada más abajo. Se trataba de una de las pocas zonas de la fábrica en la que no se empleaba una cinta corredera, pues por ella pasaban de vez en cuando unos droides supervisores, que comprobaban el estado del funcionamiento de la cadena de montaje conectándose simultáneamente a dos extensas hileras de paneles de control que flanqueaban la estrecha pasarela. Precisamente uno de aquellos flotantes y cilíndricos robots pasaba en ese momento por su carril, con sus dos brazos de conexión rozando las bandas magnéticas por las que percibía los datos en continuo desplazamiento. Así, el devaroniano tuvo que realizar un espectacular salto con voltereta hacia atrás para esquivar al veloz droide. Un instante después, Anakin debía efectuar el mismo

movimiento, aunque hacia delante, si quería evitar un fuerte golpe. Pero su cansancio hizo que sus piernas no le impulsaran lo suficiente como para sobrepasar al robot, de modo que se tropezó con él en el aire. Completamente derribado, el padawan quedó indefenso, pues yacía boca abajo sobre el metálico suelo del pasillo ante la cercana presencia del Sith, que tan sólo tenía que llevar a cabo el definitivo golpe de gracia.

Pero los dos haces de luz roja de su espada, que formaban un ángulo de 60 grados, se detuvieron a escasos centímetros de la abrasada espalda del joven cuando se interpuso la azulada hoja que blandía su Maestro. Este había saltado apenas un segundo antes sobre la negruzca pasarela desde la cinta corredera superior con el objetivo de socorrer a su aprendiz, cosa que había logrado con creces. Así continuó el duro combate, en el que ahora luchaba Obi-Wan en solitario mientras Anakin se recuperaba rápidamente de su tropiezo.

El Maestro Jedi fue llevando la iniciativa largo rato, de modo que su adversario se vio obligado a retroceder continuamente, incapaz de hacer otra cosa que defenderse. Y es que el Sith, bastante cansado tras el duradero ataque de Skywalker, comenzaba a pensar que Obi-Wan era un contrincante algo superior a él. Sus rápidos y calculados movimientos demostraban que había sido el Jedi que acabó con el implacable Darth Maul. Pero, por otro lado, el devaroniano también creía que él era más poderoso que su antecesor, por lo que enseguida volvió a confiar en sus posibilidades, recuperando la presunción típica de los Sith. Es más, incluso comenzó a atacar a su rival como nunca antes lo había hecho en aquel largo duelo, de modo que ahora era él quien avanzaba.

En ese momento, Anakin se disponía a saltar sobre los dos contendientes para situarse detrás del devaroniano, de forma que su Maestro le atacara por delante y él por detrás, pues la escasa anchura de la pasarela no permitía otra combinación. Así pues, el padawan realizó una voltereta a gran altura, sobrepasando tanto a Obi-Wan como a su enemigo y posándose justamente detrás del maligno ser. Este no tardó en darse cuenta de que no iba a durar mucho luchando de costado, deteniendo los ataques de ambos Jedi a la vez. Así que pensó en ejecutar su movimiento maestro, que, aunque era muy complicado de realizar con éxito, era, posiblemente, la única forma que tenía de evitar una derrota segura. Se trataba de rodear la espada del contrario con una de las parejas de sus hojas, de modo que, al girar bruscamente, el adversario perdía su arma.

Tras esperar el momento oportuno, Darth Zoth se dispuso a efectuar su estudiada maniobra contra Anakin, pues había comprobado que no era tan hábil como su Maestro. Así, el inexperto padawan vio cómo en un fugaz instante su azulada espada de luz se le escapaba de las manos, cayendo desactivada fuera del pasillo en el que se encontraban. Inmediatamente después, el joven saltó tras su valiosa arma sin haber visto ni siquiera el lugar adonde caía. Simplemente saltó.

Quizás su acción tuvo su razón de ser en que, inconscientemente, el aprendiz habría recordado de repente la frase que tantas veces le había repetido su Maestro: «Tu espada es tu vida, así que no la pierdas jamás». Por otro lado, también pudo haberse debido a sus ganas de derrotar al Sith por haber insultado a Obi-Wan tan descaradamente. Pero por

una razón o por otra, el caso es que Anakin se había lanzado tras su espada sin pensar en lo que pudiera ocurrirle. Sólo sabía que tenía que recuperarla.

Así, el atrevido padawan se encontraba ahora en el interior de un gran recipiente que se acercaba a gran velocidad hacia una manguera que le llenaría de metal fundido. Además, su espada no había caído en aquella especie de tonel, sino quizás en otro… o en una zona inferior. Por tanto, su arriesgado salto no le había servido de nada. Es más, había empeorado su situación más de lo que ya estaba, pues ahora había perdido por completo la pista de su arma.

Por si fuera poco, había dejado a su Maestro solo ante el devaroniano, que ahora se movía mucho más libremente al no tener que hacer frente a dos adversarios a la vez. Por ello no cesaba de atacar con su cuarteto de haces de luz con una violencia y una agilidad aterradoras, de modo que su enemigo Jedi tenía que esforzarse en gran medida para detener todos y cada uno de los rápidos movimientos. Le estaba agotando a una velocidad increíble. Tal es así que el Sith podría hacerse con la victoria de un momento a otro si conseguía mantener un poco más de tiempo aquel vertiginoso ritmo. Sólo era cuestión de que Obi-Wan gastara todas sus energías y cometiera el más mínimo error. Un error que, sin duda, le costaría la vida.

Entretanto, Anakin había logrado salir del recipiente empleando uno de sus potentes saltos impulsados por la Fuerza, de modo que ahora se encontraba manteniendo el equilibrio sobre el ancho borde del contenedor. Inmediatamente después, saltó de nuevo en dirección a la siguiente de las cubetas para comprobar si en su interior se hallaba su anhelada espada. Pero su exceso de confianza, sumado a su enorme cansancio, hicieron que se quedara corto en el impulso, de modo que se vio obligado a agarrarse como pudo al borde del cilíndrico objeto. Colgado, el arriesgado padawan no cesó en su empeño de alzarse a pesar de que el recipiente se acercaba peligrosamente al vertedor de metal fundido. Por tal estúpida constancia, el joven casi se quema la cara cuando, tras varios intentos, logró asomarse para ver el interior de la cubeta apenas un instante antes de que esta fuera llenada por el ardiente líquido. Además, dolorido por el abrasador calor que emanaba el espeso fluido, no tuvo más remedio que dejarse caer mientras gritaba e intentaba aliviarse con las manos.

Tal chillido de dolor fue oído por su Maestro, que aún seguía retrocediendo ante los continuos y veloces ataques de su contrincante, acercándose lentamente hacia el final de aquella pasarela de paneles de control, donde se vería acorralado entre la espada y la pared. Preocupado por su padawan, Obi-Wan perdió la concentración durante un instante, cosa que aprovechó su rival para hacerle un pequeño pero doloroso corte en el brazo derecho. Continuando con el agotador duelo, el Jedi pensó que debía ir en busca de su aprendiz, no sólo para ayudarle en el lío en el que se había metido, sino para detener un rato el incesante y cansado combate.

—¡¡Huyes, ¿eh, Jedi?!! —exclamó Darth Zoth furioso, pues la vertiginosa lucha que tanto le favorecía había sido interrumpida—. ¡¡Todos los Jedi sois unos cobardes!! —gritó mientras saltaba tras su oponente.

Kenobi se encontraba ahora sobre una cinta corredera situada bajo la hilera de colgantes cubetas, viendo cómo su padawan, totalmente aturdido, no sólo por la gran caída que había sufrido sino también por el intenso calor que había tenido que soportar poco antes, era transportado inevitablemente hacia un candente horno en el que se fundían piezas de metal de todas las formas y tamaños. Así, su Maestro disponía de escasos segundos para alcanzar tal lugar, levantarle y llevársele a otro sitio donde pudiera estar a salvo.

Pero su contrincante devaroniano pisaba entonces el mismo suelo que él, por lo que tuvo que volver a alzar su azulada espada láser para detener sus ataques fortalecidos por el odio y la ira. Entonces, para librarse de nuevo de su rival, Obi-Wan atrajo con la Fuerza varias de las piezas metálicas que eran transportadas junto a Anakin, lanzándoselas inmediatamente después al Sith. De esta forma, este no tuvo más remedio que esquivarlas o destrozarlas con su espada cuádruple para evitar amenazadores golpes, de modo que Kenobi aprovechó ese momento de distracción para saltar sobre la cinta situada justo debajo de la que se hallaba. Una vez realizado este movimiento, volvió a impulsarse para, ahora sí, caer sobre el suelo en el que se encontraba su aturdido aprendiz, que estaba ya peligrosamente cerca del horno al que era conducido. Corriendo a más no poder, Obi-Wan, tras haber cogido de casualidad la perdida espada de su padawan, que se hallaba junto a diversos componentes robóticos, le alcanzó y le intentó reanimar. Pero dado que no fue capaz de ello y el intenso calor del horno se hacía ya notar, el Maestro Jedi decidió llevarle en brazos hasta otra de las pasarelas de paneles de control por las que pasaban cada cierto período de tiempo los llamados droides supervisores.

—¡¡Anakin!! ¿Estás bien? —le decía un preocupado Obi-Wan una vez le había posado sobre el estrecho pasillo—. ¡¡Dime algo, Anakin!!

—¡¡Mi espada, mi espada!! —vociferaba el joven sin ni siquiera haber abierto los ojos— ¡¡¿Dónde está mi espada?!!

—¡¡Tranquilo, Anakin, la tengo yo, la tengo yo!! Toma, cógela.

El padawan se despertó entonces, tomó la empuñadura metálica y, sorprendentemente, no tardó en levantarse. Parecía haberse recuperado en el mismo momento en el que la activaba y veía su resplandeciente hoja de luz azul.

—¿Y dónde está el Sith? —preguntaba a su Maestro, ansioso por continuar con el duro duelo.

Justo en ese momento apareció ante sus ojos, haciendo girar a los cuatro haces de luz roja de su peculiar espada láser, como si de una amenaza se tratara. Obi-Wan presionó entonces el botón de su empuñadura, preparándose mentalmente para proseguir con el combate. Un instante después, cuando se disponía a decir a su padawan la táctica a seguir, el joven corría ya hacia el oponente con su espada alzada y un gesto lleno de ira.

—¡¡Anakin, no!!

Pero, una vez más, su padawan, cegado por el odio, no hizo caso a la orden, atacando rabiosamente al Sith, que tuvo que esforzarse en gran medida para detener todos y cada

uno de los letales ataques de su contrincante. La situación del devaroniano empeoró aún más cuando Obi-Wan se unió a la lucha por su espalda, como ya había hecho anteriormente Anakin, pues la anchura de aquella pasarela flanqueada por paneles de control era idéntica a la que habían estado no hacía mucho tiempo.

Así, Darth Zoth tuvo que emplearse a fondo, luchando otra vez de costado mientras pensaba en una forma distinta de la que ya había usado —el movimiento maestro— para separar al dúo de adversarios, pues se sentía incapaz de salir victorioso enfrentándose a ambos a la vez. Pensó entonces en una táctica que mostraba su desesperación: saltar. Entonces, una vez que detuvo los dos últimos ataques de sus contrincantes, realizó un espectacular trío de volteretas hacia uno de los lados del pasillo en el que se encontraban, pasando por encima de la hilera de paneles de control y cayendo sin saber a dónde.

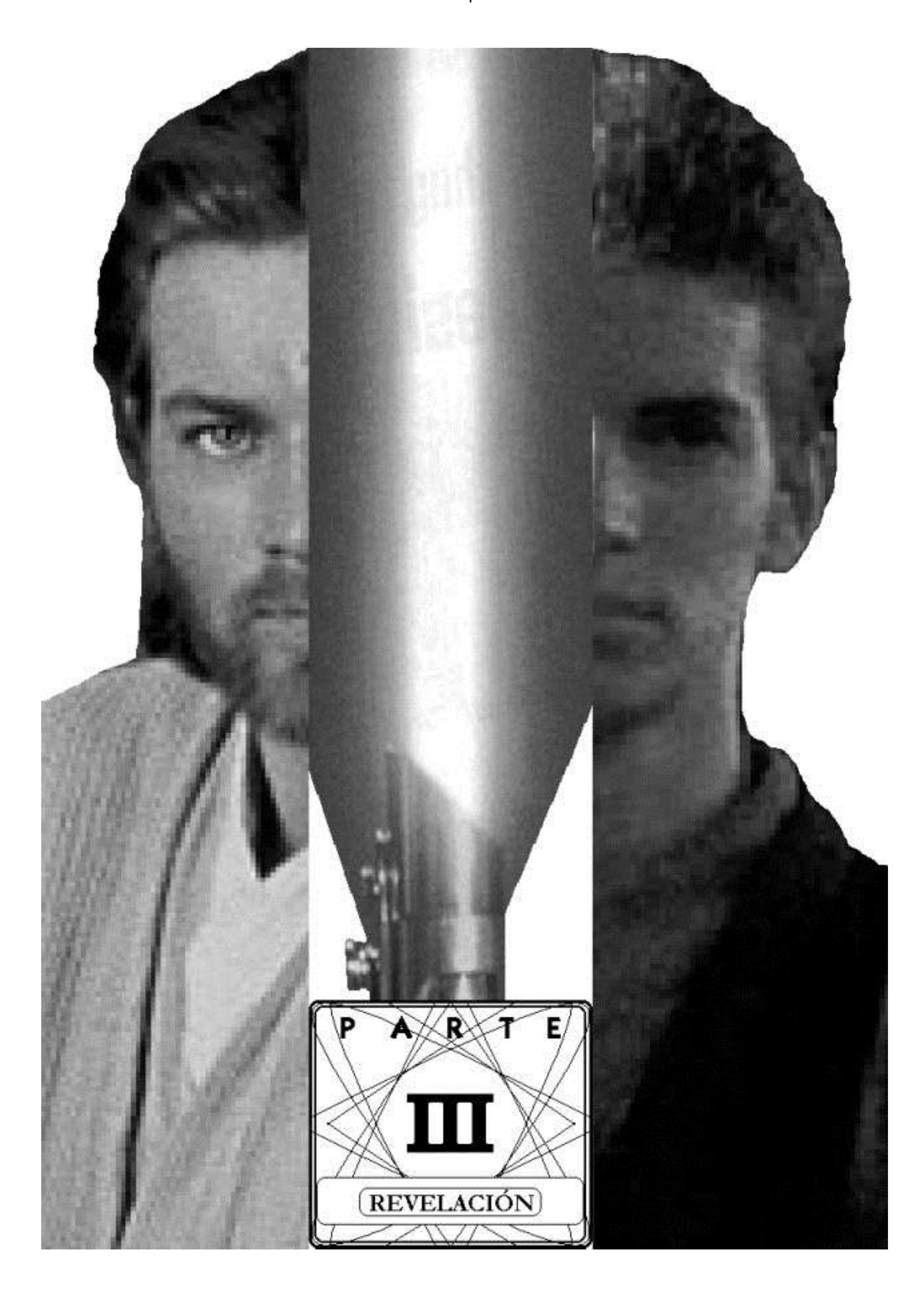
Por ello, el devaroniano no cayó sobre la inmediatamente inferior cinta corredera sino mucho más abajo. Sufrió una gran caída de más de ocho metros que le dejó, como poco antes le había sucedido a Anakin, totalmente aturdido e incapaz de moverse. Los Jedi, que se habían asomado para no perderle la pista, se disponían a comenzar el descenso cuando un intenso dolor se adueñó de repente de sus cuerpos. Durante todo el duelo habían resistido e intentado olvidar el sufrimiento que les causaba el lento avance del veneno, pero en ese momento se había intensificado como nunca antes lo había hecho. Tal es así que el dúo de Jedi tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tambalearse y caer al suelo. Enseguida les vino a la cabeza la idea de que la muerte les estaba rodeando con su oscura y deshilachada capa para que, poco después, pudiera comenzar a extraer sus doloridas almas.

Intentando olvidar aquellos desagradables pensamientos, junto con el terrible y creciente dolor, los Jedi fueron saltando de una cinta corredera a otra, descendiendo lo más rápidamente que pudieron para alcanzar al todavía inconsciente Sith. Y es que el oscuro guerrero estaba siendo transportado hacia una muerte segura bajo una plancha de enormes proporciones, con lo que el necesitado antídoto sería destruido con él.

Llegaron entonces a tiempo para sujetar al inmóvil cuerpo y arrastrarle bastantes metros hacia atrás. Después, tras arrebatarle la extraña empuñadura y apuntarle con la espada, Obi-Wan ordenó a Anakin que cogiera el frasco que el derrotado Sith poseía en alguna parte de su cinturón. Pero justo en ese momento, en el que el padawan llegó a rozar el frío cristal del tan necesitado recipiente, el devaroniano se recobró lo suficiente como para coger con un veloz movimiento el cilíndrico objeto y lanzarlo con la Fuerza a gran distancia hacia uno de los laterales de la cinta en la que se encontraban. Inmediatamente después, los Jedi olvidaron por completo a su rival para atraer, también con la Fuerza, tal antídoto. Esa distracción fue aprovechada por el dolorido Darth Zoth para recuperar su espada de las manos de Obi-Wan y huir hacia la cinta superior con un potente salto.

—Por fin… —murmuró Anakin poco antes de beber un largo trago del fosforescente líquido que le iba a salvar la vida.

Su Maestro realizó la misma acción hasta vaciar el frasco. Entonces, el intenso dolor que sentían en todo el cuerpo fue desapareciendo a una velocidad sorprendente mientras se ponían a saltar una y otra vez, de cinta en cinta, con objeto de regresar a la pasarela en la que se inició el finalizado duelo que en tantas ocasiones les había puesto en peligro sus vidas.


PARTE
III
REVELACIÓN



CAPÍTULO 9

Una vez que alcanzaron el mencionado puente, los Jedi, aunque ya no tenían la preocupación que les causaba el letal veneno, no tardaron en avanzar por la siguiente zona de la subterránea instalación. Y es que ahora lo único en que pensaban era que tenían que llegar lo antes posible a Coruscant para comunicar al Senado y al Consejo Jedi el secreto que acababan de descubrir. Un hallazgo que amenazaba la existencia de la mismísima República a un no muy largo plazo.

Recorrieron entonces pasillos y más pasillos de idéntico aspecto a los que habían dejado atrás: grisáceos, escasamente iluminados y algo estrechos. En cuanto a las salas, también sucedía lo mismo, pues sus características coincidían con las de aquellas en las que ya habían entrado antes del enfrentamiento de espadas láser: científicos, escritorios, ordenadores… aunque, a diferencia de las anteriores, en estas no observaron ningún indicio de que allí se estuviera intentando crear un super-droide de batalla. Es más, tras visitar numerosas estancias, las únicas máquinas que habían visto eran tanques bacta y otros aparatos médicos, tales como diversas unidades de reemplazamientos protésicos. También eran abundantes los droides médicos 2-1B y FX-7.

Con todas estas pistas, Obi-Wan enseguida adivinó que la zona en la que se encontraban él y su padawan estaba dedicada a la restauración de los cadáveres producidos por el «Show Infernal». Empleando todos esos dispositivos, más algún otro inventado para la ocasión que, lógicamente, los Jedi desconocían, el Sith devaroniano se aseguraba el hecho de tener aterrorizados a todos los habitantes de Sahaa y a todo Orum, haciéndoles creer que en aquellos parajes acechaba un inexistente monstruo mitológico capaz de devorar almas, conocido como ghozzian. De esta manera, nadie se atrevería a acercarse al lugar y, por tanto, nadie descubriría nunca la fábrica de droides que allí se ocultaba, así como los laboratorios de investigación encargados de crear el llamado «super-droide de batalla».

Llegó un momento en el que los Jedi, hartos de avanzar sin encontrar lo que buscaban, es decir, una salida de la subterránea instalación, decidieron interrogar a alguno de los numerosos científicos.

—¿Cómo se puede salir de aquí? —preguntó Obi-Wan de forma tranquila para evitar que el quarren al que se dirigía se asustase.

—Ninguno de nosotros lo sabe —le respondió algo triste—. Hace años que no vemos la luz del sol. Es parte del contrato que pactamos con nuestro amo para beneficio mutuo.

—¿Para beneficio mutuo? —cuestionó sorprendido Anakin.

—Sí, ya que de esta manera, nuestro amo se asegura que no desvelemos el secreto al no tener que salir al exterior y nosotros recibimos alojamiento y comida gratuitamente, además de un sueldo bastante superior al normal.

Una vez más, los Jedi, viendo que la conversación no les daría ningún fruto, se dispusieron a continuar avanzando por los interminables pasillos de la instalación. Estaban convencidos de que debía poseer una salida subterránea, un garaje de naves o algún conducto vertical que les subiera a la superficie como ya les había sucedido poco después de ser encerrados.

De repente, y sin haber hecho nada que no fuera correr, comenzó a sonar una ensordecedora alarma. El dúo de Jedi no tardó en suponer que el Sith habría llegado a su centro de mando y les estaría dando órdenes a sus secuaces para que acabaran definitivamente con ellos. Pero ahora les iba a costar mucho más vencerles que cuando descendieron a la instalación, pues disponían de sus extraordinarias espadas de luz, aunque el cansancio que venían acumulando era igual que entonces o, incluso, mayor.

Tras doblar otras cuantas esquinas, los Jedi llegaron a un pasillo sin salida. Se trataba del único camino que se podía seguir, pues todo lo demás eran salas y laboratorios, por lo que no se explicaban por qué aquella puerta doble de duracero les impedía el paso. ¿Qué nuevo secreto se escondería tras ella? Además, no había indicio alguno de que tuviera mecanismo de apertura por ninguna parte. Quizá sólo se podría abrir por el otro lado, de modo que los científicos nunca pudieran abandonar su lugar de trabajo salvo cuando necesitasen ir al servicio o a dormir. Y es que los Jedi, en todo el largo y agotador recorrido que habían hecho, nunca habían visto baños o dormitorios por ninguna parte.

Pero precisamente en ese momento, en el que se disponían a dar la vuelta, la gran compuerta se abrió con el habitual siseo que producían los mini-repulsores. Tras ella se hallaban más de una veintena de individuos armados hasta los dientes. De diferentes especies y vestimentas, lo único que tenían en común aquellos individuos eran las máscaras de respiración que cubrían sus rostros, lo que hacía pensar que se trataba de mercenarios o cazarrecompensas.

—Tengo un mal presentimiento… —murmuró Obi-Wan poco antes de que él y su padawan echaran a correr ante las bombas de gas que les habían arrojado.

De nuevo, se trataba del letal dioxis, por lo que, al no poseer sus aparatos de respiración Aquata A99, los Jedi se vieron obligados a retroceder velozmente por donde habían venido, perseguidos de cerca por los secuaces de Darth Zoth. Estos no paraban de

lanzarles más y más bombas de gas mientras les disparan numerosas ráfagas de rayos láser, que los Jedi hacían rebotar con las hojas de sus espadas de luz. De esta forma, acabaron con algún que otro enemigo, pero dadas las protecciones y corazas que llevaban, resultaba muy difícil. Además, como estaban corriendo continuamente, no podían parase a pensar en la trayectoria de los rebotes.

Así, la persecución se prolongó, como era de esperar, hasta alcanzar la enorme compuerta que daba a la descomunal fábrica de droides de batalla. Los rostros de los Jedi no ocultaron su preocupación cuando vieron que sus mecanismos de apertura habían sido bloqueados tras la alarma. No había ninguna forma de abrirla, salvo introduciendo la orden pertinente en la sala de control que habría en alguna parte de aquella gigantesca instalación.

—Anakin, entretenles un segundo. —Le ordenó Obi-Wan poco antes de que introdujera su azulada espada por el centro de la puerta. Estaba intentando hacer lo mismo que no había logrado su mentor Qui-Gon Jinn en una nave controladora de droides de la Federación de Comercio hacía siete años, en los días previos a la Batalla de Naboo.

Pero, esta ocasión, como no se trataba de una compuerta de seguridad y, por tanto, no poseía un blindaje doble de duracero, Kenobi estaba convencido de que podría conseguirlo. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

El único pero gran problema vino cuando el grupo que les perseguía, que estaba siendo retenido por los hábiles movimientos que ejecutaba Anakin con su espada, les empezó a lanzar de nuevo bombas de gas. Sin poder respirar ni ver, Obi-Wan intentó darse más prisa, pues, dado que tanto su padawan como él habían estado corriendo durante tanto tiempo, sabía que no iban a poder aguantar mucho sin inhalar el imprescindible oxígeno. También era buen conocedor de lo difícil que le estaría resultando a su padawan hacer rebotar ráfagas láser sin el vital sentido de la vista.

Pero, afortunadamente para el dúo de Jedi, el Maestro Kenobi logró realizar un agujero justo a tiempo y lo suficientemente grande como para que ambos pudieran pasar al otro lado, aunque tuvieron que hacerlo sin pisar el suelo, lanzándose paralelamente al mismo.

—¡¡Abrid la compuerta «B» de la fábrica!! ¡¡Abrid la compuerta «B» de la fábrica!! —ordenaba uno de los mercenarios por el comlink que llevaba acoplado a la máscara de respiración.

Tal mandato fue acatado tan rápidamente por el centro de control que a los Jedi no les dio tiempo ni siquiera a llegar al centro de la negruzca pasarela. Por si fuera poco, nada más sobrepasarle, se abrió la otra entrada, mostrando otra veintena de esbirros del Sith. Una vez más, no había uniformidad de ningún tipo en ellos, ni en las vestimentas ni en las armas que portaban, lo que demostraba que, en efecto, eran mercenarios o cazarrecompensas.

Así pues, la situación de los Jedi había empeorado más aún de lo que ya estaba. Rodeados por una y otra salida de la fábrica por más de cuarenta enemigos, exhaustos y

sin haber encontrado una forma de alcanzar la superficie, tanto Obi-Wan como Anakin enseguida se pusieron a discurrir la mejor manera de sobrevivir mientras se defendían de las peligrosas ráfagas láser.

—Ojalá tuviéramos otro detonador termal… —murmuró el preocupado padawan, que, aunque sus tácticas eran un poco violentas, no dejaba de hacer rebotar los disparos con una maestría digna de todo un Caballero Jedi.

Finalmente, tras haber estado zarandeando velozmente sus espadas durante un par de minutos, Anakin comentó a su Maestro que la única salida que les quedaba era aquel conducto por el que habían entrado descendiendo sobre el cadáver del fhazzard. Pero Obi-Wan le recordó entonces a su joven aprendiz que si regresaban a la superficie de la pradera volverían a encontrarse con las altas barras láser que la rodeaban. De esta forma, sólo disponían de dos opciones para escapar: logrando atravesar de alguna manera la compuerta doble de la zona de restauración de cadáveres o hallando el mecanismo que desconectaba los mencionados barrotes luminosos de la llanura.

Sin embargo, fue entonces cuando Obi-Wan discurrió una tercera posibilidad al recordar otro olvidado detalle, esta vez correspondiente a la zona de investigación del super-droide de batalla. Se trataba de que habían rechazado ir por una escalera con la que se habían topado poco antes de entrar en la fábrica por primera vez. Pensó que esa podría ser la salida, así que se lo comentó a Anakin, de modo que ahora tenían que encontrar la forma de atravesar aquel muro de peligrosos individuos que les impedía regresar al sector donde habían empezado su andadura subterránea.

Desgraciadamente para el Maestro Jedi, no se le ocurría otro plan que no fuera el de huir por las cintas correderas de la cadena de montaje. Por suerte, su padawan sí que pensó en otra táctica: mientras Obi-Wan atacaba al grupo de la compuerta, Anakin le defendería del otro conjunto. Entonces, el joven se lo comentó y, como no podía ser de otra manera, Kenobi aceptó, aunque pensaba que se trataba de una estrategia un tanto arriesgada.

Así pues, el Maestro Jedi se puso a correr en la dirección en la que necesitaban ir mientras su aprendiz le cubría las espaldas con sus ágiles movimientos de espada láser. Obi-Wan, por su parte, no sólo hacía rebotar los disparos sino que también empleaba el empujón de la Fuerza para derribar a unos cuantos adversarios. De esta manera, logró acercarse rápidamente hasta que, ya junto a los enemigos, no cesó de zarandear su luminosa arma para mutilarles y aturdirles, acabando él sólo con la veintena de mercenarios. Realizada esta exitosa operación, en la que gracias al encubrimiento de Anakin no resultó herido por la espalda, se dispuso a abrir la puerta que, posiblemente, les salvaría.

Pero, como ya les había ocurrido, había sido bloqueada desde el centro de control. «¿Y ahora qué?», se preguntaba el preocupado Jedi. Menos mal que pronto discurrió una forma de abrirla sin tener que emplear su espada de luz.

—¡¡Abrid la compuerta «A» de la fábrica!! ¡¡Abrid la compuerta «A» de la fábrica!! —exclamó Obi-Wan por el comlink de uno de los fallecidos cazarrecompensas mientras

su agotado padawan continuaba protegiéndole de todas y cada una de las ráfagas láser que provenían del otro lado de la pasarela.

—¡¡Vamos, Anakin!! —le gritó su Maestro, visiblemente más contento al ver cómo se apartaba el último de los obstáculos de su camino.

Su habilidoso aprendiz enseguida acató la orden, aunque no por ello dejó de enarbolar su espada para evitar ser alcanzado por los incesantes disparos luminosos. Y es que, mientras él retrocedía hacia la compuerta en la que le esperaba ansioso Obi-Wan, los mercenarios del otro grupo se le acercaban para evitar su huida a toda costa. Tal es así que uno de ellos, provisto de una bazooka, no dudó en ponerse por delante de sus compañeros para lanzarle un potente misil al joven. Este, ante el sorpresivo ataque, no dudó en hacer uso de sus reflejos y el poder de la Fuerza para saltar hacia atrás, evitando así la devastadora explosión. Eso sí, lo que no pudo evitar fue quedar algo aturdido tras ella, dado que la onda expansiva de la misma le impulsó con violencia, agravando su caída.

Su Maestro, preocupado en gran medida, enseguida corrió hacia él para arrastrarle hacia la compuerta con una mano, pues con la otra enarbolaba lo mejor que podía su espada para desviar con ella otra nueva andanada de letales ráfagas de luz roja. Por suerte, la distancia que les separaba de la entrada era escasa, de modo que logró atravesarla sin que Anakin ni él fueran lastimados. Fue entonces cuando el aturdido joven se recuperó mientras Obi-Wan cerraba el umbral y destrozaba con su luminosa arma el panel con que se abría; aunque ambos sabían que eso no iba a detener demasiado tiempo a sus perseguidores, pues el centro de control podría abrirla rápidamente sin necesitar que funcionase tal interruptor.

Y, en efecto, así fue. Medio minuto más tarde, cuando los Jedi se encontraban ya subiendo la escalera que tanto les había costado alcanzar, el grupo de mercenarios invadía la zona velozmente, motivados por su sed de venganza.

Recorriendo escalón tras escalón, descansillo tras descansillo, tanto Anakin como Obi-Wan se quedaron atónitos poco después cuando observaron que el esperanzador camino que habían optado seguir conducía a otra compuerta que no se abría. Esta vez se trataba de una situada en el techo, como una especie de escotilla de las típicamente usadas en las naves espaciales. De forma rectangular y compuesta de duracero, se sintieron mucho mejor al comprobar que era, de nuevo, susceptible de ser atravesada por una espada de luz. Aunque esa observación no alegró demasiado el gesto del Maestro Kenobi, que se lamentaba por no haberse llevado consigo uno de los comlinks de los cazarrecompensas. De haber sido así, hubieran ganado el tiempo que tanto necesitaban.

Olvidando su perdonable error, Obi-Wan, ayudado por su padawan, enseguida se puso a realizar un boquete lo suficientemente grande como para que pudieran acceder al desconocido piso. Perforando el duro metal de la compuerta, que se transformaba rápidamente en una especie de lava, los Jedi esperaban que les diera tiempo a realizar tal operación antes de que fueran alcanzados por los cada vez más cercanos perseguidores.

Pero su esperanza se desvaneció en cuanto comenzaron a oír los primeros pasos del pelotón subiendo la escalera. Por el contrario, reaparecieron la preocupación y el nerviosismo, que estaban siendo una constante a lo largo de su agitada estancia en Orum. Tales sensaciones hicieron que se dieran más prisa aún de la que ya se estaban dando. No obstante, no les sirvió de mucho, pues los mercenarios llegaron al lugar antes de que el agujero hubiera sido finalizado. Por ello, Obi-Wan continuó agrandándole mientras Anakin empleaba su azulada espada y el empujón de la Fuerza para contener a los peligrosos villanos, muchos de los cuales caían derribados o mutilados escalones abajo.

Afortunadamente para el agotado padawan, su Maestro sólo tardó apenas unos segundos en avisarle de que ya podían pasar. Así, el joven realizó un último esfuerzo para impulsar con la Fuerza a los cercanos perseguidores y, de esta forma, ganar el tiempo suficiente como para atravesar la obertura sin temor a que le hiriesen por la espalda, como así fue.

Reunido con Obi-Wan en el nuevo piso, Anakin le siguió a su acelerado ritmo en una dirección cualquiera: el caso era dejar atrás lo más posible a sus enfurecidos enemigos mientras intentaban hallar una forma de escapar de la instalación. Los pasillos seguían teniendo el mismo aspecto que los que habían recorrido anteriormente, aunque eran algo más amplios. En cuanto a las salas, simplemente pasaban de ellas, pues dudaban que en su interior fueran a encontrar lo que buscaban. Es más, viendo sus paneles de control, los Jedi supieron que se trataba de celdas dobles como aquella en la que habían estado. Así pues, no cesaron de correr por la zona en ningún momento.

Tras haber doblado un trío de esquinas, tanto Anakin como Obi-Wan sintieron con la Fuerza la presencia de sus perseguidores, pues ya estaban pisando el mismo suelo que ellos, deseosos de acabar fulminantemente con las difíciles presas.

No mucho después, los Jedi se encontraron ante lo que parecía ser otro pasillo sin salida, dada la imponente puerta doble de duracero que les obstruía el camino. Cerrada como las anteriores, aquella entrada llenó de desesperación al joven padawan, que no logró conservar la calma como tan bien hacía su Maestro.

—¡¡Malditos mercenarios!! ¡¡Voy a acabar con sus miserables vidas!! —exclamó Anakin, furioso a más no poder, mientras se ponía a correr en dirección contraria, en busca de los villanos que les perseguían.

—¡¡No, Anakin, detente!! —el aprendiz era el único individuo que conseguía alterar la serenidad habitual de Obi-Wan. Ni siquiera el inquieto gungano Jar Jar Binks había logrado nunca tal hazaña.

Su padawan se paró entonces y se dio la vuelta.

—Maestro, —dijo el joven algo más calmado— podría vencerles de una vez por todas. Así nos haríamos con uno de sus comlinks para que nos abrieran esta compuerta.

—Me parece buena idea lo de conseguir un transmisor, no así lo de llevar a cabo una matanza. Tengo que recordarte, mi joven aprendiz, que los Jedi debemos proteger la vida por encima de todo.

—Pero, Maestro, si no lo hacemos, puede que acaben con nosotros.

—Es un riesgo que debemos correr en honor a la Fuerza, Anakin.

El padawan no continuó con la discusión y esperó a que Obi-Wan le contara la forma de conseguir un comlink sin necesidad de matar, algo que no lograba concebir.

—El plan consiste en lo siguiente: nos esconderemos en una de las salas y esperaremos a que lleguen los mercenarios. Entonces, usaremos la Fuerza para saber cuál de ellos es el más necio, de modo que sea factible controlar su mente. Por último, le ordenaremos que venga hasta nosotros y le cogeremos prestado su comunicador. ¿Lo has entendido, Anakin?

—Por supuesto, Maestro —el aprendiz tenía que admitir, una vez más, que su mentor era muy bueno a la hora de planear la estrategia a seguir en cada momento. Aquella no era la primera vez que iba a obedecer una de sus ideas.

Así pues, los Jedi enseguida se pusieron a buscar una estancia en la que ocultarse y esperar a sus enemigos. Afortunadamente, hallaron una muy cercana a la gran compuerta que, de nuevo, les impedía el paso. Se trataba de una celda vacía, tal y como habían deducido de los paneles de control, pues estos poseían un botón que sellaba la puerta y una clavija cilíndrica que desactivaba su cierre. Por tanto, la primera fase del plan había sido completada con éxito. Ahora tenían que permanecer allí tranquilamente unos pocos segundos a que sus perseguidores alcanzasen el lugar. Sólo esperaban que no se les ocurriese la estúpida idea de ir inspeccionando estancia a estancia. O peor todavía: que cerrasen todas las puertas de las mismas sin ni siquiera saber si estaban en alguna de ellas o no.

—Huew, Lioh, Gryk, Uopp y Beerch, no os mováis de aquí —les ordenó su líder cuando llegaron a la compuerta y vieron que allí no estaban los peligrosos Jedi. Instantes después, condujo al resto del grupo en el otro sentido para seguir buscándoles por los demás pasillos del sector.

—Pero, jefe, ¿y si se han escondido? —aquella pregunta del rodiano Uopp estaba a punto de echar abajo el plan de Obi-Wan, que esperaba con preocupación escuchar la respuesta adecuada.

—¿Pero tú que te piensas, que los Jedi son tan cobardes como tú? Un Jedi nunca se esconde. —Afirmó el líder humano con una convicción sorprendente, más aún cuando no tenía razón.

El Maestro Kenobi suspiró de alivio junto a su padawan al oír tan excelente contestación. De esta manera, en cuanto el quinteto de mercenarios se quedó solo frente a la compuerta, los Jedi comenzaron a concentrarse en la Fuerza para analizar con ella las mentes de tales enemigos. Así supieron que el más oportuno para efectuar sobre él el control mental era, precisamente, el rodiano que había hablado.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Uopp a sus compañeros, obedeciendo las órdenes que percibía directamente en su cerebro.

—No, la verdad es que no. —Le respondieron.

—No sé… Voy a echar un vistazo a esa celda. Sólo por si acaso, ¿vale? —el rodiano se dirigió entonces hacia la estancia en la que, lógicamente, estaban los Jedi que con tanto esfuerzo estaban buscando su jefe y demás colegas.

Una vez que entró, Obi-Wan le quitó su comlink y, sin elevar mucho el tono de voz, ordenó al centro de control que abriera la compuerta «A2». Instantes después, los cuatro mercenarios que la vigilaban se sorprendieron ante aquella acción que nadie había pedido que se realizase. Fue entonces cuando, justo antes de que pudieran hacer rectificar al centro de control, salieron de la habitación no sólo los Jedi, empuñando sus luminosas espadas, sino también Uopp, disparando su rifle blaster. Incapaces de defenderse ante el sorpresivo ataque, el cuarteto de guardias cayó al suelo casi simultáneamente. Después, el Maestro Kenobi, que aún mantenía el control mental sobre el rodiano, le ordenó que se introdujera de nuevo en la celda para, después, presionar el botón que le dejaría encerrado, hasta que alguien empleara el cilindro de apertura correspondiente. Además, siguió sin poseer su comlink, ya que, esta vez sí, Obi-Wan se quedó con él por si nuevamente fueran a necesitar abrir alguna otra compuerta.

Así pues, los Jedi, de aquella manera tan efectiva y, en cierto modo, tan pacífica, pues sólo habían tenido que matar a cuatro enemigos, accedieron a la nueva zona. Se trataba de una gigantesca cámara en la que se guardaban numerosos vehículos y transportes. Era un hangar enorme lleno, sobre todo, de decenas de STAPs, aquellas plataformas voladoras que solían emplear los droides de batalla de la Federación de Comercio para explorar nuevos mundos. También eran abundantes otras naves personales como, por ejemplo, motos velocistas y swoops. En cuanto a vehículos de mayor tamaño, los Jedi únicamente observaron un cuarteto de Salta Cielos T-16, que eran fácilmente reconocibles gracias a su diseño de 3 alas, y un único caza estelar. De encorvadas alas y larga proa, este último transporte no sólo resultaba extraño por tal forma sino que, además, era de un color más negruzco de lo habitual. No sería de extrañar que perteneciera a Darth Zoth.

—Por fin, una salida… —murmuró Obi-Wan mientras presionaba el interruptor que cerrada la descomunal compuerta doble.

Y es que sólo con ver tan ingente número de vehículos ya era de suponer que, sin duda, debía haber algún tipo de conducto que les permitiera despegar al exterior. El problema estaba en dónde se hallaría el mecanismo que le hiciera visible.

—Vamos, Anakin, busquemos algún panel que nos muestre la salida —le dijo Kenobi mientras caminaba.

—Pero, Maestro, ¿por qué no empleamos otra vez el comlink? —cuestionó su padawan, que estaba harto de tener que encontrar la forma de escapar. Obi-Wan no comprendía cómo no se le había ocurrido tan fantástica y sencilla idea.

—Quizás tengas razón, mi joven aprendiz. Voy a intentarlo.

Así, Obi-Wan sacó el diminuto transmisor de uno de sus bolsillos y comenzó a emitir la orden de que se abriera el hangar, diciendo la excusa de que los evadidos habían logrado llegar a la superficie.

—Parece que ha funcionado —dijo Anakin al ver cómo se mostraba ante sus ojos una hasta entonces invisible compuerta que daba paso a un túnel ascendente.

Y es que más que una compuerta, lo que se estaba apartando era una de las paredes entera. De ahí que hubiera escapado a la percepción visual de los Jedi, que ya estaban decidiendo qué vehículo emplear, pues disponían de una gran gama para elegir.

—Maestro, opino que deberíamos coger el caza, pues, así, no tendríamos que ir a Sahaa, sino que viajaríamos directamente a Coruscant. – Obi-Wan pensó unos instantes en la proposición de su padawan antes de aceptarla convencido. Una vez más, se sentía orgulloso de su aprendiz y sus rápidas planificaciones.

Pero cuando se aproximaron al oscuro vehículo, comprobaron que, extrañamente, poseía un dispositivo que jamás habían visto en una nave: un analizador de voz. Era algo sorprendente, pues aquellos aparatos solían tener un precio realmente elevado, hasta tal punto que no era raro que alcanzasen la mitad de la cifra que costaba un vehículo. Más aún cuando eran de la marca «Sistemas de Seguridad B&B», como era el caso, cuya calidad aseguraba la capacidad de distinguir a la perfección la voz real de una grabación.



Entonces, los Jedi, desilusionados ante la idea de tener que ir primero a Sahaa para poder llegar a Coruscant, no tardaron en decidirse por el Salta Cielos T-16, el transporte más rápido de cuantos había en aquel hangar, pues era capaz de alcanzar los 1.200 km/h. El problema que tenía, al igual que el resto de vehículos, era que todos ellos eran trans-orbitales, es decir, ninguno podía viajar por el espacio. De ahí que los Jedi tuvieran que desplazarse a Sahaa obligatoriamente.

—Espera, Anakin —le dijo Obi-Wan—. Sería mejor que tú fueras en otro para despistar mejor a los perseguidores.

El padawan aceptó la propuesta, dirigiéndose entonces al Salta Cielos más cercano. Una vez en la cabina del mismo, puso en marcha sus motores de elevación por repulsión y despegó ligeramente del suelo. Su Maestro realizó la misma operación poco antes de poner rumbo hacia el inclinado túnel que conducía a la superficie.

Justo en ese momento en el que los Jedi abandonaban definitivamente la instalación, entraban en el hangar la docena de mercenarios que les habían estado buscando sin éxito por el resto del sector. Nada más presenciar el despegue, durante el cual no dudaron en disparar alguna que otra ráfaga láser, se montaron en las rápidas swoops, a pesar de que su velocidad máxima era la mitad que la de los Salta Cielos. Pero como sólo había otros dos y estos fueron ocupados por el líder y su colaborador, los demás mercenarios del grupo se tuvieron que conformar con tales motos, con las que se quedarían atrás en poco tiempo.

Así comenzó una nueva y peligrosa persecución, esta vez aérea. Sobrevolando las selvas que tanto les había costado recorrer a pie, los Jedi calcularon que a la velocidad que iban, llegarían a su destino en tan sólo unos cuantos minutos… siempre y cuando no fueran derribados, pues enseguida observaron en el radar la presencia de una decena de vehículos pequeños y otros dos grandes. Instantes después, los indicadores del estado de los escudos deflectores comenzaban a notificar que estaban siendo alcanzados por numerosas ráfagas láser.

—Hay que moverse, Anakin —le sugirió su Maestro, pues si seguían desplazándose según una trayectoria tan rectilínea, no tardarían en perder las protecciones invisibles, con lo que se acabaría el viaje… y quizás la vida.

Por tanto, los Jedi enseguida comenzaron a maniobrar con sus vehículos, que precisamente se caracterizaban por la capacidad de realizar espectaculares giros. De ahí que fuera común su utilización en diversas carreras y eventos deportivos por toda la galaxia.

Pero, aunque tales quiebros resultaron muy útiles para dejar atrás a las swoops, a los dos Salta Cielos que les perseguían no les costó demasiado continuar tras ellos. Lo que sí que les había complicado era la operación de apuntarles con sus cuatro cañones láser, de modo que a partir de entonces los Jedi recibían muchos menos disparos.

Desgraciadamente para estos, sus perseguidores eran pilotos muy hábiles, por lo que no tardaron en acostumbrarse a acertarles mientras les seguían de cerca. Así, a cada minuto que transcurría, los escudos deflectores de los T-16 de los Jedi eran dañados con mayor frecuencia. Tal es así que Anakin propuso a su Maestro que se separaran para, después, poder atacarles más fácilmente. Aunque Obi-Wan no estaba muy convencido de que fuera a resultar tal plan de su padawan, no tuvo más remedio que aceptarle cuando empezó a ver en el panel de control de la cabina que los escudos deflectores de su vehículo estaban a punto de ser destruidos.

Así que se pusieron de acuerdo, de forma que el Maestro se dirigiría hacia el Norte y el aprendiz hacia el Sur, olvidando por algunos momentos el rumbo hacia el Oeste, es decir, hacia Sahaa. Como era de esperar, los mercenarios también se separaron, comenzando de esta forma un arriesgado combate aéreo a más de 1.000 km/h de velocidad.

Mientras Anakin se enfrentaba al líder, Obi-Wan lo hacía contra su colaborador, de similar destreza a los mandos del T-16. Ambos Jedi comenzaron a desesperarse al sentirse incapaces de dañar a los hábiles enemigos, que esquivaban todos y cada uno de sus ataques. Sin embargo, cuando cambiaban de posición y eran ellos quienes les disparaban, alcanzaban un alto porcentaje de acierto, debilitando aún más los dañados escudos deflectores.

Finalmente, tras un par de minutos de duro enfrentamiento, Anakin logró dominar bastante mejor su vehículo, hasta tal punto que comenzó a hacer diana en su adversario. Es más, llegó a pensar que estaba controlando no un Salta Cielos sino la vaina de carreras con la que venció en la famosa Carrera de Boonta Eve hacía siete años. Y es que, recordando aquella época, se dio cuenta de que le había sucedido lo mismo con el caza estelar N-1 durante la Batalla de Naboo: al principio, no se aclaraba demasiado bien con los controles, hasta que pasó el tiempo suficiente manejándolos y consiguió, nada más y nada menos, que destruir toda una nave controladora de droides de la Federación de Comercio.

Pues, en efecto, la situación parecía repetirse ahora igual que entonces, pues el joven estaba a punto de acabar con su rival, dado que no le había dejado de dañar durante largo rato. El piloto mercenario, sorprendido a la vez que enfurecido por la rapidez con la que habían cambiado las cosas, intentó llevar a cabo un último intento de volver a ponerse detrás de su oponente para, así, lograr destruirle de una vez por todas. Tras realizar un brusco giro que despistó por completo a Anakin, su oponente se situó de nuevo detrás de él, disparándole con gran acierto a pesar de las maniobras que efectuaba el padawan para esquivar sus precisos ataques. Tal es así que el escudo de deflector de su nave fue dañado hasta límites peligrosos. Menos mal que el joven logró volver a colocarse detrás del mercenario para acabar definitivamente con él al acertar de lleno una exitosa ofensiva.

Por otro lado, Obi-Wan, que oyó la explosión sin saber quién había salido victorioso del enfrentamiento, continuaba esquivando las numerosas ráfagas láser que le disparaba su rival, el colaborador del fallecido líder. Su preocupación aumentó notablemente cuando una de las pantallas de la cabina reflejó el gravísimo estado de su vehículo. Es más, enseguida apareció en el monitor la recomendación de abandonarle, pues un par de descargas más y explotaría con él.

Por ello, Kenobi, tras fracasar una vez más en su intento de situarse detrás de su perseguidor, se preparó para apretar el botón con el que la cabina saldría disparada por los aires. Pero, afortunadamente para el Jedi, no tuvo que accionar tal mecanismo, pues Anakin llegó entonces al lugar, atacando con gran precisión y destreza al T-16 que a punto estaba de destruir al de su Maestro. El mercenario, viendo que sus escudos

deflectores estaban siendo seriamente dañados, no dudó en dejar a su presa para ponerse a esquivar al nuevo adversario. Pero dada la excelente puntería y el extraordinario manejo de los que hacía gala el mismo, el villano se veía incapaz de despistar a su perseguidor, ni mucho menos de situarse a sus espaldas.

Así pues, sus escudos deflectores cayeron definitivamente al poco rato. Ahora, su vida dependía de la resistencia que le ofreciera el grueso blindaje característico de los Salta Cielos. A menos, claro, que decidiera abandonar la nave mediante el sistema de emergencia de la misma, opción que escogió escasos segundos después, cuando las descargas y chispas que invadieron su cabina le comenzaron a «molestar» en la navegación.

—¡¡Bien hecho, Anakin!! —le dijo entusiasmado Obi-Wan, que se había quedado totalmente impresionado al ver la destreza con la que había pilotado su padawan con tan sólo haber estado a los mandos unos pocos minutos. Aquella pequeña victoria demostraba que su aprendiz era uno de los mejores pilotos de la Orden Jedi—. Y, sobre todo, gracias por haberme salvado la vida. No sabes cómo de destrozado estaba ya mi T-16.

—De nada, Maestro —le contestó con júbilo el joven cuando, de repente, le vino a la mente un recuerdo que no tardó en expresar—. Obi-Wan, ¿te has dado cuenta de que se ha vuelto a repetir la misma historia?

—¿A qué te refieres, Anakin?

—Pues a que, de nuevo, el aprendiz rescata a su mentor, como os ocurrió a ti y a Qui-Gon cuando estuvisteis aquí una vez. ¿Te acuerdas, Maestro? Lo habíamos mencionado durante el viaje.

Kenobi asintió con una sonora carcajada. Skywalker tampoco pudo contener la suya, aunque se trataba de una risa más que por resultar gracioso, por la alegría de continuar con vida y estar tan cerca de completar la arriesgada y, sobre todo, fortuita misión.



CAPÍTULO 10

Apenas unos minutos después, los Jedi se encontraban ya aterrizando con sus dañados Salta Cielos en una de las pocas bahías de aterrizaje de Sahaa que estaban vacías, lo que era una buena señal, dado que, así, tendrían más posibilidades de encontrar con rapidez un transporte hacia Coruscant.

Una vez que se bajaron de sus vehículos, Obi-Wan y Anakin enseguida salieron del hangar en busca del primer ciudadano o mercader con el que se topasen para preguntarle acerca de la localización del Ayuntamiento de Sahaa: debían notificar al alcalde de la ciudad que el diabólico ghozzian no existía. Por otro lado, también querían pedirle que les permitiera usar un transmisor lo suficientemente potente como para enviar un holo-mensaje a Coruscant, aunque no tenían muchas esperanzas de que los orumianos dispusieran de tal dispositivo de alta tecnología. Y es que la distancia que separaba a Orum del planeta ciudad era realmente inmensa.

Así pues, mentalizados a que probablemente iba a tener que soportar el largo viaje de vuelta, los Jedi interrogaron a un comerciante, de especie bith, que amablemente les indicó el camino que debían seguir para alcanzar el Ayuntamiento.

Tanto Obi-Wan como Anakin se alegraron entonces al oír que el edificio estaba realmente cerca, a un par de manzanas de donde se hallaban. Y es que con el tremendo cansancio que pesaba sobre sus músculos, los Jedi dudaban que fueran capaces de recorrer una distancia mucho mayor, como, por ejemplo, la que tuvieron que efectuar el día de su llegada a Orum para llegar al hotel.

Por tanto, tan sólo transcurrieron unos pocos minutos cuando el dúo se disponía a atravesar la gran entrada del impresionante edificio. Tampoco es que fuera una obra de arte, pero, dada la sencillez que caracterizaba al resto de construcciones de la ciudad, el Ayuntamiento destacaba.

Una vez dentro, los Jedi enseguida fueron recibidos por el alcalde, en cuanto advirtieron de la importancia de la información que tenían que comunicarle.

—Sr. Alcalde, —comenzó a hablar Obi-Wan de forma tranquila, como era costumbre en él— mi padawan y yo hemos descubierto que el mítico ghozzian, que tan asustada mantenía a la población, no sigue siendo más que una leyenda.

—Entonces, ¿cómo es posible que muera de forma tan inexplicable todo aquel que se acerque a la zona Este? —cuestionó el desconfiado gobernador.

—Todo es obra de un Sith y sus servidores —el alcalde no pudo ocultar su asombro ante las palabras del Jedi—. Se ocultan en una instalación subterránea de grandes dimensiones en la que utilizan tecnología avanzada para restaurar los cadáveres que producen. De ahí que simulen que sus almas han sido devoradas, cuando en realidad se trata de una ilusión creada por numerosos científicos y aparatos médicos.

—Además, —continuó Anakin— también esconden la existencia de una de las cerradas y supuestamente desmanteladas fábricas de droides de batalla de la compañía «Baktoid» en completo estado de funcionamiento. Según lo que nos comentó el Sith, está preparando un ejército de los mismos para acabar con la mismísima República y hacerse con el control de la galaxia, instaurando un nuevo orden, una dictadura.

La cara de asombro del alcalde se fue intensificando a medida que escuchaba aquella información recientemente revelada. Más aún cuando todo Orum llevaba temiendo la llamada zona Este desde hacía tanto tiempo, quizás cinco o seis años. Y ahora, de repente, un Maestro Jedi y su aprendiz desmentían la existencia tan creíble del mitológico ghozzian.

—Muchas gracias, Jedi, por la revelación que me acabáis de conferir. Inmediatamente haré saber al pueblo de Orum la información tan valiosa que he escuchado y organizaré un equipo militar lo antes posible para que intente destruir la instalación secreta.

—Eso último no será necesario, Sr. Alcalde —replicó Obi-Wan—. En cuanto lleguemos a Coruscant, comunicaremos al Consejo Jedi y al Senado la existencia de la amenaza que se oculta en este planeta para, poco después, organizar y enviar un grupo de Caballeros Jedi con el objetivo de llevar a cabo tan peligrosa misión.

Así pues, Obi-Wan se despidió del gobernador un instante antes de recordar lo que a punto estuvo de olvidársele.

—¡¡Ah, casi se me olvida!! —dijo el Maestro Jedi mientras se daba la vuelta—. Sr. Alcalde, ¿existe alguna posibilidad de encontrar en Orum un transmisor lo suficientemente potente como para emitir un holo-mensaje a Coruscant? Así ganaríamos tiempo al no tener que viajar hasta allí.

«Además, me libraría de tener que volver a recorrer un trayecto tan largo», pensaba para sí Kenobi, poco amante de los vuelos, especialmente los hiperespaciales.

—Me temo que eso no es posible, amigos Jedi —la respuesta del gobernador era la que tanto su padawan como él se esperaban—. Orum es un planeta civilizado, pero no se encuentra en un estado de desarrollo tan alto como para que pueda ofreceros lo que me pedís. Lo siento.

Ahora sí, el dúo de Jedi se despidió y abandonó el edificio en dirección a las cercanas bahías de aterrizaje de Sahaa con la esperanza de encontrar un transporte con rumbo a

Coruscant. No les importaba el tipo de nave que fuera. Aceptarían viajar, incluso, en uno de esos malolientes cargueros llenos de los llamados «peones», unos pobres emigrantes que buscan sin éxito un futuro mejor trabajando en el planeta que les dé la oportunidad de hacerlo. El caso era encontrar un vehículo que se dirigiera al centro de la galaxia conocida, hacia las coordenadas 0-0-0, hacia Coruscant.

—Parece que la Fuerza nos acompaña, mi joven aprendiz. —Le dijo sonriente Obi-Wan cuando, sorprendentemente, hallaron lo que necesitaban en la primera bahía en la que entraron.

Por si fuera poco, se trataba de una nave de pasajeros idéntica a la que habían empleado en el viaje de ida. No había más que observar el logotipo de «Viajes Tauntaun» en la parte delantera del vehículo, todo un sello de calidad por otra parte. Además, y por si todavía esto no pudiera ser considerado como suerte, coincidió que en esos mismos momentos se estaba procediendo con el embarque, lo que indicaba, lógicamente, que en breves minutos se realizaría el despegue.

Sin embargo, a pesar de todas estas agradables coincidencias, Obi-Wan no se sentía muy convencido de optar por aquel transporte. Su indecisión se basaba en que estaba sintiendo peligro mediante la Fuerza, una acción que no había logrado en demasiadas ocasiones durante la estancia en Orum. Era algo ciertamente extraño, pues, por mucho que rastreaba el lugar con los poderes de su mente, no logró adivinar de qué se trataba. Pasó entonces a buscar algún indicio de la difusa y misteriosa señal entre los cientos de individuos del pasaje y la tripulación, así como también exploró la nave en sí. Pero nada. Todo parecía normal, salvo en su mente.

Finalmente, decidió olvidarlo cuando, al preguntarle a su padawan, este negó haber sentido algo extrasensorialmente. Pensó entonces que podría tratarse, una vez más, de la extraña Naturaleza del planeta, pues tanto él como su aprendiz no habían estado muy acertados en el uso de tal preventivo poder durante la estancia en el mismo. Sin duda, Orum estaba impregnado de Fuerza en gran medida, como pocos lugares de la galaxia.

La preocupación de Obi-Wan volvió poco después, cuando su padawan y él tomaron asiento. Fue entonces cuando la situación empeoró, pues Anakin también tuvo la misma sensación de peligro que su Maestro, por lo que el nerviosismo se fue adueñando de ambos a la vez.

Si al menos supieran de dónde procedía tal señal…

Pero les resultaba imposible localizarla. No lograban detectar nada que se saliera fuera de lo normal. Era como si el aire mismo estuviera acechándoles, esperando el momento oportuno para devorarles.

Pensando en hipotéticas posibilidades, Obi-Wan se preguntaba si podría tratarse de una bomba oculta en alguna parte de la nave. Pero enseguida desechó la idea: la amenazadora sensación abarcaba todo el lugar, no una localización concreta. Era como si lo que causaba tal impresión expandiera su peligrosa presencia de modo que no pudiera ser discernida por los Jedi entre la multitud de individuos.

Llegó entonces el momento del despegue. Todos los pasajeros se encontraban sentados, excepto unos pocos que aún no habían hallado su asiento o que habían pasado primero por el servicio. A partir de ese inicio del vuelo, los Jedi se fueron sintiendo cada vez peor a medida que transcurría el tiempo. Tal es así que ambos, preocupados y nerviosos a partes iguales, intentaron olvidar la agobiante sensación, pues pensaban que quizás desaparecería en cuanto abandonaran Orum y dejaran de estar influenciados por su densa concentración de la Fuerza, cosa que estaba a punto de suceder.

La nave despegó lentamente, alejándose del suelo cada vez más deprisa en dirección a la estratosfera del peculiar planeta. Ahora sí que todos los pasajeros estaban ocupando sus asientos, preparándose para el inminente salto hiperespacial, gracias al cual recorrerían más de media galaxia en tal sólo unas pocas horas. Y aunque la mayoría se había colocado ya el cinturón de seguridad, no podía faltar el recordatorio de la azafata, que esta vez era de especie rodiana.

—Por favor, pasajeros, siéntense y abróchense los cinturones. Se va a proceder al salto hiperespacial en unos minutos, en cuanto el ordenador de navegación nos dé las coordenadas hacia nuestro destino, Coruscant, en el centro de la galaxia. Llegaremos allí en unas 10 horas, aproximadamente. Que disfruten del vuelo y gracias por haber elegido «Viajes Tauntaun».

Así pues, el vehículo desapareció entre la negrura del espacio y sus infinitas estrellas, como si hubiera sido engullido por una supernova invisible.

—¿Sigues notando lo mismo que yo, Anakin? —le preguntó entonces su Maestro, que comenzaba a sudar por la tensión que le estaba produciendo la desconcertante sensación. Y es que, además, esta aumentaba de intensidad a cada segundo que transcurría, alcanzando cotas que en un individuo normal provocaría el desmayo.

—Desgraciadamente, sí, Maestro. —El padawan tampoco era capaz de ocultar su histeria, aunque, al contrario que Obi-Wan, no sudaba.

Precisamente cuando Kenobi no pudo aguantar más tal agobio mental, dado que seguía sin descubrir qué era lo que le estaba volviendo loco, decidió irse al servicio. Así, de paso, aprovecharía para lavarse la cara y quitarse el sudor que la impregnaba en gran medida.

Solo en su asiento, Anakin, que también estaba a punto de desfallecer, notó que la enloquecedora sensación de la Fuerza se intensificaba todavía más. Le parecía como si alguien le estuviera aplastando el cráneo con un compresor electromagnético.

Tras realizar un último intento de hallar qué era lo que causaba aquel desagradable síntoma psíquico sin éxito alguno, se le ocurrió que quizás le calmaría encender el periódico digital que todo pasajero disponía en el asiento posterior al suyo. Se trataba de un delgado y sencillo monitor de pequeñas dimensiones que permitía algo de interacción al usuario, pues este seleccionaba qué noticias deseaba visualizar en cada momento con tan sólo presionar la pantalla con el dedo. Era algo anticuado, dado su carácter bidimensional, pero cumplía su función a la perfección: entretener hasta al más aburrido de los pasajeros.

Desgraciadamente para el aprendiz, el aparato no logró distraerle lo suficiente como para que le hiciera olvidar la horrible sensación, que continuaba intensificándose sin que pudiera hacer nada para remediarlo. Ahora le parecía como si estuviera siendo atravesado por una de las muchas barras láser que les habían impedido escapar de la mortal pradera.

Fue entonces cuando, al emborronar su percepción visual del periódico inconscientemente, Anakin observó el reflejo que le ofrecía la pantalla del mismo, lo que le hizo ver al pasajero que estaba sentado justo detrás del asiento de su ausente Maestro: se trataba, ni más ni menos, que del Sith devaroniano.

Apenas un instante después, el padawan efectuó un salto, que no requirió del impulso que le podía haber dado la Fuerza, para posar sus pies en los reposa-brazos de su asiento, librándose, de esta espectacular forma, de la fugaz aparición de una barra láser, tal y como lo había imaginado pocos segundos antes.

Darth Zoth no ocultó su rostro de enfado al observar cómo, una vez más, uno de sus habilidosos enemigos volvía a esquivar una muerte segura. Pero no por ello se rindió o huyó, como había hecho en la fábrica de droides que custodiaba, sino que aprovechó su odio e ira para hacerse más poderoso y mortal. De hecho, inmediatamente después de sacar las dos hojas de luz roja con las que atravesó los asientos de sus rivales, empezó a atacar a su joven contrincante con una velocidad tal que, incluso, superaba a la que alcanzó en su último duelo.

Anakin, por su parte, algo más tranquilo al saber, por fin, qué era lo que había producido la sensación de peligro, se defendió como pudo de tales movimientos, pues el cansancio que le ralentizaba sus músculos le dificultaban su defensa. Tampoco le ayudaba el griterío que provocó al instante el enfrentamiento. Tanto los pasajeros como las azafatas enseguida reaccionaron como era habitual y, por tanto, como era de esperar: la mayoría se ocultó entre los asientos aterrorizados o dispuestos a rezar lo que hiciera falta con tal que las espadas láser de los fortuitos guerreros no les alcanzaran ni a ellos ni al armazón del vehículo. Más aún cuando este se encontraba inmerso en pleno hiperespacio, con lo que salvarse de la catástrofe requeriría algo así como un milagro.

En ese momento de desconcierto general, Obi-Wan salió del servicio tan sorprendido como preocupado por lo que pudiera haber ocurrido. «Ahora que me había conseguido calmar», se quejaba el Jedi.

Mientras regresaba a la zona donde se hallaba su asiento, su aprendiz continuaba desviando, no sin esfuerzo, todos y cada uno de los ataques del Sith, que fortalecido por su sed de venganza, no permitía ni un momento de descanso a su ya agotado oponente. Menos mal para el Jedi que en ese momento se acercaba al lugar su Maestro, que, dadas las dimensiones del transporte, no pudo evitar el hecho de tardar unos cuantos segundos en alcanzarle.

—¡¡Aguanta un poco más, Anakin!! —le gritó con preocupación Obi-Wan cuando observaba lo que le estaba costando a su padawan defenderse del feroz devaroniano. Tal es así que, en vez de dar la vuelta por el otro pasillo para atacar al Sith por la espalda, decidió que era preferible sustituir a su agotado aprendiz en pleno combate, aunque no se

trataba de una operación fácil de llevar a cabo sin que ninguno de los dos fuera herido por la espada enemiga.

«Si no fueran tan estrechos estos pasillos…», pensaba Kenobi poco antes de dar el aviso a Anakin para que se apartara como pudiera. Y es que el problema que tenía aquel duelo, al igual que el anterior, era el lugar donde se estaba desarrollando. Así, el Sith no desaprovechó tal oportunidad para herir al padawan por partida doble, dada la peculiar forma de su espada cuádruple. Aunque sólo habían sido cortes leves en el pecho y la cintura, el vil devaroniano se mostró complacido al observar cómo su joven adversario, tras emitir un emotivo grito de dolor, caía derribado sobre dos aterrizados pasajeros. Además, por otro lado, estaba deseoso de enfrentarse a solas contra Obi-Wan, al que consideraba un contrincante de su nivel.

El Maestro Jedi intentó entonces hacer desaparecer su preocupación por su herido aprendiz para dedicarse, en cuerpo y alma, al nuevo duelo de espadas de luz en el que estaba participando apenas transcurridas unas pocas horas desde que saliera victorioso del anterior. Esperaba, al contrario que su rival, lógicamente, que aquel desenlace se repitiera, aunque en esta ocasión estaba menos seguro de sí mismo que entonces y, por tanto, pensaba que tenía menos posibilidades de vencer. Más aún cuando su joven compañero había sido lastimado y probablemente no podría continuar luchando.

Pero, quizás impulsado por su fuerte carácter, Anakin se recuperó rápidamente de sus cauterizadas heridas para, inmediatamente después, volver a empuñar su azulada espada y correr hacia donde se estaba desarrollando el duro combate con motivo de reincorporarse al mismo. Tal heroica acción fue aplaudida por los pasajeros, que no podían hacer otra cosa para ayudar a los guardianes de la paz que apoyarles con sus gritos.

Entretanto, su Maestro no cesaba de alternar entre movimientos de ataque y de defensa, aunque predominaban estos últimos, dada la agresividad de la que hacía gala su enfurecido contrincante. Y es que una de las cualidades que hacían tan poderosos y temibles a los Sith era que se alimentaban, no sólo del poder de la Fuerza, sino también de su odio e ira, volviéndose más peligrosos cuanto más se intensificaban las llamas que parecían mantenerles con vida.

Precisamente gracias a esa habilidad, Darth Zoth, de repente y sin dar ningún indicio de que fuera a realizar tal movimiento, empleó el poder del Lado Oscuro de la Fuerza para lanzar al pasajero que más cerca tenía contra su hábil oponente. Obi-Wan fue incapaz de esquivar al sullustano, que le derribó con brusquedad. Menos mal que fue los suficientemente rápido como para desactivar a tiempo su espada láser, pues, si no, hubiera mutilado, con total seguridad, al asustado alienígena.

Incapaz de quitársele de encima, Kenobi se temía lo peor cuando vio venir el ángulo luminoso que formaban los dos haces de luz roja. Tal es así que durante aquel fugaz instante admitió que había sido derrotado y aceptó que la muerte le convertiría en uno con la Fuerza.

Pero, por extraño que parezca, un valiente pasajero se atrevió a pegar una fuerte patada en las costillas del sonriente Sith que, más que sorprendido, cayó al suelo enfurecido, aún más de lo que ya estaba. Por si fuera poco, el obeso gamorreano, que enseguida fue tomado por loco, se abalanzó sobre el villano sin pensar en la más que probable consecuencia de su acción: la muerte. De hecho, el devaroniano, como era de esperar, no tuvo piedad alguna a la hora de atravesar al pesado alienígena con dos de las cuatro hojas de su rojiza espada. Menos mal que aquel sacrificio no fue en vano, pues dio el tiempo suficiente a Obi-Wan como para que pudiera apartar al sullustano, se volviera a poner en pie y activara su luminosa arma, de modo que el espectacular combate pudo continuar tras el desagradable inciso. Y es que, salvo en raras excepciones, como, por ejemplo, en el caso de los ishi tibs, famosos por comer cadáveres, la sangre era un elemento que producía asco y, en algunos casos vómitos, en todas las especies de la galaxia. Es más, diversos pasajeros de aquella zona no tardaron en desmayarse al verse rociados por la verdosa sangre emitida por el fallecido gamorreano.

En aquel momento en que se reanudaba el veloz duelo, llegó Anakin al lugar del mismo, dispuesto a hacer frente de nuevo al poderoso Sith. Fue entonces cuando pensó, al igual que había hecho fugazmente su Maestro poco antes, en atacar al devaroniano por detrás, dando la vuelta por el otro pasillo para ello. Y es que, dada la escasa amplitud del mismo, le resultaría imposible ayudar a Obi-Wan de otra manera.

Así pues, el padawan corrió todo lo más que le permitían sus agotados músculos para llevar a cabo la operación que posiblemente le alzaría con la victoria, si es que no se lo impedían las recientes y dolorosas heridas. Pero Darth Zoth enseguida se dio cuenta de lo que pretendía su joven enemigo, a pesar de que seguía blandiendo su espada con total destreza. Por ello, lo primero que hizo fue volver a emplear la Fuerza para empujar a su incansable adversario. Obi-Wan, una vez más, fue incapaz de prever tal acción, de modo que cayó otra vez al suelo. Apenas un instante después, el Sith se dispuso a pasar del pasillo en el que se hallaba al otro, atravesando, para ello, toda la larga fila central de pasajeros. Y para efectuar tal desplazamiento con mayor rapidez, no dudó en usar su peligrosa espada láser para mutilar a todo aquel con el que se topaba por el camino. Así, rodaron cabezas, brazos, tentáculos, colas craneales, manos… correspondientes a la docena de individuos que ocupaban tales asientos, incapaces de hacer nada por evitarlo. Toda esa zona se convirtió entonces en una ducha de sangre de todos los colores y temperaturas, que impregnaron tanto a los pasajeros de la fila posterior como a los de la anterior. Fue un espectáculo tan sumamente desagradable que casi ningún pasajero pudo evitar el desmayo o los vómitos. Ni en la peor de sus pesadillas habían visto tan salvaje carnicería. Además, el aspecto del devaroniano, con sus dos cuernos, su diabólica sonrisa y sus oscuros ropajes, ayudaba a fomentar la amargura de tan infernal escena al parecerse tanto al mismísimo demonio.

Una vez llegó al otro pasillo, el despiadado Sith, empapado de la lluvia multicolor que había producido, huyó del lugar a todo correr, como ya había hecho en el anterior duelo. Pero, esta vez, existía la clara diferencia de que no disponía de una escapatoria,

dado que la nave seguía estando inmersa en el inhabitable hiperespacio. Por ello, sus enemigos Jedi no tardaron en ponerse a perseguirle, aunque antes Obi-Wan preguntó a su padawan sobre su estado. El Maestro se sintió mucho mejor al escuchar su positiva respuesta. No obstante, su preocupación por el joven no llegó a desaparecer del todo, pues el peligroso combate aún no había concluido.

Rastreando las estancias del transporte mediante los tentáculos invisibles de la Fuerza, los Jedi, dado que ahora sabían la procedencia de la oscura y amenazadora señal, enseguida adivinaron que el Sith se había escondido en la cámara del equipaje, seguramente el mejor lugar para realizar una emboscada.

Nada más descender por la pequeña placa elevadora, que era como un turbo ascensor pero sin cabina, tanto Anakin como Obi-Wan volvieron a percibir la agobiante sensación de peligro, rodeándoles y aplastándoles mentalmente. Y es que el devaroniano podría aparecer de repente de entre uno de las decenas de bloques de maletas, que se mantenían compactos e inamovibles gracias a la acción de unos haces electrostáticos.

Andando lentamente por los amplios pasillos que formaban tales cubos de equipaje, los Jedi, concentrados al máximo tanto sensorial como extrasensorialmente, lograban mantener a raya al nocivo miedo, no así a un creciente nerviosismo, fomentado, no sólo por la situación, sino también por la tenue luz que iluminaba el gran habitáculo. Y es que, si no llega a ser por el resplandor azulado de sus espadas láser, el Sith hubiera podido estar frente a ellos sin que ni siquiera lograran distinguir su diabólica silueta.

Entonces, Darth Zorth surgió de repente de una de las esquinas situadas a sus espaldas y, justo antes de que los Jedi se dieran la vuelta, les lanzó, mediante la Fuerza, su espada cuádruple, que giraba paralelamente al suelo a tal velocidad que resultaba imposible discernir sus hojas luminosas. Se trataba de un letal bumerán que a punto estuvo de cercenar las cabezas de los Jedi, si estos no hubieran detenido su veloz avance con sus armas. Tal acción les costó bastante, dado el tremendo empuje con que la empuñadura seguía intentando avanzar, lo que venía a demostrar lo poderoso que era el Sith. El villano, viendo que no iba a lograr su objetivo, hizo regresar a su arma hasta sus manos para, inmediatamente después, ponerse a correr hacia sus dos enemigos.

De esta forma, se reanudó el duelo una vez más. De nuevo también, el ritmo del mismo fue, desde el principio, desenfrenado y agotador. Precisamente el factor cansancio suponía la única ventaja que poseía el Sith, dado que él no había tenido que superar tan ingente número de retos como habían hecho sus hábiles contrincantes durante su estancia en Orum.

Pero espadazo tras espadazo, el devaroniano, invadido por la impaciencia, comenzaba a pensar en que, de nuevo, era incapaz de derrotar a tan poderosos adversarios, pues no lograba atravesar sus férreas defensas. Además, cuando eran ellos quienes le atacaban, tenía que realizar un esfuerzo más que considerable para evitar ser herido.

No mucho después, Darth Zoth aceptó definitivamente que no era tan diestro con su arma como lo había sido su antecesor, Darth Maul. Y es que mientras este último se había estado entrenando día y noche durante más de una docena de años, él tan sólo había

dedicado unos cinco a mejorar sus aptitudes, pues fue en tal tiempo cuando le acogió su Maestro, el misterioso Lord Sidious. No obstante, se podía sentir orgulloso de lo rápido que había aprendido las letales enseñanzas de las células holográficas que le había entregado su señor.

Así, llegó un momento en el que, presa de la indecisión, pues estaba dudando entre continuar luchando o huir, fue herido levemente por Anakin en el hombro derecho. Dolorido, escasos segundos después fue incapaz de desviar uno de los precisos ataques de Obi-Wan, que le produjo un corte de mayor gravedad en el muslo izquierdo. Inmediatamente después, y a pesar de sus esfuerzos por recuperar las riendas del combate, el padawan volvió a alcanzarle con su haz de luz azul, mutilándole el brazo derecho. Fue entonces cuando el devaroniano profirió un agudo grito de dolor entre chorros de sangre que, no obstante, no le impidió continuar enarbolando su arma. Y es que la rendición estaba rigurosamente prohibida por el Código Sith, así que pensó en luchar hasta el final para, al menos, morir con honor.

Al final, aunque sorprendentemente logró detener un par de ofensivas blandiendo su espada con una sola mano, Obi-Wan le cortó después la metálica empuñadura, con lo que el Sith, desarmado, solamente podía esperar, con rabia, el golpe de gracia. Anakin le cercenó entonces la cabeza con un preciso movimiento. El cuerpo sin vida del devaroniano se derrumbó bajo el resplandor de la luz azul de las espadas de los Jedi. Su cornuda cabeza tan sólo rodó una vez debido, precisamente, a la presencia de los dos largos cuernos, que detuvieron su avance a poco más de un metro de distancia de donde se había separado del cuello.

Aliviados a la vez que sumamente cansados, los Jedi desactivaron sus armas y las colgaron de sus cinturones, cuyas bolsas de útiles continuaban estando vacías desde que fueron encerrados bajo el suelo de la amarillenta pradera. Después, se dirigieron tranquilamente hacia la cuadrada placa elevadora para regresar a sus cómodos y agujereados asientos. Estaban tan relajados de sentirse por fin a salvo de cualquier amenaza que casi se asustan al contemplar de nuevo el desagradable y cruel panorama que había producido el fallecido Sith. Y es que de los doce pasajeros que fueron presas de su espada cuádruple, tan sólo tres habían sobrevivido, aunque se encontraban en un grave estado de salud: un mon calamari que había perdido un brazo, un rodiano que tenía las piernas prácticamente cercenadas y un quarren que ya no poseía sus tentáculos faciales y que, por ello, a partir de entonces, sólo podría alimentarse mediante la copas de succión de sus dedos.

A estas tragedias hay que añadir consecuencias menores, como los trastornos mentales que sufrieron los pasajeros circundantes, que seguían estando impregnados de sangre de varios colores cuando las azafatas les intentaban calmar y limpiar.

Pero no se podía negar que el desenlace, en líneas generales, había resultado positivo, pues los Jedi habían logrado sobrevivir una vez más, al acabar con el Sith, y, por tanto, la imprevista misión se podía considerar cumplida, dado que lo único que

faltaba por hacer era llegar a Coruscant y no era muy habitual que «Viajes Tauntaun» defraudara a sus clientes.



CAPÍTULO 11

Pasó el período de tiempo previsto, es decir, unas 10 horas, y el transporte surgió de la nada ante el gigantesco planeta ciudad, como si la negrura del espacio vomitara un alimento no digerible. No mucho después, los Jedi se despertaban del profundo sueño en el que habían estado inmersos y que tanto habían necesitado, mientras el vehículo atravesaba la contaminada atmósfera de Coruscant. Y es que, a pesar de las llamadas «leyes naturales», resultaba muy difícil controlar todos y cada uno de los numerosos delitos medioambientales, dado el inmenso número de industrias que cubrían la superficie y los millones de naves que surcaban los cielos.

Escasos minutos más tarde, las dos compuertas del transporte se abrían para permitir el desembarque de los casi setecientos pasajeros bajo la potente luz de los focos de la bahía de aterrizaje, dado que era de noche. Por otro lado, una vez que este finalizó, entraron en él varios droides camilleros para llevarse tanto a los heridos como a los cadáveres al hospital más cercano. Los Jedi, aunque podían valerse por sí mismos para caminar, no rechazaron ser cómodamente transportados hasta la ambulancia poco antes de advertir de la existencia de otro muerto en la cámara del equipaje.

Ya en el hospital, se procedió a realizarles la inmersión en tanques bacta, la mejor medicina para borrar heridas tales como las que presentaban tanto Anakin como Obi-Wan, aunque, en este aspecto, destacaba especialmente el primero, con espalda totalmente abrasada.

El bacta era una mezcla gelatinosa y traslúcida de partículas bacterianas con propiedades curativas muy empleado para tal efecto porque apenas dejaba marcas o cicatrices. De ahí que en la instalación subterránea del fallecido Darth Zoth se utilizara para restaurar los cadáveres y fomentar, así, la creencia de que el ghozzian existía.

Apenas una hora después, los Jedi abandonaban el hospital completamente curados y deseosos de llegar al Templo Jedi para volver a dormir. Para ello, no dudaron en llamar a un aerotaxi, pues, aunque se encontraban a tan sólo un par de manzanas de su hogar, aún

no había desaparecido completamente el cansancio que venían acumulando desde hacía días. De esta forma, además, ahorrarían bastante tiempo.

Tal es así que en vez de media hora que habrían tardado si hubieran ido andando, hicieron el relativamente corto trayecto en tan sólo unos segundos, pues el aerotaxi solía alcanzar velocidades cercanas a los 200 km/h.

Ya en su destino, el dúo de Jedi entró en el templo, concretamente en la aguja correspondiente a los dormitorios. Sólo esperaban que nadie les preguntara por su ajetreada estancia en Orum, pues lo único que querían en esos momentos era descansar de nuevo para eliminar los últimos síntomas de agotamiento. Y es que, aunque tenían que comunicar una información de primera necesidad, pensaron que tampoco iba a ocurrir nada por esperar a que amaneciera: la amenazadora fábrica de droides no iba a desaparecer así porque sí. No obstante, eso no quitaba el hecho de que se trataba de un asunto realmente importante.

Así, los Jedi se levantaron completamente recuperados unas cinco horas después de haberse tumbado, cuando los primeros rayos de sol invadieron sus pequeñas y austeras habitaciones, tal y como lo eran las de todos los integrantes de la Orden. Incluso el más influyente, poderoso y sabio de todos, el Maestro Yoda, disponía de una sala sin más muebles que dos sencillos sillones negros para la meditación y una cama.

Apenas una hora más tarde, Obi-Wan y Anakin se encontraban ya ante el Consejo Jedi para notificar lo que habían descubierto, como hicieron el día anterior con el alcalde de Sahaa. Una vez terminaron su abreviado relato, la docena de Maestros Jedi —aunque, en realidad, uno de ellos, Ki-Adi-Mundi, aún era Caballero Jedi— meditaron durante un breve período de tiempo para tomar la decisión más adecuada.

—El Alto Consejo Jedi de acuerdo está. —Comenzó a hablar Yoda como era habitual en él: lentamente y con el verbo al final de la oración—. Un grupo de Jedi a Orum irá y la fábrica que decís destruida será. Siempre y cuando, claro, que el Senado la operación apruebe.

—En tal caso, —añadió Mace Windu, considerado por muchos el mejor Jedi después de Yoda, no sólo por sus dotes de observación y su profunda sabiduría sino también por su dominio con la espada de luz— yo me encargaré personalmente de seleccionarles y liderar el comando. Por otro lado, en cuanto al asunto del Sith devaroniano, el Consejo, en nombre de toda la Orden Jedi, os felicita por haber acabado con él, ya que creemos, por lo que nos habéis contado, que se trataba del aprendiz de Darth Maul, así que los Sith han vuelto a extinguirse gracias a vosotros. Podéis marcharos.

Tal y como querían, Obi-Wan y Anakin se alegraron en gran medida al saber que se había aprobado la destrucción de la instalación subterránea que en tantas ocasiones puso en peligro sus vidas. «Bueno», pensó para sí el Maestro Kenobi, «ahora sólo falta que el Senado también tome esa decisión».

Aquel pensamiento le desilusionó un poco, pues sabía que tal aceptación tendría que enfrentarse a dos grandes problemas:

1. Había bastantes senadores ansiosos porque algo, fuera lo que fuera, acabara de una vez por todas con la antigua y corrupta República.

2. El debate se podría demorar demasiado tiempo, como solía ser habitual, lo que podría provocar consecuencias tan perjudiciales como, por ejemplo, que llegaran refuerzos al oculto edificio.

Precisamente por la importancia del factor tiempo, Yoda y Mace no tardaron en reunirse con el Canciller Supremo Palpatine en sus aposentos esa misma mañana.

—Os aseguro, amigos Jedi, que, dado la repercusión de la información que me acabáis de comunicar, vuestro asunto tendrá prioridad absoluta en la reunión de hoy. Aunque no entiendo cómo es posible que se trate de una fábrica de «Baktoid». Me encargué personalmente de que tal empresa desapareciera junto con sus industrias, hace ya bastantes años. Espero que los senadores no me culpen por ello.

Pero, desgraciadamente para el noble Canciller, pocas horas más tarde, cuando finalizó su discurso sobre el problema en la Cámara del Senado, todo fueron gritos de protesta y un alboroto digno de un patio de colegio. Una vez que logró calmar a los cientos de enfadados senadores, que se sentían defraudados por el grave fracaso que había cometido Palpatine en el llamado «Caso Baktoid» al no haber desmantelado absolutamente todas las fábricas, propuso enviar a Orum a un grupo de Jedi para que destruyeran la amenazadora instalación. Su reputación dejó entonces de tambalearse cuando tal proposición fue aceptada casi con unanimidad, de modo que el breve silencio que siguió a sus palabras se convirtió instantáneamente en otro griterío, esta vez acompañado de aplausos.

Obi-Wan, que estaba presenciando el importante debate junto con su padawan, se fijó en que Lott Dod, el representante de la Federación de Comercio, no mostraba su apoyo al perdonado Canciller junto a otra decena o más de enfurecidos senadores, que tampoco aceptaban esa solución. Es más, pudo oír a alguno que estaba cerca de su palco pedir a gritos la destitución de Palpatine por lo que consideraban un engaño para beneficio exclusivamente suyo.

—¡¡Lo conseguimos, Maestro!! —exclamó entusiasmado Anakin, que tenía más ganas aún que Kenobi de acabar con la fábrica.

Su honor así se lo exigía.



CAPÍTULO 12

—Bien, Obi-Wan, guíanos hacia la pradera. —Le ordenó Mace Windu por el transmisor de su caza Delta-7, el mismo vehículo que el del resto de Jedi que componían el comando. Entre ellos se encontraba, por supuesto, Anakin, pues podía colaborar a la hora de localizar el objetivo.

La docena de cazas atravesó entonces la imprevisible atmósfera de Orum poco después de haber dejado en órbita a los aros de hiper-propulsión, que permitían a los pequeños y triangulares vehículos alcanzar velocidades superiores a la de la luz; o lo que es lo mismo, gracias a tal dispositivo eran capaces de introducirse en el hiperespacio y recorrer distancias inmensas en un corto período de tiempo.

Lo que hizo entonces Obi-Wan para encontrar lo que buscaban sin perderse en el intento, fue dirigirse primero a Sahaa para, a partir de ese punto, poner rumbo hacia el Este. Sin duda, se trataba de la mejor manera de localizar el objetivo, a falta de ningún tipo de holo-mapa.

Lo único que pedía el Maestro Jedi era que el traicionero clima del planeta no les complicara la operación. Un huracán tal como el que les había envuelto a su padawan y a él justo cuando se encontraban inmersos en arenas movedizas, podía dificultar en gran medida la navegación. Tampoco una nevada les sería de ayuda, ni mucho menos, puesto que complicaría la búsqueda de la pradera que en esos momentos llevaban a cabo.

Al poco tiempo de haber dejado atrás a Sahaa, Obi-Wan ordenó a sus compañeros que redujeran la alta velocidad a la que se habían estado desplazando hasta entonces para poder ver mejor la extensa llanura entre las frondosas selvas. Se alegró entonces al comprobar que ni nevaba ni había nevado recientemente, por lo que no podría costarles encontrar el lugar. También era de agradecer que el viento movía las numerosas hojas y ramas con total normalidad. Incluso la temperatura era ideal, dado que el sol apenas lograba atravesar el rebaño de nubes que cubrían el cielo.

En tan favorables condiciones climatológicas, parecía mentira que los Jedi no hubieran localizado la amarillenta pradera que con tanto interés buscaban una vez que

sobrevolaron la zona en la que tanto Obi-Wan como Anakin afirmaban haber estado. Todo lo que habían contemplado era vegetación de múltiples colores distintos y un lago de cristalinas aguas que nunca antes habían visto.

El Maestro Kenobi, sin saber qué decir, pues estaba muy seguro de no haberse equivocado, simplemente aceptó la propuesta de Mace Windu de volver a sobrevolar la zona. Enseguida el resto de cazas acataron la orden de dar la vuelta, creando una espectacular coreografía aérea que simulaba, a la perfección, la manera en que una bandada de mynocks cambiaba de rumbo ante un posible peligro.

Pero, una vez que volvieron a pasar por el lugar sin haber observado otra cosa que lo visto anteriormente —vegetación y un lago—, los Jedi perdieron toda esperanza de hallar el sitio, salvo la Maestra Adi Gallia, que propuso buscar el objetivo por un área mucho mayor, por si Obi-Wan se hubiera equivocado. Para ello, sería necesario separarse en grupos.

Así, Mace Windu, aunque no estaba muy convencido de que tal operación fuera a resultar, aceptó, y, en calidad de líder, se encargó de formar los cuatro tríos.

—Shaak, Ki-Adi-Mundi y Kit os dirigiréis hacia el Norte. Barriss, Luminara y Bultar, vosotras iréis hacia el Sur. Even, Saesee y Depa, os encargaréis del Oeste; y Anakin, Obi-Wan y yo iremos hacia el Este. Nos reuniremos en las coordenadas 11-38 dentro de cinco minutos.

Inmediatamente después de que Windu cortara la transmisión, los cazas se dividieron velozmente según los puntos cardinales, como si se tratara de una manada de scurriers esparciéndose por un vertedero en busca de algo de sustento. Obi-Wan y Anakin, sin embargo, fueron los últimos en reaccionar, pues aún seguían estando perplejos. No lograban discurrir ninguna explicación lógica al fracaso de la búsqueda. ¿Acaso se habrían equivocado de zona realmente? ¿O tal vez el lago era en realidad la pradera pero inundada por una de las fuertes lluvias torrenciales de Orum?

En cualquier caso, olvidaron sus pensamientos para concentrarse mejor en la observación de las peculiares selvas que sobrevolaban de nuevo. Sólo esperaban que sus ojos, o los de sus compañeros, percibieran de una vez por todas, la amarillenta hierba de la gran llanura.

Transcurridos los minutos que estableció Mace Windu para la nueva búsqueda, ninguno de los Jedi informó de ninguna novedad. Nadie había visto otra cosa que no fuera vegetación y más vegetación. En ningún caso contemplaron una pradera de dimensiones rectangulares. Nada. De nuevo, fracaso.

Pero cuando todos decidieron volver a Coruscant, dado que no se les ocurría otro plan para localizar el desaparecido sitio, Anakin, incapaz de admitir semejante insulto, se separó del grupo sin previo aviso y voló hacia el lago. Debía comprobar, una vez más, que la instalación subterránea no se hallaba bajo sus aguas. Así que aterrizó entre los árboles y demás vegetación que rodeaban al paraje para, después, sumergirse y bucear por sus profundidades con su Aquata A99 entre sus labios.

Entretanto, Obi-Wan, enfadado a más no poder por la desobediencia de su padawan, pidió disculpas a sus compañeros poco antes de perseguir el caza del joven.

Cuando llegó al lago pocos segundos después, halló la nave del aprendiz junto a la orilla del mismo. Entonces, aterrizó a escasos metros de ella y se dispuso a zambullirse con la idea de sacar del agua al joven, a tirones de oreja si hiciera falta.

Pero no fue necesario ni siquiera que se mojara, pues Anakin emergió de repente en la hasta entonces tranquila superficie con gesto de enfado y gran tristeza. Es más, empezó a llorar de tal manera que a Obi-Wan no le quedó más remedio que consolarle, olvidando la bronca que estaba a punto de echarle.

—¡¡¿Cómo es posible que haya desaparecido sin más, sin dejar rastro alguno?!! —se quejaba el padawan mientras las lágrimas resbalaban sobre su mojado rostro—. ¡¡Y además en tan poco tiempo!!

—Tranquilízate, Anakin. —El suave tono de voz que empleó Obi-Wan contrastaba con las fuertes exclamaciones de su enfurecido y a la vez triste aprendiz—. Debió tratarse de un vehículo, no de un edificio. De ahí que los pasillos fueran tan estrechos.

—¡¡Eso me da igual, Maestro!! —el estado normal del joven parecía imposible de restaurar en aquellos momentos en la que la angustia le dominaba—. ¡¡Arriesgamos nuestras vidas en innumerables ocasiones como para que ahora nos tomen por locos o caigamos en el descrédito y la deshonra!!

—No digas eso, Anakin, pues jamás ocurrirá. Recuerda que un Jedi nunca miente, por lo que es imposible que alguien deje de creerle – Obi-Wan parecía encontrar siempre el argumento oportuno para cada discusión o charla, pues, tras escuchar sus palabras, su padawan recuperó la compostura y salió de su depresión. De ahí su fama de buen diplomático.

Así pues, el dúo de Jedi regresó a sus naves desilusionados, aunque algo más contentos en cuanto pensaron en el hecho de que aún seguían con vida, después de haber superado toda clase de letales retos de endiablada dificultad. Muy pocos seres de la galaxia hubieran sobrevivido a tales pruebas, más aún si no eran capaces de emplear el poder de la Fuerza. Y es que quién sabe en qué momento hubieran perecido si no hubieran llegado a disponer de tan extraordinaria habilidad natural. ¿Tal vez cuándo fueron atacados por los luminosos zimirins? ¿O quizás más tarde, cuando hicieron frente al feroz tsugrom?

El caso era que podían considerarse afortunados y sentirse orgullosos de sí mismos por haber logrado tantas hazañas y, en consecuencia, haber cumplido la misión de revelar el descubrimiento al Consejo Jedi. Y eso sin contar que habían acabado con el último de los integrantes de la Orden Sith. Por todo ello, debían olvidarse del fracaso que había supuesto la desaparición de la instalación, pues tal hecho no había sido culpa suya. Pero, eso sí, lo que ambos no conseguirían jamás era quitarse de la cabeza su enorme deseo de volverse a encontrar alguna vez con el amenazador edificio o lo que fuera…



EPÍLOGO

Geonosis. Al atardecer. Una grisácea nave completamente rectangular, salvo por su pequeña cabina, se dispone a aterrizar sobre la rocosa superficie del planeta bajo la atenta mirada de cinco individuos de diferentes especies, complexiones y vestimentas.

—A partir de ahora, —comenzó a oírse la grave voz de Lord Sidious— vuestro ejército de droides de batalla se continuará fabricando aquí, en Geonosis.

—Pero, mi Lord, —Nute Gunray, acompañado como siempre por su mano derecha, Gilramos Libkath, se mostraba, una vez más, desconfiado ante la orden de su líder—, ¿y si vuelve a suceder lo mismo que en Orum? Fue un milagro que la fábrica no fuera descubierta por los Jedi.

—Tranquilízate, Nute, —el Conde Dooku trataba de calmar al nervioso neimoidiano, ocultando su hastío de haber tenido que hacer tal acción en tantas ocasiones desde que pactó con la Federación de Comercio— esta vez no habrá errores, pues yo mismo me encargaré de vigilarla. Comprende que Darth Zoth aún no era un Lord Sith.

—Además, —añadió en su peculiar idioma Poggle el Menor, el archiduque geonosiano que controlaba ni más ni menos que una decena de colonias llenas de obedientes súbditos— mis leales obreros construirán una gran colmena sobre la nave que la cubrirá por completo y en donde residirán continuamente con el fin de vigilarla día y noche.

El gigantesco vehículo se posó entonces sobre la porción de terreno rocoso, que había sido debidamente alisada para la ocasión. Ese sería su emplazamiento definitivo, situado a escasa distancia del circo geonosiano y un gran número de colmenas, siempre y cuando, lógicamente, no volviera a ser descubierto de nuevo.

FIN